

VARIACIONES SOBRE

UN

TEMA

ETERNO



EDWIN LUGO

EDWIN LUGO

VARIACIONES SOBRE UN TEMA ETERNO

MAS ALLA DEL CAMINO

HASTA SIEMPRE NUNCA

HORAS QUE HUYEN

(Novelas)

PROLOGO

Ser novelista supone doble responsabilidad. La aceptación de una relación con la sociedad, y la inclusión de la obra en la Literatura. Esta implica —por más liberalidad que se adopte— la sujeción de normas y clasificaciones establecidas, como el diestro manejo del idioma, que es el instrumento, "el buen decir" y el estilo, principalmente; y en cuanto a clasificación, el género de narrativa y la clase en donde se inscribe la obra.

En cuanto a la segunda, supone la participación que logra el escritor, para interesar y propagar Su mensaje, que precisa de intención y finalidad, en el campo donde gravitan nuestros intereses y los de los que nos rodean.

EDWIN LUGO, posee absoluto dominio del idioma, propiedad y elegancia, que, con particular expresión constituyen el estilo del escritor. Encontramos además las cualidades de la prosa moderna, que son adorno y esencia del estilo: la inclusión poética, que realiza la belleza en el idioma, en este caso en la narrativa, para darnos "la prosa poética" en sus novelas.

La prosa poética se hace cada día más necesaria no sólo en el escritor sino en la oratoria, y adorna el trabajo y da calidad, del ensayista, el biógrafo, el historiador, el cuentista y hasta el crítico, que puede desplegar las alas de la poesía en un vuelo que corona con artística elegancia; la oratoria se vuelve elocuencia y belleza, el hablar, música y emotividad.

La poesía ha encontrado su imagen cristalina en la fuente de la prosa poética, sin menoscabo de su claridad y belleza, y en este espejo contemplamos ahora gran parte del quehacer del poeta y realización dentro de los diversos géneros literarios.

Es la razón por la que Edwin Lugo se coloca automáticamente en la corriente moderna de la Narrativa, y basta sólo recordar en nuestro Mundo Americano a los Grandes de la Novela como Alejo Carpentier, Miguel Ángel Asturias, Rómulo Gallegos y José Eustasio Rivera, novelistas y poetas a la vez.

En este valor indisoluble descansan los pilares sobre los que se construye el asombro monumental y ejemplar de la Literatura Latinoamericana y su lección universal.

Asumir la responsabilidad de comunicación es un hecho que está implícito en todo escritor que tiene la intención de ser leído, aunque se proponga diversas finalidades en su particular expresión. La Narrativa siempre ha tenido el propósito de distraer, pero también cumple con las exigencias de la época, y las grandes obras de todos los tiempos han presentado soluciones o planteamientos a los problemas que afligen la vida social. El Quijote de la Mancha es ejemplo.

También es modelo para explicar la multiplicidad de los propósitos, que con genialidad forma la urdimbre con temas y sub-temas sin perder por esto el camino de su intención, y la finalidad de la obra que alcanza su coronamiento.

No es preciso que la obra sea una cátedra o que exprese el fin moralizante, para que éstos se desprendan o hagan reflexionar, cuestionando al lector y dejándole la salida que juzgue conveniente: de cualquier manera el novelista se ha adelantado y sus propósitos se habrán cumplido.

La problemática humana siempre estará vigente, el ser del hombre es pensamiento y acción que expresan el comportamiento, realización, frustración o incesante lucha; posibilidades de la criatura humana; consecuentemente el "amor" con sus delicadezas e imbricaciones será tema eterno y perenne.

El tema del amor ha tenido expresiones variadas y originado géneros literarios que van desde el canto dulce e ingenuo de los pastores en la poesía narrativa, églogas y género pastoril, hasta la tragedia con muchas manifestaciones: el incesto, la rivalidad, o la desgracia fatal de las circunstancias, que originan la trama de la desdicha amorosa de una pareja; pero también está la realización sublime y el sacrificio de los amantes que voluntariamente ofrendan su vida por el amor único e ideal, como el drama de Shakespeare, Romeo y Julieta y en nuestra Literatura: Calixto y Melibea. Cerca de nuestra época, en el siglo pagado son obras maestras del Romanticismo: La Dama de las Camelias, de Alejandro Dianas, Hijo; María, de Jorge Isaacs y Rafael, de la Lamartine.

Serán siempre actuales los conflictos que traten el tema amoroso, y las novelas de Edwin Lugo desarrollan con sutil delicadeza esta pasión que nos es particular y esencial, en un ambiente de actualidad.

Domina con gran perspicacia la descripción anímica y ambiental. ¿Que son experiencias y retrato de las vivencias personales? Esencialmente las motivaciones deben partir de un realismo para que su evidencia sea base de la especulación novelada, la creatividad aprovecha la fuente insustituible de la experiencia personal, elevada al plano de una ejemplar manifestación que interesa y hace participar al lector en la trama.

La Literatura es vivencia de una realidad y atmósfera que envuelve la creación —nueva invención del panorama humano— invitación a levantar el vuelo para aprehender la ráfaga del tiempo que contiene el movimiento de los seres humanos en su particular historia, aun en la creada por el artista.

En la corriente narrativa Edwin Lugo posee perspicacia y dominio en la descripción anímica y ambiental, que son la experiencia y vivencias que retrata como autor... no puede ser de otra manera, y la literatura se enriquece en esta base con la creatividad dentro de la realidad —nueva invención— de ojos que ven el panorama humano en un vuelo de altura que permite ampliar los horizontes y la perspectiva para captar espacio y tiempo; esta ráfaga de tiempo queda aprisionada dentro de la novela, celosamente guardada página a página, con la ternura del que ama su oficio y vive en sus personajes. . . constancia, origen de nuestra naturaleza humana, a pesar de que las transformaciones han cambiado el semblante externo del género humano, esencialmente se sigue configurando en sus principios y orígenes vitales irreductibles.

La temática nos parecerá reiterada, pero esta constante conlleva las variaciones que en forma abultada dan precisión y el sello de la personalidad, capacidad de creación, que el autor realiza en la obra. . . Bienvenidas estas novelas: "MAS ALLÁ DEL CAMINO", "HASTA SIEMPRE NUNCA" y "HORAS QUE HUYEN", que cumplen con excelencia los caros propósitos de su autor.

Adolfo Anguiano Valadez

**MAS ALLA DEL CAMINO
(1960)**

A veces el recuerdo es como una larga sucesión de cuadros entre claros y borrosos.

La memoria es el imán prodigioso que atrae y nos presenta el verde de un prado; y por indefinible y despreocupado capricho de ese archivo incontrolable, el esbozo apenas tímido de un rostro querido y lejano, diluido entre el tiempo, las distancias y la muerte.

A veces los recuerdos son olores, son sonidos, son palabras que vuelven a aflorar con inocente apariencia a nuestros labios.

Son voces de las que hace muchas lunas nos despedimos.

Son paisajes sumergidos que rebotan: niebla gris, o sol radiante. Lluvia que perfora insistente la tierra, rocío que tiembla en las flores, sabor de fruta verde que arrancamos prematuramente al árbol generoso, en la niñez.

Los recuerdos son colores, son contornos, son formas, son ecos que volvemos a encontrar una nueva vez.. . ¡Una última vez!

PRIMER TIEMPO

Me dejé caer en el mullido sillón de terciopelo. *Indiscutiblemente estoy bien despierto...* —me repetí, procurando vencerme—. Experimenté el temor de que mis pensamientos fueran residuo de esa falsa y engañosa sensatez que precede al inmediato despertar, cuando todavía están frescos, extrañamente reales y aún nos parecen lógicos, los sueños.

¡Cuántas veces me había levantado con idéntica inquietud procurando atesorar el detalle más mínimo de un sueño!... y luego, una vez atrapado, se deshacía inconsistente al primer contacto con la razón, y sobrevenía el desencanto. El inconsciente no era esa suprema maravilla que pregonaban los libros de psicología, era tan sólo una veleta que apuntaba sin dirección hacia cualquier vivencia importante o no. Era el obscuro y cabalístico lenguaje cuya embrollada simbología pretenden entender los eruditos, el cobertizo abandonado donde se almacenaban cubiertos de moho y polvo: rostros, emociones, imágenes, tiempo y lugar, el alfa y el omega de cada vida.

Pero he ahí, que gracias al sueño turbador, mis ojos cerrados recorrieron con fantástica nitidez, como si pudiesen mirar hacia dentro, el telón de fondo de mi juventud: Mixcoac, el Mixcoac de aquellos años.

Los recuerdos tan reacios a presentarse con espontaneidad, afluían trayendo a mi memoria: las calles empedradas, o con la tierra suelta, algunas angostas, y otras retorcidas; las casonas con sus patios enlosados y sus corredores pletóricos de macetas, con malvas multicolores y plantas de sombra; los huertos con sus ciruelos, membrillos y duraznos; los prados serpenteados de rosas, lirios, claveles y violetas; la parroquia de Santo Domingo de Guzmán con su altar mayor profusamente iluminado la noche de Pascua, o con los mantos morados que cubrían las imágenes durante la Semana Santa.

Me acomodé lo mejor que pude en el sillón, metí las manos entre los bolsillos de la bata, pues siempre tengo frío en las manos y deseaba estar cómodo. Repasé minuciosamente el sueño. No sé cómo empezó, pero me vi flotando; sin embargo, yo podía descender a voluntad y mirar cada detalle perfectamente, con esa fabulosa dualidad, que nos permite ser actores y espectadores a la vez. Y volví a contemplar: como sabía que no podía existir ya, carcomido por la ambición de lucro y la piqueta, por el modernismo y la ola demográfica que amenaza en convertir a la ciudad en un monstruo donde cada escama es un multifamiliar; al Mixcoac de la tercera década del siglo, romántico y huidizo, al Mixcoac de las leyendas y de los cuentos. Era entonces apenas un poblado sin desmedidas pretensiones, refugio de antiguas familias pudientes venidas a menos, que conservaban con el abolengo ido: una alfombra persa rota, una vajilla de Sévres despostillada e incompleta, un gobelino descolorido. . . y una tía solterona que cada mañana proveía de alpiste a sus pájaros y se sentaba por las noches en una apollada mecedora de mimbre, a tejer una chambrita de estambre azul turquesa para el último de sus sobrinos.

Soñé con el Mixcoac de las tardes apacibles y las noches de rosario en la capilla del Santísimo al que acudían las beatas enlutadas, cargadas de escapularios de quién sabe cuántas cofradías. Yo las veía asistir desde por la mañana a misa; no faltaban en las procesiones, coreaban con sus voces chillonas todas las letanías y luego salían de la iglesia apretando contra el pecho sus gruesos libros de oraciones, con la faz inclinada en señal de sumiso asentimiento por la comunión recibida, en busca del apetitoso desayuno compuesto de bizcochos de manteca y huevo, calabaza enmielada con leche, espumeante chocolate y atole de fresas o champurrado.

A Mixcoac arribaban ruidosos tranvías amarillos, cuya terminal era un paraje de árboles enmarañados, llamado La Cima. De noche, la trepidación de los hierros sobre los rieles azulosos, era con el canto del grillo, la única nota discordante en la oscura sinfonía del silencio. Y entonces. . . en alguna casona de techo alto, en el claro de un patio donde la luz de la luna dibujaba con perfiles siniestros la silueta de los árboles pavorosos, o entre la higuera que entretejea sombras, se iniciaba esa terrorífica invasión de ruidos, de lamentos, de fantasmas que atravesaban paredes y se esfumaban en los rincones húmedos, ¿Quién podría negar que existieron? ¿Quién puede afirmar que sólo fueron una invención cómplice de la época, del miedo y del silencio?. . . Un día se fueron con la piqueta que derrumbó las viejas quintas, renunciando a pasear su horror por los flamantes edificios recién contruidos.

En el sueño torné a mirar el río del viejo Mixcoac. la presa distante unos ocho kilómetros del poblado, y a la que solía ir con los condiscípulos de la secundaria, que preferían como yo, disfrutar una mañana el aire puro del campo en lugar del engorro apabullante de las clases. Escuché dar las horas al viejo reloj del mercado, caminé por los parques reposados, cuya paz turbaba solamente el aletear de los pájaros y donde en cada rincón había leído un libro o fabricado un sueño; y volví a tener entre mis manos, con la misma inolvidable sensación de quien posee la llave mágica que abre las puertas de lo increíble, el tomo amarillento, empastado en rojo de *"El tesoro de la Juventud"* verdadera joya de la modesta biblioteca pública. Luego, con esa vertiginosa rapidez con que suelen sucederse las imágenes del sueño, me pareció saborear la leche dulzona y tibia, recién ordeñada y con sabor a establo, mientras a mis oídos llegaban los arpegios inconfundibles de una vieja guitarra, que mal tocaba un amigo de mi infancia, en demanda de una novia que nunca abría su ventana, pero quien le enviaba cartas en secreto.

Mis pies volvieron a posarse sobre aquellas lomas mansas sembradas de hortalizas que convergían al tétrico edificio de "La Castañeda", tras cuya reja verde y gruesos muros de tepetate se acallaban los últimos gemidos de la desesperanza, y se diluía hasta la infinitesimal partícula la misericordia humana.

Luego, el sueño me arrastró por las calles de ese Mixcoac lluvioso, por Diego Becerra y por Sagredo, por la angosta privada de Venecia, por Merced Gómez, por Alvarado, por los Echave y la sinuosa calle de la Campana; por Julio Ruelas y el callejón del Diablo, por la estación del ferrocarril de Cuernavaca, que se animaba una vez cada mañana, cuando aparecía la pesada locomotora negra, arrastrando su pesado fardo de vagones grises y sucios, casi siempre vacíos. En las frías mañanas de Noviembre yo veía a los escasos pasajeros beber pozuelos de café medio tibio, con sabor amargo, acompañado de tamales de ceniza.

Y al final, como remate de ese viaje, ligero y fantástico, miraba ante mí, el paisaje árido y terroso de la Barranca del Muerto, cuyo fondo era el lecho de un río, que nunca supe si iba o venía de algún lugar, y en el que serpenteaba un listón de agua sucia y amarillenta, escurriéndose perezosa entre las rocas y la tierra rojiza, mientras los viejos arbustos que se alineaban en las laderas doblegaban sus ramas fatigadas y quejumbrosas. Soñé, que al levantar los ojos, miraba muy a lo lejos, el contorno azuloso de la cresta del Águila sobre la sierra del Ajusco, presidiendo la abrupta cañada en la quietud de la tarde policroma; y hasta me pareció que había llovido recientemente y las flores de calabaza de los sembrados vecinos, exhibían su vestimenta amarilla, cubierta de gotitas, como la joven promesa de la tierra perfumada.

La Barranca atravesaba los campos, dividiendo Mixcoac de San Ángel, en el preciso límite en que Mixcoac era ya sólo un contorno vago y San Ángel la cúpula lejana de su iglesia conventual de El Carmen. A un costado, los pies habían formado un camino, que invadía en trechos la hierba rebelde, el zacate alto o los cardos, y que en época de lluvias era lodoso y resbaladizo. El camino seguía subiendo y bajando por las laderas tapizadas de violetas y mirasoles. Al frente, se divisaba un lomerío de juguete, tupido de pinos, que parecía alcanzarse con la punta de los dedos, y que era como el anticipo de la gran cordillera del Ajusco que circunda la ciudad y que en la escuela nos hacían llamar Valle de México.

De pronto, el camino se vuelve más angosto, uno está a punto de resbalar; y cuando el caminante supone que irá a caer directo hacia la profunda sima se topa con una mina de arena. La marcha se vuelve más fatigosa, los pies se hunden, se divisa una loma y desde ahí se contempla, como si estuviese vacía, la ciudad quieta y tranquila, resguardada por sus dos poderosos centinelas blancos: el Popo y el Iztla, amurallando la urbe.

El camino continúa, árboles precarios invaden los estériles costados de un abismo. Contemplo largamente en el sueño, la sierra majestuosa y subyugante y recuerdo con precisión inusitada cuánto me atraían sus cumbres desde que era niño, y cómo a pesar de las advertencias de mi madre, de la posible amenaza de un piquete de culebra o del peligro de extraviarme, yo soñaba con alcanzar los picos más altos, con recrearme en las faldas boscosas, obstinado en penetrar en todos los rincones de los bosques, en indagar el nacimiento de todos los riachuelos, con esa ansia curiosa del adolescente que busca entre el fascinador prodigio de la naturaleza el tránsito para encontrarse a sí mismo.

De pronto, miré donde me hallaba. Era el fin del sendero, una reja de hierro que se erguía alta e imponente obstruía la vereda. Estaba frente al cementerio de Tarango. Me ubicaron en seguida sus tumbas blancas y pequeñas, modestas y descuidadas, sin más adorno que las flores y hierbas silvestres que amenazaban con invadir las lápidas polvosas. Allí terminaba el camino. Más allá yo no podía seguir, pues a pesar de esa ansia vehemente del sueño, no lograba reunir fuerzas, como si una mano invisible me detuviera. Recordé que de niño, cuando me aventuraba por ahí, aunque carecía de reloj, sabía orientarme con increíble precisión acerca de la hora, e imaginando a mi madre enfadada por mi tardanza, volvía a toda prisa a casa. Entonces me era imposible ir adelante, y retornaba sumiso, para continuar siendo el chiquillo obediente, enjaulado, supeditado al despotismo materno, que me exigía todos los días traer la olla de leche recién ordeñada de un establo cercano.

Regresaba triste y en la soledad de mi cuarto, mi mente vagaba por la montaña agreste donde veía por las tardes ocultarse el sol, difundiendo sobre la verde alfombra el mágico reflejo de sus rayos dorados y violáceos. Mi ingenua imaginación infantil deambulaba por parajes maravillosos, se asomaba a las inexistentes guaridas de los pumas, de los tigrillos o de los gatos monteses, que según yo merodeaban en los bosques, y se deleitaba en el frescor del agua cristalina de una cascada, que me habían dicho brotaba desde lo alto de los cerros abruptos; pero lo mismo en aquellas lejanas tardes, como en el sueño, una fuerza ajena a mi voluntad me impedía continuar y me quedaba ahí clavado, contemplando las tumbas del vetusto cementerio, dejándome llevar por aquella ficticia plenitud de paz, por el magnetismo inconmensurable de la muerte.

Un trueno, presagio de lluvia, retumbó a lo lejos, seguido del instantáneo resplandor de un relámpago; su voz ronca se agrandó en la bóveda de la Barranca; un aire fresco rasgó como hoja de puñal el ambiente. *-Me voy a mojar-*, exclamé. Iba a recoger el jarro de leche tibia que mi madre me obligaba a llevarle; y al inclinarme, mis ojos tropezaron con mi nombre escrito sobre la pulida losa de una tumba; un sudor frío me recorrió todo el cuerpo, como un gélido valió que se extendiera. Un silbatazo me hirió los oídos, ¡*Es el tren!* -me dije- *El tren pasa cerca; y yo le escucho, a pesar de que debo estar ya muerto; y si estoy muerto, ya no tengo para qué apurarme con la leche, ni para qué regresar a mi casa.* Mis oídos volvieron a percibir la trepidación monótona; miré a lo lejos, la cola de humo negro esparcirse por la llanura; me volví a inclinar sobre la tumba tratando de indagar la fecha en las letras indescifrables y borrosas, incluso ensayé leerlas como lo hacen los ciegos, es decir, metiendo los dedos entre las ranuras. De súbito, se hizo completamente de noche, sonó un silbatazo más, y estaba despierto.

Tenía las manos sobre la almohada y me sentía extrañamente cansado, como si realmente hubiese caminado por las laderas de la Barranca.

Me levanté del sillón. Había sido sólo un sueño. Esa imprescindible necesidad del hombre para vivir. ¿Por qué se me había ocurrido darle tanta importancia? . . . No, no valía la pena, era sólo un recuerdo angustioso de mi niñez, que mi subconsciente se encargaba de representarme en la pantalla de la pesadilla nocturna.

Me dispuse a meterme a la cama; observé complacido los leños crepitantes de la chimenea *No me he muerto aún* -traté de asegurarme- *¿Y si fuera un aviso?* - me interrogué asustado- *Pero los sueños suelen significar todo lo contrario de lo que se ve en ellos* - respondí para tranquilizarme.

Una respiración suave y un rostro apacible me cercioraron de que no estaba solo. Ella era noble, débil y sumisa. ¡Cuan indefensa me pareció dormida! Una ola de ternura me atrajo hacia aquel cuerpo tibio, llamado esposa.

La vida es una continua trampa, una celada perenne, tendida a cada paso Es como si fuésemos aves que impulsara el viento de lo imprevisto, y nos arrojara entre un enjambre de espinas. . . o en un lecho de pétalos ¿Quién pudiera prever lo imprevisible? El día que menos se espera, en el lugar que menos se supone, se encontrará lo que ni siquiera nos atrevimos nunca a imaginar.

SEGUNDO TIEMPO

La ducha caliente me reconfortó. En menos de una hora estaba bañado, afeitado y nutrido con un succulento desayuno. Una ola de bienestar inundó mi persona. Aquella mañana me sentía: fresco, animoso, dinámico: aspiré profundamente mi loción preferida, y marché a mi trabajo. El auto se deslizaba suave. En el alto obligado para cruzar una avenida consulté mi agenda, a las diez tenía una junta. Llegaría puntual sin apurarme demasiado; hice un rápido balance de las ventajas que obtendría del negocio pendiente de decidirse y pisé un poco más fuerte el acelerador.

En la oficina de las empresas del Emblema Oro todo es incesante actividad. Apenas llego, la recepcionista me invita a pasar hasta un recibidor adyacente a la sala de juntas. Algunos funcionarios conocidos me saludan cortésmente y el contralor me prodiga un efusivo apretón de manos. Me instalo cerca de una mesita donde no falta la revista de la compañía.

El recuerdo de la noche anterior es ya sólo un pálido sedimento casi olvidado, diluido por la actividad de la mañana; al mediodía habrá perdido su último contorno de nitidez; la jornada promete ser pródiga en novedades y por la tarde los opacos recuerdos se habrán disipado totalmente. ¡Qué curioso! Haber soñado ese camino, ese cementerio, y luego Mixcoac, aquel Mixcoac de mi infancia que hoy está transformado y cuya imagen yo he retenido con tanta exactitud en mi subconciente durante muchos años, pese a que nunca he vuelto a caminar sus calles, ni a leer en sus jardines, contentándome con cruzar en mi automóvil velozmente las avenidas, como si huiera de la irremediable decepción que me causaría hallar en lugar de un pequeño huerto la funcional fealdad de un edificio de apartamentos. Además, no tengo negocios por allá: mi labor se desarrolla en el sector moderno de la ciudad y hasta cierto punto en el más elegante, donde suelen realizarse a cada segundo las grandes transacciones financieras.

Mis ojos recorren con mal disimulada complacencia el lujoso recinto de las empresas del Emblema Oro: la gruesa alfombra, los muebles de refinado gusto y los cuadros de pinceles célebres que adornan los muros proclamando con ostentación el indiscutible progreso económico de mis clientes.

—Señor De Paz, ¡Qué placer verlo por aquí! ¿Quiere ser tan amable de pasar a la sala? El arquitecto no tardará en bajar; le rogamos que nos disculpe el retraso.

Y antes de que tenga tiempo de reponerme de la sorpresa y responder, tengo frente a mí a la criatura más hermosa, más hechicera, y encantadora que mis ojos hayan contemplado jamás. Es Katy ¡La adorable Katy! — repito mentalmente— la secretaria particular del presidente de las empresas del Emblema Oro, que manifiesta así su buen gusto, su legítima e indiscutible categoría.

Me levanto, le tomo la mano un segundo, sonrío; pero sólo atino a balbucear confusamente — Señorita Katy...¿Cómo está usted?

Mi seguridad inseparable, mi facilidad de expresión, mi aplomo de hombre de negocios se han derrumbado como un castillo de naipes al mínimo contacto de aquella mano suave —la sentí deliciosamente húmeda perfumada, tersa— ¡Manos hechas para el místico placer de tocarlas, sin oprimirlas demasiado! ¡Manos de princesa, o de pianista con los dedos largos y esbeltos, y que, no obstante, saben tomar con diligente eficiencia el lápiz taquigráfico y posarse en el teclado de la máquina de escribir!

— ¿Desea tomar un café, té, agua mineral?— sugirió mirándome a los ojos con amplia sonrisa.

—Es molestarla demasiado. -Protesto feliz de hallarla tan amable y de que el retraso de su jefe derritiera la helada indiferencia de otras ocasiones.

—Le agradecerá un buen café. ¿Verdad?...A estas alturas de la mañana se apetece.

Insistí subrayando el ofrecimiento con un gracioso mohín. Quedo desarmado ante la insistencia y no tengo valor de rechazarlo. Me recreaba en la idea de ser atendido, aunque sólo se tratara de una ocasión circunstancial, por una muchacha tan atractiva. La vi alejarse con premura y vaciar el líquido de la elegante cafetera en una taza de porcelana. *Por una vez,- me dijeras a saborear una bebida que han preparado esas manos... a ser atendido por una reina que merece mil veces ser servida... ¡Hasta de rodillas!* Y me imaginé postrado adorando aquella mujer inalcanzable, cual si se tratara de una de esas soberanas legendarias que avasallara con su poder y su belleza, y yo fuese: un bravo caballero héroe, cruzado o loco que portara sus colores y conquistara reinos para ponerlos a sus pies...

"Que idiota soy - me dije con desprecio- ¡Oh estupidez! ¿Por qué nací contigo como si fueras una hermanita gemela?... ¡Es sólo una secretaria!... ¡Una linda secretaria! -traté de asegurarme- luego, cuando la vi retornar hacia mí con la taza de café, alcancé a vislumbrar la verdad: *Es un capullo.... ¡El misterioso capullo de una flor fantástica!*

El arquitecto N. habló largamente de los temas obligados: inversión, productividad, negocios, dinero; a veces ella escribía, poseía el talento de seleccionar lo que era realmente importante. Yo recargaba los codos sobre la mesa ovalada, aparentando escuchar muy concentrado; pero mi mente vagaba inquieta entre mi sitio y el banco de Katy. ¡Necesitaría cien ojos y mil almas para contemplar tanta belleza! A hurtadillas, rehuyendo sus espaciadas miradas, mis ojos se regocijaban en aquel rostro, prodigio y conjunción de armonía, procurando retener su imagen, cuando tenía que desviar entre tímido y pesaroso mis miradas hacia otra parte.

Poseía una aristocracia innata que contrastaba, sin desmerecerla, con la sencillez de su trato personal. Sufro por no hallar las expresiones adecuadas para describirla. ¡Qué pobres son los idiomas de los que tan orgulloso está el hombre para decir la auténtica belleza!

Su tez es blanca. La frente posee una radiante serenidad como si los pensamientos que anidaran dentro de la adorable cabeza, fueran siempre amables y dulces. La nariz luce una línea suave, femenina, perfecta para el riguroso canon de belleza, los labios carnosos son el estuche para la joya adamantina de unos dientes blanquísimos. Cuando sonríe es como un desafío inocente para todo lo amargo, lo triste, lo feo que pudiera albergarse en el mundo. Su sonrisa irradia una tentadora ingenuidad, entremezclada con la picardía de una niña adorable.

No obstante, recrea tanta bondad, tanta generosidad en esa expresión —la más noble que pueda prodigar una muchacha, verdadero derroche de feminidad, que quisiera aprisionar esa sonrisa en mi mente, nítida y fresca, hasta el final de mis días.

Pero de todo ese rostro deslumbrante, lo más hermoso, lo increíble, lo divino, ¡Son los ojos!... Se asoma siempre su alma de mujer en ellos, parece que abarcan todo en un instante, saben valerse del fino arco de las cejas, mirar despectivamente o ser indiferentes; pueden reír en perfecta dualidad con los labios, demostrar interés y fijarse en quien miran penetrando hasta el fondo de las palabras y de las personas; ser exquisitamente dulces, tiernamente infantiles, y ojos de mujer al fin, también ser dominantes, soberbios, misteriosos y enigmáticos. ¡Nunca he visto ojos más bellos en una cara! Las largas pestañas los hacen aparecer a veces adormecidos; luego renacen con un fulgor nuevo, único, como una dulce daga, que penetrara profunda y acariciara; como un rayo terrible y divino que diera vida arrasando todo; cual un destello de la mirada de Dios, en los ojos de una muchacha extraordinaria.

Los cabellos largos y negros caen hasta la espalda, como una cascada de azabache. Los hombros tienen esa arrogancia de contessina que se transmite al talle, al cuello, a la cintura. Las líneas del cuerpo magnífico son finas, no habrá un centímetro de más ni de menos, tal si las piernas, el busto, las caderas, el pie diminuto, obedecieran a un ideal inalcanzable e increíble de lo bello. . . y plasmaran todo el goce estético que pudieras derivarse de la magistral obra de arte: vibrante, colosal y portentosa, llamada mujer, eje de la creación y símbolo de lo perfecto y lo sublime entre lo creado.

Pero aunque abismado en la contemplación de la joven, que se vuelve casi un éxtasis, mis caprichosos pensamientos deambulan nuevamente hacia el sueño. ¡Un sueño que pretendía abarcar el futuro!... ¡Pero si mi futuro fuera ella, no me alcanzaría la vida para proclamar mi felicidad!

¡Oh sed de vivir, eternamente insatisfecha! aunque implique la existencia: dolor, renunciación, angustia, frustración, lágrimas...

TERCER TIEMPO

Al diablo con el arquitecto N. y sus dichosas juntas. Ha transcurrido más de una semana y no encuentro la fórmula para sosegar mi espíritu; me quiebro la cabeza por encontrar un medio de volver a ver a Katy. Esta tarde en el colmo de la impaciencia, decidí telefonar a las empresas del Emblema Oro; la recepcionista me indicó que el arquitecto estaba fuera de la ciudad; pero yo insistí en hablar con la secretaria particular, alegando un asunto de urgencia, pasó la comunicación; y yo volví a escuchar la bien timbrada voz causa de todas mis inquietudes.

—Dirección General...

Respondió dos o tres veces, pero yo quedé mudo, como hipnotizado a un hechizo que paralizara mi atención, mi inteligencia, mis músculos. Era inútil buscar un pretexto. Dejé caer suavemente el auricular. Encargué a mi secretaria que cancelara todos mis compromisos y me lancé a la calle aburrido y malhumorado. — *¿Qué esperabas?* -insistía en interrogarme- *La muchacha estará acosada a todas horas, si no es que saldrá con el tal arquitecto.* Katy podría ser incluso su amante. -Me desprecié por detenerme en esa sucia sospecha- Katy debía tener un novio, un muchacho recién recibido, muy correcto y con el que seguramente proyectaría casarse. El día menos pensado dejaría las empresas del Emblema Oro. sin pesar ni recuerdos; y ni siquiera se habría enterado que mi admiración por ella llegó al delirio.

Pródigo en el encumbramiento fantástico de lo que encuentro sublime, me di a divagar de lo que sería la vida de la linda joven: invitaciones, paseos, fiestas, citas. Cada día debe traerle algo nuevo y divertido: en cambio, para mí, no habrá más que el saludo amable, un tanto obligado en su trabajo. . . la cortesía que dictan los negocios; y si acaso un comentario intrascendente, o una sonrisa igual que las que reparte a muchos, que ni siquiera la agradecen... mientras yo pienso insistentemente en ella, con esa renovada obstinación de adolescente que deprime y embriaga.

¡ Ah, el hombre, eterno protagonista de ese juego ridículo que han dado en llamar amor! *¿Qué hago a estas alturas portándome como un chiquillo?* Me reproché. Además, la había tratado otras veces y no me había impresionado tanto, insistí en examinarme. Sí, la había visto, como se ven las mujeres codiciadas en el cine: ¡imposibles!... porque son sólo imágenes. Era la primera vez que ella me había mirado fijamente, había sonreído para mí, se había despedido con más gentileza que de nadie; me había guiñado un ojo cuando me sorprendió contemplándola mientras tomaba apuntes. . . y yo, habituado a tratar mujeres, a cortejarlas, a trabajar, a convivir con ellas, ¿Me había chiflado por tan poca cosa? Y descubrí horrorizado hasta dónde llegaba mi absurda ambición: ¡Si llegara a amarme, fundiría en ese amor toda mi vida! Suspiré.

Tras los cristales de un café de la zona rosa, veo circular ese interminable desfile de snobismo, vanidad... y despreocupación. Imitadores de hippies, jóvenes según ellas liberadas que visten minifalda, calzan botas y llevan pastillas anticonceptivas en la cartera: extranjeras rebeldes a la ropa interior y al peine; muchachos afeminados con el pelo largo y los pantalones ceñidos, que no se sabe de qué o de quién viven; curiosos que escudriñan con aire docto las galerías; estudiantes de inglés de un instituto vecino que sueñan con vivir en una dorada tierra de promisión; donde hay de todo hasta la hartura, aunque también servicio militar obligatorio para defender los intereses imperiales en todo el mundo; parejas que se dirigen al Cabriolet o al Jacaranda: ellas en demanda de diversión; ellos a la caza de sexo; y ambos buscando tragos, música estridente, caricias y besos.

A mi alrededor, la charla es un murmullo suave: política, negocios, amor, problemas de oficina que hoy se dicen en tono confidencial y mañana correrán de escritorio en escritorio. Luego, las palabras que no deben ser escuchadas: la amiga que recomienda a otra donde procurarse un aborto, o la lectura del tarot a una muchacha que escucha entre incrédula y sorprendida.

Mis ojos se pierden entre pelucas rubias, pestañas postizas, escotes, sweaters entallados y piernas depiladas. El aroma de las lociones y perfumes se mezcla con el de los cigarrillos importados; y una música que irrumpe obsesiva, proclama el inicio de una noche más de despilfarro, de vicio, de evasión. Las luces comienzan a encenderse, los anuncios y escaparates se tiñen de

colores vivos, una ola de amable confianza se esparce por las mesas, los labios se pegan a otros labios, un brazo enlaza una cintura, una mano se despoja del guante y acaricia una patilla ancha, las palabras se convierten en un susurro apenas perceptible, mientras una risa de mujer se desborda cínica y nerviosa, como el torrente de un manantial cristalino inundando la mal disimulada intimidad.

—*¡Siempre lo mismo!* - pienso - siempre el juego de insinuarse, ofrecerse y después negarse... Siempre esa exaltación, esa voluptuosidad candente que pone en perpetuo celo al hombre, agobiado por una excitante ola de carne semi-vestida, plena de ondulaciones, de artificio tentador, de seducción y aventura; siempre esa oscilación de péndulo que gira entre la tradición hispana, con su rígido catolicismo medieval; y el ansia desbordante, incontenible, como catarata gigantesca de semen, que se estrella a cada instante en las rocas resquebrajadas de una moral anacrónica; y que parece venir como de muy lejos... de esos países sajones, vikingos, donde a las hadas rubias hechas de fuego y de nieve, se les ha despojado de eso que llamamos prejuicio con desprecio, y a lo que a veces nos aferramos como tabla de salvación.

— ¿Qué es pues lo trascendental, lo máximo en la vida?: ¿El amor?... ¿El sexo?... ¿La belleza?... ¿El arte?... ¿El placer?... ¿El dinero?... ¿Dios?... ¿La familia?... . .

Llamo al camarero. para pagar la consumición. Mientras mis ojos permanecen todavía en la calle, atraídos por ese enjambre de mujeres hermosas, que se suceden como perlas en un collar. Insiste en golpear en mis sienes la pregunta: *¿Qué es pues lo trascendental?* Voy a levantarme, cuando una delicada figura en la puerta me hace sentir que el corazón va a estallarme contra las costillas. ¡Es Katy! Y al verla llegar tengo la respuesta.

El cielo azul está salpicado de chaquiras plateadas y centelleante. La fuente de Diana Cazadora con sus resplandores de filigrana, se asemeja a un caprichoso surtidor de diamantes.

En esa cálida noche de primavera, la Diana desde su augusto pedestal vuelve a ser diosa soberana, a elevarse altiva y triunfante sobre la ciudad, como una emperatriz que abarcara sus dominios. . . y el hombre, ese fanático insaciable, vuelve a postrar su fuerza, su espíritu creador, su arte, su palabra, su inventiva, su voluntad ¡ante una Diana de carne y hueso!....

CUARTO TIEMPO

-Katy, supongo que no le extrañará esta revelación: estaba desesperado por volver a verla.
-Pues aquí me tiene.-Dijo tendiéndome la mano con adorable sencillez.
- ¡Y aún no puedo creerlo! -Respondí tomando las puntas de sus dedos para poner un respetuoso beso en ellos.
-Míreme bien. Soy yo. No soy un fantasma—Respondió divertida.
-Dudaba tanto que usted viniera.
-No suelo ser informal.
-Lo celebro. Porque la impaciencia, es también un tormento... ¡Un dulce tormento!
Me adelanté a ayudarla a quitarse el abrigo que el maitre recogió comedido, luego, con delicadeza le ofrecí el asiento, mientras ella me daba las gracias.
¿Acaso le hice esperar demasiado? Me retardé apenas unos minutos.
-No. Y ante todo quiero darle las gracias...
--¿Darme las gracias? ¿Qué he hecho para merecerlas?..
-Pues venir...
-Ojalá no le aburra mi compañía...
-¿Aburrirme?... ¡Deseaba tanto disfrutar su presencia!.. Voy a ordenar en seguida la cena.
-Gracias. Desearía sólo beber algo. ¡Hace tanto calor!
Solicitamos unas bebidas.
Apenas se marcha el mesero, vuelvo embelesado a mirar esa criatura: radiante, perfecta, exquisita.
-Usted sabrá disculpar mi egoísmo, quisiera que en esta noche quienes nos rodean fueran ciegos y sordos y sólo yo pudiera contemplarla y escucharla.
-¡Por Dios!.. ¿Es usted siempre tan absorbente?
-No sabía que pudiera llegar a serlo. Pero he sentido de pronto, desatarse en mi interior una vieja sed, casi incontenible: de recrearme en sus ojos que son tan bellos, en su rostro, en sus cabellos. . . En la Compañía la contemplaba tan distante detrás de su escritorio!..
-¡Qué no se le ocurría nunca decirme nada!
-No completaba valor para decírselo. Después de todo es usted la deslumbradora joven que todos admiran. La dama más hermosa que he visto en mi vida.
-Y usted es muy impresionable, pero una mujer es mucho más que la belleza física.
-Dice bien. Y le aseguro que aunque admirador de la hermosura, no soy un hombre tan superficial.
El mesero nos acerca ceremonioso las bebidas.
-¡Salud Katy! Porque nuestra primera vez no sea la última..
—¡Salud!.. ¿Y por qué habría de serlo?..
-Porque las cosas buenas se nos suelen escapar de las manos.
-Sujételas bien. . . — agregó riendo mientras daba pequeños sorbos a su bebida.
— ¿Cómo supo que era para mí tan importante charlar con usted?...

-Lo vi enrojecer. Casi tartamudeaba cuando me habló en el café de la Zona Rosa el día que nos encontramos. ¿Lo Recuerda?

-¿Y como podría olvidarlo? .. Usted llevaba una falda roja muy moderna. . . –

-Muy cortita, querrá decir. . .

Y yo había intentado esa tarde llamarla a su oficina; es decir, lo hice... y cuando usted me respondió, perdí el habla por completo.

-¡Vaya manera de quitarme el tiempo cuando trabajo!

En su expresión entre risueña y enojada late una irresistible seducción.

-Pero no es usted el único, muchos muchachos se ponen igualmente nerviosos cuando yo les hablo.

—Yo ya no soy un muchacho...

-¡ Oh, ya veo!... Es un señor muy serio.- Sentenció con adorable malicia.

-¡Katy!... .

-No me imaginaba que fuera así. . .

Una tierna sonrisa iluminó sus ojos, sus labios, sus mejillas, las aletas de su naricita. En el arrebato de mi emoción, perdí el escaso aplomo que aún me quedaba.

Yo tampoco sabía podía ser tan feliz. He gastado mi vida tras esa quimera inalcanzable que llamamos dicha. Me he refugiado en el arte, en los libros. La he dado por viajar, por los negocios, por el dinero. . . Pero nada en realidad ha conseguido importarme demasiado, todo eso ha resultado a la larga: pobre, vacío, hoy puedo verlo perfectamente claro. . . ¡Qué gris era mi vida sin usted! ¡sin su sonrisa! Es como si hubiese malgastado todo el tiempo. . . tal si los viajes, los rostros, los días, todo el pasado palidesciera, se esfumara. . . ¡Cómo si sólo hubiese existido para vivir esta hora!

Sergio Golwartz aproximó su violín gitano, que evocaba con melancólica nostalgia una vieja melodía húngara: *Hora*.

Nos quedamos inmóviles, prisioneros en el encantamiento de aquella voluptuosidad lánguida, en aquella reminiscencia subyugante y hechicera de la música de otras épocas, de otro país, pero que hablaba igualmente nuestro idioma y se mezclaba con idéntico ímpetu en la sangre joven de la más seductora de las hadas.

El artista pulsaba con suave presión el arco de su violín, empeñado en arrancar a cuerdas y madera la queja dulcísima, que era como una desesperada invocación de sollozos contenidos, de anhelos rotos, de ausencias tristes, de separaciones crueles e irremediables.

En cada nota vibraba un corazón, en cada arpegio se desbordaba una lágrima, en cada melodía se perfilaba un rostro; y luego, todos los rostros, todas las miradas, las sonrisas, los labios, se condensaban en el fuego de unos ojos, en la carnosa tentación de una boca, en el indescifrable enigma de una mirada... y aquella preciosa síntesis se llamaba Katy; y aquel milagro hecho mujer, se hermanaba con otro sortilegio hecho música.

¡ Oh sublime neuralgia de canción vieja! ¡ Oh eco marchito, anacrónico, viejo, como la insaciable sed de amor, que abraza al hombre desde la cuna!

Y me pareció que antes y después, hoy y mañana, el hombre ha sido y será siempre el mismo. Su idéntico afán de entregarse, de retener a ese ser huidizo, incomprensible, rebelde; pero única razón de vida, única fuente perenne de inspiración para lo legítimamente grandioso, único eje de todo cuanto existe, porque aun inclusive la música es el tributo sonoro al eterno femenino que llamamos mujer.

— ¿Qué le sucede, se ha vuelto mudo?

—No, Katy, simplemente he dejado que el violín hable por mí!. El puede hacerlo mejor.

— ¿Y que es lo que tiene que decirme el violín? Yo sólo comprendo español y un poquito de inglés y francés. . .

Sentí latir la sangre en mis venas, como si el corazón se me hubiese centuplicado y me golpeara con acelerada obstinación las sienes, las muñecas; y cada golpe repitiera en mis adentros, un nombre ya sagrado: ¡Katy!... ¡Katy!...

Me repuse con visible esfuerzo y alcancé a decirle como en un susurro:

—Que la amo Katy... que la amo...

Una risa franca, embriagadora, casi metálica como una platinada cadencia, sonó en sus labios con amable desenfado:

—Pero si apenas acaba usted de conocerme... hoy es el primer día que salimos juntos, y ya se está usted declarando.

Vamos, no se vaya a molestar porque me río; es usted un niño todavía, demasiado vehemente... Confieso que me he equivocado esta vez; supuse que era un señor de mucho mundo, que solía salir con chicas y divertirse, y al final irse olvidando de ellas, y conocer otras y...

—Siento haberla decepcionado. Aunque tal vez soy algo muy poco de eso que usted dice.

Una sonrisa volvió a jugar en su boca, una escéptica mirada asomó en sus ojos.

— ¿Y enseguida se enamora? Pocas conquistas logrará usted. Yo pienso que un hombre inteligente, deberá esperar primero que una se interese por él. antes de...

—Tal vez, murmuré. Ya lo ve usted, además no soy un hombre inteligente, pero al menos soy sincero.

—No quise ofenderlo...

—No me he declarado nunca. . . nunca. No hace falta jurar adoración para conseguir una aventura.

—Sin embargo, a una mujer siempre le gusta que le digan eso, aunque la intención sea otra.

—Katy, las mujeres que han pasado por mi vida no sé cuantas han sido...¿Pero qué tienen que ver todas juntas con lo que ahora siento por usted? . . . ¿Qué es una ilusión efímera ante el verdadero amor?

—¿Le gusto a usted tanto?...

—Jamás me he sentido tan intensamente atraído por alguien . . .

La concurrencia comenzó a ocupar las mesas del Czardas; pero Sergio Golwartz con su buen olfato de anfitrión persistió en tocar su violín cerca de nosotros, como si ignorara el resto de los oyentes. . .

— ¿No será la música? insistió Katy. — ¿El trago?, interrogó tratando de aferrarse a una débil defensa.

La miré fijamente mientras el artista interpretaba *Noches de Budapest*, luego hablé, visiblemente perturbado con el fondo de aquella música electrizante.

—De pronto veo que tú has sido un deseo adormecido, largamente acariciado... un anhelo de esos que moran muy en el fondo del alma, ahí donde guardamos las cosas más queridas, porque son las más difíciles de lograr. Como si antes de conocerte va te hubiese conocido, como si antes de admirar tu belleza, ya hubiese trazado en mis adentros un rostro como el tuyo, con los pinceles de mi fantasía y los colores de mis sueños de adolescente.

Tomé entre las mías su manecita: leve, suave, ligera. Abandonada como un pajarillo asustado, me miró con una infinita expresión de asombro en sus ojos, mi confesión no le dejaba ya lugar a dudas.

—No temas... le dije tranquilizándola. —El amor verdadero protege, no asalta. Es fuego eterno, no humo volátil de una pasión que se esfuma; es, diría yo: como el aroma de una flor extraña que nunca se extingue; al contrario se aviva con los años... Noté que estaba emocionada.

—Es tarde— dijo mirando el reloj. —Llévame a casa. Y en el "tú" comprendí que había empezado a conquistar su corazón.

Se levantó. Volví a advertir en su caminar esa augusta ligereza, esa elegancia majestuosa que me subyugaba. Pedí su abrigo y lo puse sobre sus hombros, al tocarla sentí una descarga eléctrica en los dedos que inundó y sacudió todo mi cuerpo.

— ¿Qué te pasa? me preguntó.

—Que me gusta tu perfume— le respondí, mientras saturaba mis pulmones del aroma francés con la desesperación del que quiere llenarse de algo, así sea sólo el aire, que posea una brizna infinitesimal de la mujer amada.

Salimos. Hacía una noche magnífica. Dentro del restaurante todavía se escuchaba el violín de Golwartz interpretar "*Rumanich*". Me invadía un dulce cansancio. Mientras abría la portezuela del auto, invitándola a subir, comprendí que acababa de pasar el momento más culminante de mi vida.

La vida es el espíritu que nos anima a cada uno de nosotros. . .

La vida es el incesante camino hacia lo sobrenatural. .

QUINTO TIEMPO

Han transcurrido las semanas y apenas me he enterado de lo que ha ocurrido en mi derredor; me he sumergido con toda mi voluntad y mi inteligencia en una hermosa obsesión llamada Katy. Es verdad que sólo nos reunimos cuando ha terminado su trabajo, pero yo invento mil pretextos para llamarla a todas horas. Entre una y otra vez que escucho su voz, atiando mis asuntos, esforzándome por terminar pronto. Me he vuelto breve para dictar una carta o para tratar a quienes me rodean. Se diría que todo el día aguardo el momento de verla y que me complace refugiarme en la soledad para pensar en ella, para recordar cada una de sus palabras, de sus actitudes...

Qué de raro tiene que haya accedido gustoso a acompañarla a la conferencia de este señor, salido de no sé donde: si de la India, del Tibet, de un minúsculo país de Asia o de una pradera de Norteamérica. . . quien se hace llamar científico del alma y que ha logrado reunir en un salón de este hotel elegante a un público tan variado como numeroso.

Seguramente ellos, como yo, aún no entendemos si es realmente un staretz o un médium; si busca adeptos para un nuevo culto o vendernos una colección de libros de la que es autor. . . Si hemos de pagar la entrada o presenciar una sesión de hipnotismo.

— ¡Es un Rosacruz!— afirma una señora con el pelo teñido de castaño claro.

— ¡Es un erudito! — asegura una voz de bajo profundo- ¡Una verdadera autoridad en teosofía, teología, parasicología y ocultismo! —susurra un asistente de cabellos blancos y aire doctoral.

Un señor calvo y con gruesos lentes agrega: — ¡El mundo está actualmente lleno de milagrosos. . . Son una verdadera plaga en Estados Unidos, donde la gente por lo visto está ávida de lo sobrenatural!

— ¿Y las misas negras?... ¿Será verdad todo eso que chismean los periódicos?— pregunta una muchacha.

—El hombre aspira eternamente a la verdad; mas la verdad sólo está en Dios y sus designios son inescrutables— declara una anciana.

—Usted sigue siendo la ferviente católica tradicionalista e intransigente, incapaz de aceptar...— le responde un individuo con aspecto de abogado.

Katy me pregunta con dulzura: — ¿Estás contento?... ¿No te enfada el haberme traído?

— ¿Por qué habría de enfadarme? El lugar es lo de menos, si tú estás conmigo. Además, hemos ido tantas veces a restaurantes, a cines, a las fiestas de tus amigas y a las reuniones de mis compañeros; digo, de los que considero más inofensivos.

Katy sonríe.

— ¡Celoso! — murmura- Aquí al menos estarás tranquilo. Esta gente viene a una cosa muy diferente que a mirar a una chica. Me han hablado maravillas de este señor; tenía curiosidad por enterarme de qué se trata. No es que crea en eso ¿Tú sí?

—Yo creo en tí. Creo en que te amo. Que soy feliz viéndote, esperándote, recordándote. . . ¡Cómo no adorarte si eres mi única verdad, Katy! ¡Mi verdad de carne y hueso!

La luz se ha apagado; un reflector ilumina con luz blanca el reducido e improvisado escenario, Un hombre de edad indeterminada avanza hasta el micrófono. En sus pasos se advierte confianza y dominio. Viste una túnica azafranada y lleva

sandalias en los pies. Nada hay en él de extraordinario, nada, hasta que abre los labios para decir: "¡Gracias por haber venido!" Y pasea una mirada de lince: rápida, profunda, absorbente por el magnetizado auditorio, de pronto atento y silencioso.

La conferencia dura ya cuarenta y cinco minutos. Al principio la escuché con aire ausente; luego, al igual que Katy, fui cayendo en una especie de laxitud, de letargo. En un momento, el conferenciante preguntaba con exaltación: *¿Será el futuro de ultratumba sólo esa mueca de terror disfrazado de luto? ¿La calavera que según las tenebrosas leyendas anda errante por las noches oscuras? ¿El esqueleto que arrastra cadenas en inconstante ulular desesperado? ¿La palidez demacrada de los cadáveres en la plancha de granito del anfiteatro? ¿Serán la putrefacción, las hediondez, los gusanos, el final de todo? Sí así fuera la vida sería un corto fraude, demasiado breve para profundizar en el bendita la filosofía de la esperanza que nos lleva a creer en un más allá de este camino sembrado de espinas y pedruscos. ¡Qué absurdo se antoja al entendimiento desarrollado del hombre de nuestro siglo, ese anacrónico concepto medieval, donde la muerte nos conduce a la nada, donde nadie siente ni desea, ni tiene que pedir, ni que dar. Ni que esperar, ni que aprender. ¿No sería mejor aguardar otra existencia donde se cumplan las promesas, donde amemos, y acabemos de concluir lo iniciado, donde los deseos insatisfechos se realicen y ganemos un peldaño hacia la duradera tranquilidad? El espíritu inmortal debe encontrar muchas oportunidades de reencarnar. El cuerpo humano es sólo una vestidura de trabajo, y así como los buenos vestidos también se deterioran, se destiñen, y terminan por ser inservibles, así las almas precisan un nuevo ropaje. La muerte siniestra y terrible, como ha sido aceptada por largos siglos, no existe, los cementerios son simplemente basureros de carne y huesos inservibles, pues así como la materia se transforma continuamente para dar nueva vida a nuevas cosas, así como el árbol vive eterno y sus ramajes inútiles, su tronco podrido y sus raíces deshechas, dan vigor a través de la química maestra de la tierra a otros vegetales; así el espíritu una vez que ha terminado un ciclo, es decir un programa, y por lo tanto una misión, vuelve a descansar para emprender en el momento oportuno una nueva ocasión de materializarse, una nueva etapa dentro de ese proceso lento, cuyo destino final son la perfección y la paz*

Eso que llamamos nada, porque no acertamos el vocablo adecuado para definirla, es el indeterminado punto de partida entre los espacios interplanetarios y solares, donde los espíritus libres se tornan en encarnados, es la gran base de donde parten, para cumplir su misión, el horno donde alma y espíritu que son entidades amalgamadas, se funden y penetra la una en el otro, hasta el grado de recrear esa maravilla de Dios que llamamos hombre. Esa nada, es la estación alimentadora, donde vuelven a recibir vitalidad los seres y los mundos, donde se designan los destinos y se dirimen los karmas y los dharmas. Esa nada es el infinito más allá de nuestra comprensión, la entidad que guarda el akasa, es decir, el archivo cósmico, que celosa y minuciosamente contiene las auténticas biografías históricas de cada una de nuestras vidas, la computadora prodigiosa que memorizando nuestras existencias pasadas, dinamiza las vidas futuras. .

Lo anterior parecerá a ustedes como una novela de ficción, no les demando que crean en lo que les he dicho, sino que mediten en lo que hasta hoy han creído. ¿Sería posible que el Gran Justo, quién ha hecho del hombre el centro de toda su misericordia, el conocedor profundo de todas nuestras flaquezas, vicios y debilidades, no nos concediera más que una sola oportunidad, una sola ocasión de conocerlo y amarlo, de disfrutar el gran convite de la vida, y de la naturaleza; nos regateara una y otra posibilidad de perfeccionarnos, de buscarle para llegar hasta Él?, porque al final, cuando alcancemos la meta, cuando aprendamos a amar plenamente, porque el amor humano es una partícula infinitesimal del inmenso amor de Dios por Su creación; y seamos sabios y dignos, limpios y perfectos, nos habremos de fundir en la gran hoguera de su Infinito Amor, y nos convertiremos seguramente en un divino átomo de eternidad.

Un aplauso atronador rasgó el silencio. Una gigantesca ola de gritos, risas, preguntas, comentarios, invadió la sala. La muchedumbre se levantó y se dirigió al estrado: convencida, entusiasta, escéptica, curiosa., pero igualmente excitada, idénticamente dispuesta a dejarse convencer, a creer en la vida continua, a desafiar el fantasma de la muerte, cuyo terror yace aplacado, pero insepulto en el fondo de las conciencias.

El público rodeó al Cristóbal Colón de nuestro siglo, empeñado aún en dar explicaciones. Katy se levantó pensativa, la miré; y una sonrisa iluminó sus labios.

— ¿Qué piensas tú de todo esto? —me interrogó.

—Que no conozco otra dicha, ni me importa otra esperanza, que no sea la de tenerte siempre en mis brazos, en mis manos, en mis labios... ¡en mi sangre!

Aabandonamos el salón entre la espantosa confusión de los que aseguraban recordar vidas pasadas y quienes pretendían arrancar los secretos del porvenir, mientras sonaban los nombres extraños: Krisnamurti, Gurdhief, Ouspensky, Helena Petrovna Blavansky, y Jung y Meisner, y Charcot y Rochas ¡Y quién sabe cuantos más!

Ofrecí mi brazo a Katy y abandonamos el salón, aparentemente serenos, pero en el fondo impactados por las palabras del profeta del silo XX.

Y en la languidez pesarosa de la tarde, el viento era como el susurro de las cuerdas de un arpa.

La canción de cuna que fecunda a la tierra húmeda.

El estremecimiento suave y melancólico que mece los ramajes.

La misteriosa alquimia que teje las alfombras de hojas secas.

La melodía que ondula gimiendo en el verde esmeralda de los bosques, y se bifurca en el infinito azul de un cielo de maravilla, transparente y sin nubes.

SEXTO TIEMPO

Es un sábado por la tarde. Mi auto se desliza por la cinta asfáltica cruzando veloz y silencioso entre los árboles. Katy se aferra al pasamanos advirtiéndome nerviosa que no vaya tan rápido.

— ¡ Es como si huyéramos! —le digo en broma—, mientras me invade un entusiasmo por el campo, el sol y el oxígeno..

Aligerado de la inútil carga de preocupaciones diarias: negocios, compromisos, obligaciones, disfruto el inapreciable valor de la compañía de la mujer amada por el solitario Valle de las Monjas.

En mi afán de vivir vibra un impulso rejuvenecedor pleno de vitalidad. Katy está radiante y yo siento alegrarme de su alegría.

Veinte minutos después me detengo a un lado del semi derruido monasterio del Desierto de los Leones.

No tardamos en elegir un acogedor paraje, bajo las sombras de un árbol centenario. Katy se deja caer graciosamente en el césped, mientras yo saturo mis pulmones del perfumado ambiente del valle.

— ¡Qué hermoso es todo esto! —exclama, como si fuese la primera vez que hubiera estado allí. —Y decir que a unos minutos del estresante bullicio se encuentra este oasis...

—Ya lo ves, todo es así... —le advierto— también a un paso de nosotros está la verdadera felicidad y sólo nos falta aproximarnos hasta ella. ..

Me clavó sus lindos ojos con pensativa ternura.

Las mariposas multicolores revoloteaban por el espacio poseídas del vértigo de vivir plenamente su efímera existencia.

—Míralas. No desperdician un minuto... —señalé tumbándome a su lado.

En aquella soledad beatífica, poblada de los aleteos tímidos de los pájaros, del susurro de las hojas mecidas suavemente por el viento, sentí aumentar la necesidad de una caricia.

— ¡Ansioso! —murmuró— mientras yo buscaba sus labios con frenesí renovado y mis brazos la aprisionaban como si pretendiera fundirla en mi ser.

— ¡El campo te emociona! —me reprochó con picardía—; y entre aquella selva enmarañada, surcada de bosques de pinos y encinos, su risa sonó como el acorde cadencioso que turbara la tranquila siesta del atardecer.

— ¡He aprendido a amar todo lo que me rodea, amándote a ti!

Un insecto se posó sobre la manga de mi camisa, lo tomé con delicadeza entre los dedos y lo impulsé a subir por el tronco del árbol cercano.

—Amo hasta a los seres más pequeños, más frágiles, más insignificantes. Todo cuanto a ti te gusta, a mí me encanta; todo a lo que sonrías, yo lo quiero; todo a lo que te acercas, yo lo busco... ¡Para acercarme a ti! Mis ojos tienen la luz que tú les pones. Mi boca las palabras que tu corazón me dicta. Mi vida, de la que hasta ayer era el dueño, hoy se rige de acuerdo con la brújula prodigiosa de tu sonrisa. ¿Cómo no disfrutar la coloración del crepúsculo, la sombra de cada arbusto, el aroma de cada hierba, aún de las más humildes, si aquí estás tú?.

—Y cuando yo no esté a tu lado, también te gustará igual todo esto, ¿Verdad?... y aquí vendrás a recordarme.. .

—Cuando tú no estés a mi lado.. . —deletree las palabras, sorprendido, casi horrorizado.

—Bueno, ¡No te asustes! Imagínate que no siempre podré venir, ya ves que hoy casi me he escapado.

— Quien haya estado una tarde así en su vida, junto a la mujer amada, quedará compensado por otros días en que ella esté ausente, entonces yo volveré a repasar tus palabras, tus actitudes, tus pasos, volverá a cegarme el sol opresivo de tus ojos, volverá a escuchar la diáfana y luminosa sonata del aire y el leit-motiv de tu risa, como un latido íntimo y persistente. Volveré a mirar desde la penumbra apacible del atardecer teñirse de tonos violáceos y anaranjados los muros de este viejo convento. . . Y tu rostro, tu cara adorable volverá a presidir otra tarde como esta, y a asomarse entre las montañas del valle, nimbadas de la luz azul y rosa del crepúsculo... ¡Y volveré a esperar!... A aguardar otra tarde. A desear la hora de verte aparecer con un vestido vaporoso, como el que luces hoy, y con los cabellos oscuros, despeinados, te asomará al estanque y tornarás a reflejarte en el agua cristalina del estanque..

-¿Y me esperarás?

— ¡Solamente esperándote podría vivir!.. .

Katy bajó los ojos. Una ráfaga de viento cruzó el valle; y las flores del campo sencillas e indefensas, se estremecieron doblando sus débiles tallos. La brisa refrescante se esparció como una promesa de lluvia en las crestas calvas de las lomas; las menudas gotas primerizas tamborilearon en el parabrisas del auto, mientras las sombras de una nube gris, desgarraban la luz opalina en la tarde caída.

Ayudé a Katy a levantarse y eché con premura un chal sobre sus hombros, y partimos apresurados hacia el protector refugio del automóvil.

—Ponte el saco -sugirió- te vas a resfriar.

Llegamos al auto. Le pasé el brazo por la cintura.

—Quisiera estar enfermo para sentirte junto a mí, para disfrutar en mi dermis la yema de tus dedos, para escuchar el murmullo de tus pasos y el cuchicheo de tu voz, consultando con el médico cómo administrarme las medicinas... ¡Para llenarme de tu caridad!

—Pero yo no vivo contigo. —declaró—.Y para ello sería necesario que yo viviera contigo... que yo fuera. . . que yo fuera tu esposa...

—Katy, ¿Qué me quieres decir?

—Que un hombre se enferma sólo en su casa. . . donde su esposa deba cuidarlo, . aunque entretanto la otra se deshaga en llanto preguntándose todo el día cómo está, sin atreverse a llamarle, sin saber noticias de él, contentándose con el *está mejor* de la secretaria; sin el consuelo de poder saberse abnegada, sin la alegría de desvelarse junto a su cama; pero pasando las noches igualmente en vela... entre el tormento de los celos y el espectro de la incertidumbre; contando los días que han transcurrido sin verle... ¡Imaginándose que la reconciliación con la esposa lleva consigo la renunciación a ella!

Me quedé anonadado, frío. En ese instante se derrumbó mi elocuencia y me puse a pensar que era un hombre casado. En las semanas anteriores sólo ver a Katy me importaba, es cierto que iba a casa, que hablaba y veía a mi esposa, aunque la miraba como solía hacerlo con mi madre años atrás, como a una hermana o a una tía...

Me sentí culpable. Una ola de vergüenza me subió al rostro y me recorrió todo el cuerpo. *Soy un hombre casado* —me reconocí con desprecio— es peor que ser criminal, es como ser un eunuco a quien hubieran castrado el alma. Como un sentenciado a quién no le fueras lícito amar, porque ser un hombre casado equivale a ser un hombre prohibido; a no tener derecho a enamorarse, aunque el lazo del amor con la esposa se halle roto, aunque sólo queden ruinas de su matrimonio: los hijos, los convencionalismos, el qué dirán o la conveniencia....También para la mujer casada es lo mismo. ¡Qué horrible! siendo el matrimonio su meta, su afán, una vez que el amor se ausenta, es como nulificarse; e imaginé a mi esposa enamorada de otro hombre, decepcionada como debía estar por mi indiferencia, renunciando a un ideal nuevo y hermoso por nuestro compromiso superficial y caduco. ¡Qué injusticia! —comprendí— ¡Estos países latinos con su matrimonio medieval!

Katy también se había quedado pensativa; tenía los ojos brillantes, y adiviné que a duras penas contenía las lágrimas. Sentí que su dolor me taladraba el alma y ¡Oh contradicción! alcancé a vislumbrar que adoraba a Katy con esa misma idea de perennidad que hace unos segundos rechazaba. La quería unida a mí para toda la vida, la quería hasta mi último minutote mi existencia. Luego entonces, la sociedad no andaba tan mal, había instituido algo que respaldaba plenamente los sentimientos, pero ¡Jugada del destino! ¡Treta odiosa!. . . hoy, que conocía realmente el amor, que había encontrado la verdadera felicidad, estaba encadenado a ese convencionalismo, como si fuera una trampa que me impidiera llegar a la dicha. De pronto, me abochornó reconocer que había inquietado a una muchacha inocente, que la había cautivado con la seducción de mis palabras, que la había engañado con mi despreocupada apariencia de libertad y ante quien había hecho alarde de quererla más que a mi vida, yo que no era dueño ni siquiera de uno de mis días.

—¡Katy! —susurré— Katy, perdóname por ser eso. . . por ser tan miserable. . . tan infeliz, que ya lo ves, no poseo ni tan siquiera la libertad; perdóname por amarte sin tener derecho a ello, por amarte tanto....

Me miró con sus ojos dulcísimos. Una sonrisa se dibujó pausadamente en sus labios.

Ahondé en mis propias palabras; y en aquel perdón mudo, adiviné que no tenía ya por qué avergonzarme de amarla.

El amor fortalece, dignifica. El amor es lo único que hay de verdaderamente valioso en los humanos.

Recordé el mensaje del conferenciante:...*el amor humano es la partícula infinitesimal del infinito amor de Dios por Su creación*. Entonces debí convenir: el amor no sabe de religiones, ni entiende de leyes, ni de prejuicios. Como tampoco la rosa no sabe lo convencional, ¡Brotó y es bella! como el sol ignora si alienta en cada día: violencia y odio, el regala calor y vida! o como la noche que desconoce si encubre pecado y vicio. . . ella exhibe ingenua su manto platinado de estrellas.

Le tomé las manos, mientras desesperadamente le repetía:

— ¡Te amo!... ¡Te amo con todas las fuerzas de mi alma esclava, pero te amo!

Con toda la potencia de mi corazón vendido, ¡Te amo! . . .

Con todo el vigor de mi cuerpo alquilado, ¡Te amo!

Con todo lo indigno que pueda ser yo, para llegar a ti, que eres pureza y candor, que esperas tu vestido blanco con la misma ansia de virgen, con que aguardaste tu primer vals de quinceañera, ¡Te amo! Y estoy orgulloso de mi amor: indigno, irresponsable, porque lo único noble, lo único sincero, lo único bueno que anida en mí, es esta verdad: ¡te amo!

Apretó mis manos contra las suyas.

Cesó la lluvia. Prendí el motor. El auto erró por la tierra húmeda, atravesando los prados, recién bañados de melancolía y tristeza.

Emprendimos el regreso a México.

No hablamos más. Nos sumimos en esa fraternidad muda, que no conoce las palabras, pero que es más elocuente que todo cuanto se pueda decir

La vida es un retorno continuo, como el ir y venir de las olas en la incansable marea. La cresta blanca y espumosa siempre vuelve a lamer la arena de la playa.

Todo vuelve a unirse, porque todo ha salido de la misma esencia; y a pesar de que todo gira, cambia y se transforma: desde las células hasta los planetas, todo retornará hacia el mismo punto de partida.

Así el alma del hombre, tras su rotación por elípticas desconocidas, por astros, por edades, tras su peregrinaje en la carnal vestidura de los cuerpos. el reino del espíritu volverá al reino de donde ha salido.

SÉPTIMO TIEMPO

¿Quién se atrevería a negar un capricho a la más querida, la más deseada, la más encantadora de las mujeres? . . . Bien, esta tarde nos dirigimos a cumplir una visita. Katy se ha empeñado en acudir a despedirse de ese *propagandista de la verdad*, que tanto nos había impresionado por su fantástica disertación. No se cómo ha conseguido la entrevista, ni me preocupa indagarlo, basta para mí que es un magnífico pretexto para estar un buen rato cerca de ella.

El profeta, gurú, taumaturgo, adivino, médium, o lama, nos recibe en una salita de su cuarto de hotel, entre maletas a medio llenar. Es un hombre universal, seguramente tibetano o hindú, y Katy recuerda que un diario que publicó una fotografía suya, afirmaba que se trataba de un maestro quién ha recorrido todo el mundo realizando prodigios y curas milagrosas entre los desahuciados.

Nos saluda con afable sencillez y al acercarse percibo que en su rostro moreno asoman algunas canas sobre sus sienes, que desembocan en una frente ancha sin una sola arruga, la cual ostenta una paz, que subrayan sus ojos, sus gestos, sus pasos seguros y calmados, las inflexiones profundas de su voz.

Al saludar a Katy no hay en su penetrante mirada nada que delate atracción hacia el bello sexo; sino una fraternidad saludable, como la que se otorga a una hija o a una hermana. Nos invita a sentarnos con un comedido ademán y yo aprecio su esfuerzo por transmitirnos confianza y simpatía.

Katy le expresa su admiración; manifestándole con sincero entusiasmo que todo cuanto alcanzó a captar de su conferencia le pareció una revelación, cuyas verdades resultaban irrefutables, pese a que su religión católica, heredada de sus padres, podría refutarlas y hasta desaprobadas, a lo que el maestro le respondió que *había muchos caminos para llegar a la verdad, aunque en el fondo todos convergían al mismo fin: acatar las leyes del universo y mediante el conocimiento, buscar la perfección y acercarnos a Dios.*

Entonces ella agradece por los dos la distinción inmerecida de permitir despedirnos y agrega cuánto nos agradecería volver a verle pronto en México, donde sus enseñanzas han sido tan apreciadas y hasta elogiadas.

Yo intervengo.

-Todos vivimos apasionados por ese gran misterio que es el espíritu del hombre, del que sin embargo, sabemos tan poco.

—No lo crea usted —me advierte con viveza el enigmático personaje— el hombre es la medida de todo lo creado, el colmo de todas las cosas, incluso de la misma naturaleza. ¿Cómo podríamos admitir que Su Autor le hubiese dejado vagar ignorante por toda la eternidad, a través de los espacios siderales, de los millares de planetas, de sus sucesivas reencarnaciones, sin darle una razón precisa, certera y comprensible a su entendimiento, del fin de la Creación, de su vida, y su lugar en el inmenso cosmos?

— ¿Ha dicho usted reencarnaciones?

— Sí. El hombre es el incansable actor que representa en su larga sucesión de vidas, una extensa gama de roles.

— ¿En diferentes lugares y épocas?—inquirí asombrado.

—Sí.. Los conocimientos que han sorprendido a ustedes, han llegado hasta nosotros a través de siglos; y más o menos deformados se han infiltrado en religiones y filosofías. Los egipcios conocían la inmortalidad, los caldeos anticipaban el porvenir, los hebreos presenciaron el advenimiento de espíritus superiores encarnados en elevadas dimensiones. . . ¿Qué otra cosa si no fue la visión de Elías presenciando cómo un carro de fuego despegaba hacia el infinito? El conocimiento se va adquiriendo acorde con el desarrollo espiritual de cada ser, aunque aparentemente se destina a unos pocos elegidos, es decir, a los que se han acreedores para asimilarlo, a través de sus propias experiencias y sufrimientos, desprendiéndose paulatinamente de todo el lastre que nos mantiene aferrados a la materia, impidiéndonos el vuelo y el progreso. Para ayudarnos han venido de otros mundos superiores connotados guías, dispuestos a impartirnos su ayuda.

—Respeto su teoría -afirmé cortésmente- pero ¿Qué podría exhibir en prueba de la inmortalidad y de que aún tenemos otras vidas aún por delante? El espiritismo se ha resquebrajado ante el más superficial examen de la ciencia; y la India con todo su tradicional misticismo y la creencia en la reencarnación, es uno de los países más incultos y miserables del planeta, algunos connotados humanistas, doctores, psicólogos, han pretendido incluso que un sujeto sumido en el sueño hipnótico retroceda hacia vidas anteriores, pero sus intentos no han obtenido la aprobación científica que avalara sus teorías.

— ¿Pide usted una demostración? -agregó mirándome fijamente- ¡La va a tener! La memoria suele avivarse como una hoguera que azuza el viento. He aquí que usted ha encontrado el amor de su vida. Un día, de repente, le ha parecido realizar el hallazgo de un ideal que albergaba desde siempre en su corazón y de pronto, se sintió atraído por esta joven, quien al parecer era un ser desconocido, pero que se identificaba extrañamente con usted. Al roce del más suave trato, le pareció como si hace mucho tiempo la conociera. Y es verdad, hace muchas lunas, tal vez cuando la tierra tenía dos o tres, sus espíritus afines se encontraron; al materializarse vivieron juntos, se amaron, luego volvieron a separarse para buscar cada cual su camino. Pero el impulso que conduce al Gran Espíritu es la superación; y para lograrla será preciso que vuelvan a hallarse una y otra vez y se ayuden para subir la penosa cuesta de la eternidad.

Un escalofrío sacudió todo mi cuerpo. Katy no estaba menos perpleja.

—Señor... —imploré—. No sabía como llamarle; usted que mira el porvenir, usted que conoce bien los secretos del pasado, escúcheme por favor, Katy es todo lo que me importa, ella representa cuanto necesito para esa superación de la que usted habla, para no sentirme infeliz, para no estar solo. . . ¡Ella! Es, cómo le diría yo. tal si fuera la única rosa que hubiera hallado en el espinoso camino de mi vida, de esta vida, de la única que conozco, de la única que tengo memoria, ¡De la única que ambiciono vivir!

Bosquejó un gesto ambiguo. Le vi cerrar los ojos como si se quedara en trance. Katy estaba como hebetada: mi exaltación la había helado.

— Usted tiene la eternidad por delante —dijo pausado—. Todas las existencias que necesite...

— ¡La necesito a ella para vivir, ¡Para morir tranquilo! —supliqué—. Porque acaso sienta más miedo de perderla, que de morir. . .

Katy temblaba.

El vidente levantó los ojos y con una mirada desconocida, increíble en aquel rostro, con una expresión de piedad infinita, con una tonalidad que aún no había conocido en ninguna voz, habló:

—No. No ha llegado aún la hora. No en este ciclo. Pero ustedes volverán a encontrarse. Así ha sido decretado. Porque ya han estado unidos, volverán a amarse hasta lograr llegar hasta el Gran Amor con su programa cumplido.

- ¿Por qué no ahora? ¿Por que esperar no sé qué presunta resurrección? —exclamé exaltado- ¿Por qué? ¿Sabe usted que no tengo veinte años, que esto no es un enamoramiento pasajero? ¿Sabe usted, quien lee en las estrellas y habla con los espíritus, que ella es todo cuanto quiero y todo lo que me importa? ¿Sabe usted que no puedo esperar reencarnaciones? ¿Que moriría mil veces si supiera que no he de volver a verla? ¿Sabe por ventura, ¡hombre sabio!, que adivina secretos, que la adoro con todas las fuerzas de que soy capaz?

—El espíritu es la más fuerte de las fuerzas. Siento haberle apenado tanto. —dijo suspirando- Hoy debo lamentar el poder leer en el implacable archivo universal.

Se levantó apesadumbrado. Había una arruga profunda en su cara.

— ¡Haga usted algo! —Supliqué exasperado— ¡Qué Dios el suyo que no conoce la misericordia!

Katy me tomó el brazo pretendiendo calmarme.

-Maestro —balbució Katy- ¡Nos gustaría tanto volverlo a ver, o al menos poder escribirle; y solicitar sus bendiciones.. El nombre asintió con la cabeza, y alargándonos una tarjeta añadió dirigiéndose a mí:

-Seguramente que pronto nos volveremos a ver muy pronto, y mientras tanto rogaré por ustedes.

La entrevista había terminado.

Salimos graves, silenciosos. Me sentía poseído de ese enervamiento que sigue a los momentos cruciales, en que las olas del torrente pasional nos han sacudido inclementes.

Apenas encontré valor para mirar a Katy. Me apenó comprobar que en su rostro se había quedado alojada la tristeza de todos los amores imposibles del mundo.

Quise atraerla hacia mí.

— ¡Qué importa Katy! ¡Qué importa lo que ese hombre haya dicho! ¡Es un charlatán! ¡Un loco!... ¿No me ves sumido en este vértigo atormentador surtido de ansias de mirarte, aunque te esté viendo? ¿No me ves sufrir el anhelo avasallante de besar tu boca, aunque tenga tus labios pegados a los míos? ¿No me has visto gemir cual un niño?

Entonces ella se abandonó a mí y lloró como un sauce encorvado a un río de lágrimas.

¡La desesperación de muchos, es el consuelo de todos!

¡La verdadera angustia es la soledad!

OCTAVO TIEMPO

Hace veinte días que no veo a Katy, tres largas semanas que me han parecido como si fueran siglos. Sé que está enferma, aunque no pude averiguar el mal. Sólo he logrado hablar unos instantes por teléfono con ella. Su voz parecía cansada, distante; ya no era la Katy que yo había conocido: animada, sonriente, alegre. Conversamos poco. No sabía cuándo podría volver a trabajar. Se sentía débil, nerviosa, sin apetito ni deseos de hacer nada, a veces con fiebre y sumida en un profundo decaimiento. No me atreví a preguntar la causa, si bien la suponía, ni ella quiso darme explicaciones. Luego, me rogó disculparla, no podía continuar hablando conmigo; me encargó que no volviera a llamarla a su casa. Cuando regresara a la oficina ella se comunicaría.

Mi secretaria, una cómplice muda que no pregunta nada, atendió comedida a mi ruego; y tres o cuatro veces insistió en telefonear, formulando la clásica pregunta: ¿Cómo sigue Katy? habla una compañera de la oficina. La interrogante apenas le era contestada con un *Está mejor, gracias. Ya hemos informado al arquitecto* Después, una ocasión le respondió Katy y fue necesario que ella se identificara: *Le llamo de parte de mi jefe, comprendo que no debemos insistir en molestarla en su casa pero él está muy preocupado.. -Estoy mejor-* fue la respuesta seca, cortante, sin agregar ni una palabra más.

Esta noche he decidido quedarme en el despacho. Por la tarde, mi secretaria llamó a mi casa para informar que no llegaría, pretextando que estaba de viaje. Después ella también se ha marchado, los teléfonos han enmudecido y yo me he clavado en mi sillón con los ojos enrojecidos por el insomnio, dominando las lágrimas con el dique de mi dignidad de hombre. Nunca he vivido más cruelmente el sufrimiento de una pasión: inquieto, jadeante, he caminado en mangas de camisa no sé cuántos kilómetros en la extensión limitada del privado.

Percibo una calma extraña. En el aire flota una atmósfera perturbadora que parece desplomarse desde el cielo.

Tengo sed. Y aunque al alcance de mi mano se posaban relucientes, tentadoras, veinte distintas botellas de licor, esperando vaciarse en una copa o derramarse en un vaso; yo ambiciono preservar mi lucidez, verter en mi alma apasionada y delirante ese cáliz amargo de nostalgia, de recuerdos, de esperanzas. . .

¡Quiero aturdirme de esa sed de caricias, que sólo la mujer amada puede mitigar!

¡Abrasarme en la candente espera del rocío de una palabra suya!

¡Torturarme en el infierno masoquista de todas las más hirientes suposiciones: desde pensar que nunca me había amado, hasta suponer que mi presencia la estorba en un nuevo amorío con un joven guapo y soltero!

Un relámpago deslumbrante y cegador bañó con su fulgor de luciérnaga las sombras negras y pesadas, anticipo de borrasca y de tormenta. Un trueno epiléptico rasgó el silencio. Las lámparas se apagaron y yo quedé atrapado entre la angustia y la oscuridad, entregado a las más aterradoras visiones: imaginaba que Katy podía ser víctima de una enfermedad incurable, y que incluso podía morir.

Luego, que su glacial indiferencia sería el presagio de no volver a verla nunca; entonces traté de explicarme lo absurdo de mis conjeturas, pero cuando conseguí tranquilizarme a fuerza de razonar, surgieron otras: ¿Si mi esposa le hubiese reclamado? ¿O su familia, sus padres, sus hermanas la presionarán juntos para obligarla a dejarme?

Afuera llovía, un alud de truenos cañoneaba furioso, como si fuera el estremecimiento de un abismo: las gotas golpeaban insolentes las ventanas y el agua amenazaba inundar las calles; al escalofriante resplandor de los relámpagos se mostraron las nubes negras como baúles fantasmales que desembucharan un caudal de terror.

— ¡Todo esto es un infierno! —dije en voz alta, asustado de escucharme—. ¡Un infierno! —repliqué más fuerte, buscando en el grito el valor—. —Todo es un infierno: el amor, el sexo... ¡Yo mismo!... ¡Yo soy el infierno!

Cuando regresa la corriente eléctrica, me levanto tambaleándome y voy a correr las cortinas: detesto esa oscuridad plomiza de la lluvia; siento fatigarme con cada respiración; las sienes amenazaban estallar y un hormigueo nervioso me sube hasta la garganta seca.

— ¡Oh Dios! ¿Por qué el hombre no puede trazar su destino en lugar de tolerarlo? ¿Por qué el amor, ese azar caprichoso que da alegría, ese esencial impulso que genera la vida, es para mí embajador de amargura? ¡Tu libre albedrío es un embuste más, una vil triquiñuela para que el hombre desposeído, ignorante, infeliz, se arroje la culpa de todo por lo que sufre, de todo cuanto busca y no encuentra, de todo lo que consigue con luchas y trabajos y pierde cuando menos piensa!

Hace solo unos días, unos escasos, días quería vivir, quería saborear ese manjar envenenado que llamamos amor, quería gozar, y reír, y disfrutar y he aquí que sólo a unas semanas de no verla, estoy hundido, aniquilado, ¡A punto de volverme loco!... Loco, sí!... Y aún la locura me parece más benigna. ¡Si pudiera olvidarla un minuto! ¡Si pudiera dejar de pensar en ella! ¡Si pudiera evadirme! ¡Dormir! Huir de mi cerebro, de mis suposiciones, de la cruel realidad de este momento, huir, sí, ¡Huir!

Pensé en salirme a la calle, en buscar a alguno de mis amigos, en acudir a un centro nocturno; pero continuo inmóvil, como petrificado, tal si un maléfico sortilegio me impidiera moverme. De repente, mis ojos vuelven a tropezar con la fila de botellas relucientes, descorché una, vacié en mis labios, uno, dos, quién sabe cuántos tragos, mientras me iba diciendo: ¡Que pase esta noche! ¡Que termine esta endemoniada noche!... Mañana yo correré a verla lo más temprano que sea posible. ¡Imploraré! Le contaré mis sufrimientos, mi horrible angustia, mis temores, mis dudas; me enfrentaré a su padre, ¡A todos! El amor no debe avergonzar., el amor ennoblece, eleva ... ¡Y yo amo!

No supe cuántas horas me quedé dormido. Cuando despierto la luz del día se filtra por las hendiduras de puertas y ventanas. Una ansia dolorosa me recuerda que seguramente tampoco ese día vería a Katy. ¿De qué sirven pues el sol, la luz, el hecho mismo de que yo viva, si ella está distante? Miro la botella a mi lado, casi vacía. En lugar del brindis regocijado con el champagne helado, la botella angustiada con los restos del líquido extenuante y pegajoso de la embriaguez. En lugar de sus palabras, el silencio. En lugar de su risa mi desesperación. En lugar de su rostro, el mío. que adivino pálido y desencajado. En lugar de sus manos, la nada. En lugar de su presencia, el delirio. En lugar del valor, la frustración. En lugar de la verdad, los sueños. En lugar del futuro, la utopía. En lugar de su amor... ¡Probablemente el desengaño!

Siento frío, busco mi saco para arroparme y al tomarlo rueda mi cartera por la alfombra, y con ella, un retrato de Katy. el único que tenía de ella; lo tomé con amoroso empeño, diciéndole como si el inanimado papel pudiera escucharme: —*Katy, mi dulce Katy, ya lo ves, he pasado una mala noche. Me he dejado encadenar a tus pasos, a tu presencia, a tu voz. Me he perdido en ese fluido excitante, turbador, magnético que llamamos amor y he aquí, que a pesar de adorarte tanto... ¡He dudado! He dudado un millón de veces de ti. que eres la más pura, la más sublime de todos los seres de la Creación. Katy ¿podrás Perdonarme? ¿Desearás volver a verme el día que te mejores y estés otra vez: linda, fresca, sonriente?*

Suena el timbre del interfono y mi secretaria me anuncia con voz triunfante:

—La señorita Katy para usted... ¡Ah! se me olvidaba: buenos días.

¡Silencio!...

¡Va a juzgar el tribunal de las costumbres!

NOVENO TIEMPO

— ¿Así que desde hace cuatro días volviste a trabajar?

— Regresé al iniciar la semana —afirmó con sinceridad.

Quedé mudo, con la boca seca, el corazón palpitante, los ojos empañados en la mortificación del asombro.

— ¡Dios mío! ¿Cómo puedes ser tan cruel?

— ¿Tan cruel?... —repetió sorprendida.

Le oprimí la mano tratando de comunicarle la horrible inquietud que me devoraba

—Mientras me debatía en la angustia, imaginándote enferma, mientras me taladraba el alma el horrible sufrimiento de no saber de ti, tú podrías al menos haberme llamado.

— Tenía tanto trabajo. Se habían rezagado algunos asuntos del arquitecto. Además, me siento mal; quería regresar a casa lo antes posible.

— Comprendo. Te has cansado de arrojarme el mendrugo de tu amistad, de tu estimación.

— ¡Me insultas!

-Sé bien que no tengo derecho alguno sobre ti. Te daña mi devoción, te ofende mi cariño.

-¡Basta! -gimió- ¡Quería evitar todo esto! ¡Tenía tanto miedo de hablarte, tanto temor de enfrentarme contigo y explicar!

— ¿Y qué es lo que tienes que explicarme?

— Mi familia. ...

-¿Tu familia?

—No quieren que te vea. Me han obligado a prometerles que no te volveré a ver nunca.

— ¿Te han obligado?

— Yo estaba sola. Mi madre lloraba, mis hermanas. . . Mi padre insistió que esto es un disparate. Que tú eres un hombre casado, y cuando te canses de mí y conozcas a otra muchacha, te olvidarás como lo has hecho con tu esposa... y lo seguirás haciendo con una y con otra.

— ¿Y qué? ¿Qué más te dijeron?

— Que me desprestigie exhibiéndome contigo. Que tu esposa puede provocar un escándalo. . . que acabaré buscándome un hijo. ¡Un hijo al que ni siquiera reconocerás!

— Y tú. . . tú ¿Qué les respondiste?

— Yo no quería creerles. Comprendí que buscaban mi bien; mi padre jamás ha sido duro conmigo; ¡Mamá me ha dedicado su vida, yo he sido su orgullo, su felicidad!

— Bien, pero ¿qué respondiste?

— Nada. Prometí terminar todo cuando te viera.

— ¿Prometiste? ¿Y ahora que estamos frente a frente?

— No sé. No sé. No puedo ver que sufras. ¡No puedo herirte!

— Katy, mi tierna y dulce Katy, no sufriremos ninguno de los dos, te lo prometo. Nos iremos lejos. Viviremos felices en otro país. Liquidaré los negocios, trataré de asegurarla a ella y partiremos donde tú quieras... todo será cuestión de días; mi abogado conseguirá divorciarme pronto y si no... ¿Qué es un papel? . . . ¿Un estúpido e intrascendente papel, comparado con mi amor por ti? En un país lejano nos casaremos...

—No sigas, no sigas —exclamó llorando sin poderse contener.

—Sí Katy, debo decirlo: ¡Seremos felices!... ¡Inmensamente felices! ¡Yo te adoraré más cada día, si es posible querer más!

— ¿Y mis padres? ¿y mis hermanas? ¿Y ella? ¡Ella! Para mi padre seré una hija ingrata; pero estoy segura de que sabrá comprenderme y perdonarme: tú tienes razón: el matrimonio no es un papel y menos es el seguro del amor. . . Pero aunque no la ames, yo para ella seré una intrusa, ¡Una ladrona!... ¿Entiendes? ¡Una ladrona! Tu Katy, tu querida Katy será sólo eso, una despreciable muchacha que ha robado un cariño. . .

—Katy, ¡Qué fue aquello por Dios! ¿Qué fue aquello comparado con mi amor por ti?

—Eso no puede admitirlo ella. No puede aceptarlo ninguna mujer. Tiene el derecho a pensar que yo... que yo... ¡Oh, tengo tanta pena! . . . Yo no hubiera querido llegar a esto...

— ¿No habrías querido llegar a amarme nunca? ¿Ni a ser verdaderamente amada como lo has sido? ¿Ni a alterar tu vida, tu moral burguesa, tu tranquilidad que no acepta salirse de lo convencional, tu sociedad hipócrita y cruel? ¡Todo eso vale más para ti que yo! No tienes valor Katy, no tienes valor para amar, ni para vivir. . . Pero, en cambio, te sobra para sumergirme en la infelicidad, en esta agonía espantosa, superior a mis fuerzas! ¡Sólo tienes valor para atormentarme!... .

— ¿Quieres volverme loca? He sufrido horriblemente estos días y...

— ¿Has sufrido? ¿Has sufrido por mí? -Bajó ligeramente la cabeza- Entonces... entonces me quieres; y si me quieres ven conmigo, yo te ayudaré a tener valor, mucho valor, ¡Desafiaremos todo! Comenzaremos a vivir, como si ayer solamente hubiéramos nacido. Ven Katy, te necesito. ¡Tú no sabes cuánto te necesito! No sabes que no podría vivir sin ti, y aún sería capaz...

— No lo digas, por favor, no lo digas! -Repitió poniendo sus dedos en mis labios.-¡Me da miedo! ¡Estoy tan aterrorizada desde esos días que hablamos tanto de los muertos, de todas esas cosas! ¡Yo quiero que vivas, amor mío! ¡Yo quiero que vivas! ¡Porque al vivir tú, vivirán también tu ternura, tu amor, tus palabras, tu devoción por mí!

— ¿Entonces Katy, entonces?

—Sí. -agregó desplomándose infinitamente triste-. ¡Me iré contigo! -Me miró con los ojos preñados de lágrimas- Pero ahora déjame, ¡Déjame por piedad! . . . ¡Quiero estar sola!

— ¿Cuándo te veré?

— No sé. Necesito unas horas, unos días. Ten calma por favor. . . Sé cómo te sientes pero no puedo hacerlo luego. ¡No puedo! Soy sólo una muchacha. ¡Una muchacha! Necesito un poco de tiempo para convertirme en mujer, y seguirte. ¡Te juro que cumpliré lo que te he prometido!

— Hasta pronto, Katy, hasta pronto para siempre. Yo también arreglaré lo mío.

Me besó en la mejilla y se alejó corriendo, mientras yo buscaba fijar su imagen en la retina de mis ojos

*Volé en las alas inasibles del más bello de lo espejismos. ¡Amé! ¡Viví
Y he aquí que al despertar estoy más solo. Herido por amor. ¡Cansado por vivir!*

DÉCIMO TIEMPO

Fue la última vez que vi a Katy. En los días siguientes, silencioso, encerrado en mis pensamientos, empecé a ordenar todos mis asuntos: los de negocios, los personales; puse al día mi pasaporte, hice efectivos muchos documentos y di instrucciones a un agente de viajes para que dispusiera lo necesario para radicarnos una larga temporada en Europa. Consulté varias veces con mi abogado, quien insistía en que para divorciarme, precisaba una causa o el mutuo acuerdo, en ambos casos necesitaría largos meses de espera; y aún divorciado, por lo menos un año para poder casarme nuevamente.

Comprendí que Katy no lo soportaría. No sé si cometí un error grave al mantenerla informada de todo. La llamaba dos o tres veces todos los días. Siempre insistí en que la solución más rápida y práctica era abandonar el país; y lejos de la presión de su familia, anulada la remota probabilidad de encontrarse con mi esposa, el abogado buscaría una causa y promovería el juicio.

A Katy le repugnaba todo esto. Era un corazón demasiado tierno, ya no digamos para ser cómplice, ni siquiera confidente de aquellos planes que incluían el abandono cruel, el golpe por detrás —como ella decía— a quien no tenía culpa alguna; y aunque yo insistí en que mi enorme cariño justificaba todo, nunca pude hacerle cambiar de idea.

Un día que me esforzaba por explicarle lo que significaba para mí, lo que podía ser de mi vida sin ella, me contestó que sentía ser la causa de mi proceder.

Yo intenté demostrarle en lo que valoraba sus cualidades; Katy me respondió con un pesar inmenso: No soy lo que tú piensas. Sólo soy una muchacha que se resiste a construir su felicidad sobre la desgracia de otra mujer.

Quedé atónito. Yo sabía que Katy cumpliría su palabra; pero era tal su dolor, su pesar, su angustia, que se me revelaba siempre confusa y deprimida.

— ¡Es una mujer! ¡También es mujer! —me dijo una tarde— ¡Es más débil que tú!... ¿Recuerdas lo mal que te sentiste cuando me enfermé? ¡Y eran sólo unos cuantos días! Tú sabías entonces que yo volvería contigo, me conoces lo suficiente. ¿Pero ella?... ¡Ella! ¿Qué hará cuando descubra que no volverá a verte nunca? ¿Qué pensará cuando vea su confianza defraudada? Su vanidad de mujer sufrirá la saeta del repudio, la humillación. Tú tienes una razón poderosa: tu amor, tu gran amor del que yo no dudo, no dudaré nunca ni un instante... Pero ella ¿Qué tendrá? ¡Soledad! ¡Abandono!... Seguridad, como tú dices. . . Como si una cuenta bancaria restituyera todo para una mujer, y encima huir de ella como de un mal. Huir... ¡Huir!

—No existe otro remedio —respondí—. No hay otra posibilidad.

—Te desconozco así —contestó—. Hay algo que me ha conquistado a mí. . . que convencería a cualquier muchacha sensible: tus sentimientos, tu devoción, tu sinceridad. Te he conocido: suave, delicado, nunca te he creído capaz de un gesto de dureza y ahora... —Se echó a llorar.

— Ella, o tú Katy —me defendí—. ¡Ella o tú!

- Ella tiene el derecho —musitó. —

- ¡Tú tienes mi amor! —repliqué.

— ¡Tu amor! . . . ¡Nuestro amor! . . . —repitió como un eco— ¡Un odre preñado de lágrimas!

Colgó la bocina y supuse que continuó llorando.

A partir de esa tarde, mi ideal se convirtió en una sombra huidiza, en una ilusión vestida de sueños que se rebelaba tenaz a materializarse, era un espejismo de felicidad amenazado, que yo me obstinaba en defender con desesperación.

Sentí flotar esa ambigüedad brumosa en que amanecer y anochecer traen consigo una obsesión idéntica: ¡Partir!

Aún no fijábamos la fecha de salida, cuando Katy me insinuó que hablara con mi esposa. Yo le respondí que era muy difícil que se hubiera enterado de mis planes.

— No lo creo —respondió, con esa intuición que nace gemela con la mujer.

— Debes tener valor. . . ¡Debe perdonarnos todo esto! —suplicó.

— ¿Perdonarnos? ¿Es que debemos? . . .

— Si fuera un poco valerosa, yo lo haría. Quisiera jurarle que no me anima causarle ningún daño. ¡Mitigar su dolor! El inmenso dolor ante lo irreparable. Prométeme que harás todo lo posible por consolarla, que no saldrás huyendo como un ladrón. Yo también tengo mi parte: he de comunicar mi decisión a mi madre, estoy segura de que no lo dirá a nadie, y de que me perdonará.

— ¿Perdonar? ¿Es que debemos implorar perdón al mundo por amarnos? ¿Es que acaso es un delito querernos? ¿Necesitarnos? ¡Quiero vivir, Katy, quiero vivir!

Katy enmudeció.

— Haré lo que me pides. Buena suerte, Katy. Partiremos dentro de pocos días. Alista tu pasaporte. y cuando vayamos lejos...

— Llevaras lo que tanto quieres: una muchacha triste.

— Te haré feliz. ¡Seremos siempre dichosos! ¡Te compensaré por cada lágrima!

— Me compensan tu amor, tu abnegación, tu paciencia, tu sacrificio!... ¡Voy a necesitar tanto de ti!

— ¡Mi vida! —ofrecí—. Y me pareció que al decírselo, vaciaba el alma.

DECIMO PRIMER TIEMPO

Aquella noche llegué más temprano que de costumbre a casa; me refugié en el vestidor y empecé a llenar las maletas con lo más indispensable para el viaje; por vez primera los muebles, los objetos, aún mis trajes, mis corbatas, me parecieron casi extraños. Yo ya no pertenecía a aquella casa.

Luego, la vi aproximarse: calmada, serena, con la misma docilidad blanda que se entregó a mí por primera vez.

— ¿Te marchas ya?... —preguntó.

— ¡Sí! —respondí.

Me sonrió triste, casi nostálgica, con esa sonrisa del que siente pesar por algo muy querido que se pierde. Se acercó mirándome frente a frente.

— Quisiera ofrecerte una explicación... —balbuceé—. Mi amor por ella es más fuerte.

Me suplicó con un ademán que no siguiera.

— Calla. No hace falta que digas nada. Ya tú te has explicado todo.

La estreché agradecido. Sentí en mis mejillas su llanto tibio y pegajoso.

- Yo. . . me quedaré esperándote como siempre.

- No hay regreso. ¡No hay día que aguardar!

— ¿Nunca volverás?... —preguntó aterrada.

— ¡Nunca! —añadió con amargura— ¡Tienes que perdonarme ahora!

— Ya te he perdonado hace mucho tiempo. . . desde que te volviste indiferente, desde que no pasabas en casa, y te veía abatido, sin deseos de vivir, a veces presente, pero con el pensamiento lejos, como si algo extraño te llamara, otras, las más, en compañía de tus amigos, de tus clientes, de tus libros, siempre ocupado, distante.

— No se puede nada contra el pasado, ni contra el destino. Siento haberte hecho infeliz. Siento irme ahora... ¡Quisiera hacer algo por ti!

— ¡Ya lo hiciste! Llenaste mis mejores años de ilusiones, con la misma generosidad que solías llenar mi recámara de flores. ¿Te acuerdas? Colecciono listones, cajas vacías de chocolates, tarjetas enviadas por el más insignificante motivo. ¿Qué más puede pedir una mujer? Cada detalle de esta casa lo pensaste deseando hacerme un regalo. -Sonrió con amargura- Ahora me toca a mí empezar a quererte de otra manera. . .

— ¿Quererte aún?

— No podría dejar de hacerlo.

— ¡Olvidame por tu bien! Tienes derecho a rehacer tu vida. . . —supliqué.

— No te engañes, tú sabes lo que es el amor, ¡Naciste para él! Yo llegaré a quererte como un hijo, después de todo, no eres más que un niño grande; de otro modo me volvería loca, así sólo me queda comprenderte. . . y perdonarte.

Era demasiado. La vi alejarse de la habitación. Sentí pesar por ella, conmovirme por su nobleza. Luego, el puñal frío del razonamiento se batió en mis entrañas. Mi amor, mi inmenso amor, sólo sembraba llanto, angustia, era como un laberinto cuya única puerta de salida fuera la desolación. Me imaginé a Katy, mi tierna, mi dulce Katy: cansada, llorosa, pasando las noches en vela, imaginando que no volvería a ver a sus padres, a sus hermanas, reprochándose a cada instante haberme conocido, haberme creído. Comprendí que el remordimiento suicidaría nuestro amor, nuestro inmenso amor.

Me senté a escribir.

Una ola de piedad me sacudía. Y tuve piedad, infinita piedad del hombre, ese pobre culpable, ¡Culpable además aún, por lo que ama!...

Ya se escondió ¡a felicidad!. . . ¡Hay que buscar la esperanza!

DÉCIMO SEGUNDO TIEMPO

Kat

He querido hacer de ti el cofre donde depositara toda mi ternura.

He anhelado con fiebre delirante sumergirme en el fuego de una adoración sin límites, de un amor tan profundo, tan noble, tan sincero, que se elevara sobre todos los remordimientos, incluso el de alejarme de ella. ¿No has pensado que no podría arrepentirme de no poder ya amarla? Qué bien puedo arrebatarte si a su lado yo no puedo darle ni afecto, ni ilusión, ni el pasado que quisiera fuera tuyo, ni el futuro que también te pertenece.

Pero he ahí que mi cariño es para los demás: sacrílego, maligno, perjuero. Tiene la marca impuesta por una sociedad inexorable, hipócrita, absurda. Lo han teñido con el agua turbia de la vergüenza, lo han cubierto con ese ropaje siniestro que llaman adulterio.

Y no obstante a través de ese sentimiento despreciado, he llegado a templar mi espíritu para realizarme como hombre, para adquirir el verdadero linaje de lo humano, para enseñarme a nacer, a morir, a esperar, para conducirme sereno entre la ensortijada enramada de lo inaccesible.

Te devuelvo tu libertad, yo quién se lo que es la oscuridad de la prisión, que he sufrido el dolor del destierro. Tú no podrás imaginar que interminable tortura será para mí el no volver a verte, tú no sabes cuanto miedo tengo de ir solo hacia la angustia que no guarda el amanecer ¡No supones el terror que me inspira la soledad! Y yo llamo la soledad a tu ausencia.,

No puedes suponer mi horrible desesperación, al tener que inmolar nuestro amor ¡Nuestro inmenso amor! A la cínica vulgaridad que han dado por llama buenas costumbres, de presenciar como truncan el árbol frondoso de mi única verdad: ¡Mi inmensa devoción por ti!

Voy a hacer un viaje hacia la insana selva de lo utópico, a adentrarme en una oscura caverna, donde sólo llega la luz de los recuerdos. ¿Te acordarás también tú? Csárdás, la zona rosa, el valle de las monjas... mis esperas llenas de zozobra y ansiedad a las puertas de algún cine o en la mesa de algún restaurante...

Un día me volveré a hacer la ilusión de que nos hemos citado, vestiré mi mejor traje, el que más te gustaba, y después de rasurarme añadiré tu loción preferida, me teñiré los cabellos de las sienes y lleno de ansiedad veré pasar las parejas; mi corazón palpará ante la proximidad de una hora imaginaria, en la que tú, naturalmente no llegarás, pero yo me alegraré creyendo mirarte; conozco cada uno de tus vestidos, me se de memoria toda esa gama versátil que es el rostro cambiante de la mujer amada, con cada peinado, con cada maquillaje...

Todo ello será mejor que verte llorar, que arrancarte de tu casa y de tus padres, que negarte tu vestido blanco y tu corona de azahares, tu boda fastuosa con cien amigos sonrientes; que robarte tu tranquilidad,

Todo será preferible, que aceptar tu sacrificio. ¡Que huir como los ladrones!

Vuelve a los tuyos, mi tierna y dulce Katy. No llores, no te inquietes más.

Yo, yo estaré siempre a tu lado

No sufras más por favor. El destino se escribe antes de nacer.

Déjame anochechar en tu pensamiento para mañana amanecer contigo.

El sueño es el aviso. Es como la escalera mágica que nos succiona al infinito y luego ahí nos posara suavemente. Es el paracaídas increíble. Las alas prodigiosas que nos impulsan a volar hacia horizontes desconocidos.

El sueño es el sortilegio que previene. El preámbulo que anticipa cada acontecimiento determinante de nuestra existencia.

¡Quién supiera interpretar los sueños!

¡Quién pudiera profetizar el abstracto jeroglífico de su mensaje!

¡Quién osara predecir si también nuestro pie hollará el espejismo!

DECIMO TERCER TIEMPO

El sueño olvidado volvía a mi mente, como si en el instante del supremo y necesario sacrificio de la renunciación, Dios quisiera compensarme por todas mis angustias, por mis ilusiones suicidas, por mi devoción hereje, por mi amor crucificado en la ignominia demente del prejuicio, en el inamovible cadalso de los convencionalismos, entreabriéndome las puertas de la verdadera eternidad.

Y regresé a la Barranca. Como en los años borrosos de la adolescencia. Volví a pisar un Mixcoac ahora desfigurado, mutilado, herido por el asfalto, violado por la codicia y entre cuyas ruinas yacía sepultada con el pasado, la llave del porvenir.

Volví a seguir el camino por el borde de la barranca, donde un día vi la hierba esparcir su alfombra de florecillas blancas y amarillas, a herir mis tobillos con la punta agresiva de las espinas, a lastimar mis pies en el filo de las piedras, a fijar la mirada en la garganta seca y polvosa, en cuyo lecho corría el agua sucia y amarillenta.

Volví a tener delante esa geografía desoladora, incrustada de tristeza, que va a confundirse con la cordillera. Y entre el mosquerío que aleteaba alrededor de los basureros, entre el aire caliente que se desplomaba de la tarde agobiadora, volví a sentir la irresistible y vieja atracción de llegar hasta el valle acogedor, donde los montículos de grava se transforman en tierra negra y la panorámica lejana de un verde azulado, descubre su tesoro de bosques frondosos. Me volví a sumergir en la fascinación enfermiza que emergía de aquel fondo multicolor de cordillera cuajada de tonos rojizos, grises, verdes, azules, en la iluminada perspectiva del atardecer.

Volví a suspirar por el roce bienhechor del viento que abanicaba los árboles lejanos, en cuya agradable sombra anhelaba refugiarme a contemplar los recuerdos.

Empecé a caminar lo más rápido que pude; quería apartar mis ojos del lecho seco del río, cuyos abismos eran como herida de puñales en el materno vientre de la tierra estéril y arenosa. Tenía la laringe reseca por el calor y el polvo. A la promesa de llegar hasta el valle, se añadía la de saciar mi sed ardiente con el agua fresca que serpenteaba y seguramente encontraría.

Apreté el paso lo más que pude; me pareció que algo indefinible, misterioso y extraño flotaba en el ambiente, que la fresca cordillera que tenía ante mis ojos, caminaba más aprisa que yo.

Que era un imán embrujado que me fatigaba inútil. Hice un mayor esfuerzo todavía, logré avanzar casi corriendo algunos centenares de metros; y cuando se terminó el camino vi agrandarse, grave, imponente, como puesto por una mano invisible, el Cementerio de Tarango. Un escalofrío bebió la sudorosa transpiración de mi cuerpo.

Con la final revelación, llega el final de esta historia. Una historia vulgar, que no relata grandes proezas, sino uno de esos conflictos pequeños, insuperables, repetidos todos los días. El cementerio era el *epílogo* del camino. En él moraba la muerte. En la muerte, la verdad. La verdad, en el silencio.

Y en el eterno silencio de la Nada, el por qué de la vida. La respuesta a la perpetua interrogante del destino. En la prisión de la tumba, la frontera de lo lógico y lo evidente.

Mas con la pobre evidencia humana, sólo se arrastran ignorancia, frustraciones, soledad, angustia. ¡Era preciso morir para saber!

Ahora sabía que mi cuerpo reposaría en el cementerio encerrado en su féretro gris, olvidado, consumido por los gusanos, carcomido por el polvillo rojizo de la Barranca erosionada, pero presentía (¡Oh esperanza demente, eres el absurdo, pero el absurdo es cuanto me queda!) que el hombre de la predicción dijo la verdad: *Una y otra vez la carne habrá de recuperar el tiempo perdido*. Y mi alma paciente animará otro cuerpo, en otro país, en otra época, en otro planeta. . . Pero siempre buscará y reconocerá a su Katy. . . ¡A su etema y dulce Katy! para unirse con ella —como unida estuvo ya— en un haz de amor, en un paraíso verde y tranquilo, como aquel valle hermoso al que nunca pude solo llegar, mas al que arribaría, prendido al cáliz coralino de aquellos labios sublimes; para llamar limpio a las puertas del Hacedor de todos los amores.

Y se hizo la noche en mi destino

EPILOGO

Mi secretaria entró al privado y me anunció: —Han llamado de Air India señor; su reservación está confirmada: subieron las maletas al taxi, y está esperando. . .

—Gracias. Tengo un último favor que pedirle. Entregue esta carta: Son instrucciones para mi abogado, quien deberá arreglar todo lo concerniente a mis negocios. Mi esposa decidirá lo que conviene hacer.

Este sobre es para usted, con mi gratitud por sus buenos servicios.

— ¿Se va para siempre señor?

— Así es. Hay otra carta más... la llevará usted personalmente a Katy.

— ¿A la señorita Katy? ¡Se pondrá muy triste! ¿Qué voy a decirle?. . .

- Dígale que tenemos una cita, que no olvide nuestra cita.

— ¿Una cita? ¿Dónde?. . . ¿Cuándo?

— ¿Cuándo?. . . ¡Quién sabe! ¿Dónde?. . . ¡Más allá, más allá del camino!

Hasta Siempre Nunca

Primera Parte

Árbol del que mana miel, deja escurrir unas gotas para nutrir poesía

PRELUDIO

Y volví a recorrer aquel sendero, cuya distancia abarcaba casi tres decenas de años

Mis ojos recorrieron con la minuciosa curiosidad de antaño, la lejanía de donde parecía nacer el río, que deslizaba su cauce despreocupado por las faldas verdes de las lomas, entonando su húmedo *leit-motiv*, monótono y sensual.

El tren bufó a la mitad de la apacible llanura, mientras su carrera trepidante balanceaba como una mecedora a los viajeros.

El hombrecillo de gorra negra vociferó: — ¡*Maravatio!*

Los pasajeros se fueron incorporando acercándose con prisa nerviosa hacia las puertas, atestadas de maletas.

Cruzamos el viejo puente, bajo cuyos hierros enmohecidos corría mansa y perezosa la cinta de plata de aquel río lejano, repentinamente debajo de nosotros. Mi mirada continuó fija en las riberas donde el agua lame las piedrecillas blancas y azuladas con su frescor espumoso. Por un momento me pareció contemplar el cuadro de las primeras correrías de mi niñez, cuando miraba lavar y tender a las mujeres del pueblo su ropa blanca impregnada de sol y del peculiar olor a limpio; pero la visión se desvaneció en el oscuro ocaso que se llama pasado, con la misma rapidez que había emergido. Luego, las risas y las voces se hicieron más frecuentes y agudas

La máquina de vapor rechinó sobre sus rieles, deteniendo poco a poco su patinar vertiginoso. Atada a su obediente prole de vagones malolientes ennegrecidos y sucios, anunció entre silbatos prolongados y ululantes su próxima llegada. El metal cantarino de su campana, prorrumpió sumiso su habitual sonsonete. Lanzó todavía una bocanada de vapor blanco que se esparció en el firmamento y luego frenó totalmente con un chillido metálico que se ahogó entre los múltiples ruidos del andén.

Una ola de voces pregonaba: empanadas, fruta y agua fresca. Un altavoz vomitó las notas chocantes de una melodía de moda.

Descendí del vagón. Llené de aire fresco y provinciano mis pulmones. Un sol amarillo iluminaba mediocrementemente un cielo tapizado de nubes blancas. Estiré las piernas y empecé el camino al pueblo, a mi pueblo, con el inocente entusiasmo de un colegial que retorna a la escuela después de un largo descanso.

Y efectivamente yo estaba de vacaciones. Y sin saberlo volvía hacia la escuela. La eterna escuela de la vida.

MODERATO

¡Abandonarse al recuerdo es como volver a vivir!

— Aquí hemos tenido de todo. Y alguna vez también hemos sido felices. Crecimos, estudiamos, nos formamos: luego vinieron tiempos difíciles. Algunos se fueron marchando poco a poco a México, a Morelia... ¿Recuerdas a Valentín? Ese creo que llegó hasta Canadá y no regresó nunca, o más bien, no volvimos a saber nunca de él, sólo unos pocos preferimos quedarnos aquí... ¡Hasta morir!

— Bueno en cualquier parte del mundo se muere uno —repliqué—. Supongo que a ti te ha ido muy bien. —Agregué mirando la surtida farmacia del inseparable amigo de mi niñez.

— Estos lugares aparentan tranquilidad, pero esa felicidad es tan falsa e hipócrita como el tono encendido en las mejillas de una tísica.

— Pero al menos aquí se vive sin demasiada presión, sin mucha prisa. No tienes que luchar tanto como en las grandes ciudades. Un buen día de sol en que los rosales están floreciendo y el cielo luce esplendoroso, pues te vas al campo y total, cierras tu negocio y no tienes la obligación de estar detrás del escritorio, sobrellevando al jefe, para ganarte a fin de cuentas con qué vivir. Y a propósito dime, ¿Cómo está la familia?

— Mamá murió hace cinco años. Mi hermana Beatriz sigue en Irapuato... ¿Te acuerdas de ella verdad? Se casó antes de que tú también migraras a la capital.

— Sí claro, lo recuerdo.

— Mi hermano Patricio no me escribe nunca. La última vez que tuve noticias de él, me dijeron que andaba por Sonora.

— Y tú... ¿No te has casado? ¿No tienes familia? ¿Niños?..

— No. Vivo solo en la quinta, o más bien en parte de ella. Hubo un año en que tembló muy fuerte y se cayeron unas paredes. Total dije, para qué quiero tanta casa para mí solo... ¡Ahí se ha quedado todo igual! Ya no es lo que tú conociste.

¿Recuerdas el jardín?... ¿La huerta? ¡Creo que ya no! ¡Ni siquiera te habrás vuelto a acordar de los pececillos que te encantaba sacar del estanque! y luego venía mi madre a regañarnos. . . ¡Pobrecita! ¡Ella también se fue!

— Sí. ¡Pobrecita! —repetí como un eco.

— Sólo yo quedo en pie ¡Todavía firme! A veces la hago de doctor; al menos sí podrás recordar que estudiaba medicina. .

— ¡Cómo no, y que truncaste la carrera de repente!

— Llegué hasta segundo año allá en Morelia. . .

-Y Susana... ¿Qué se hizo de Susana?

MENUETTO

Tú, a quien nunca olvido

De pronto su rostro se transfiguró, el tono pálido se tornó súbitamente lívido, los ojos opacos del prematuramente viejo reflejaron con la rapidez del relámpago, su oculto fardo secreto de desvelos angustiosos, de lágrimas noctivagas filtradas en las mejillas carnosas y arrugadas, curtidas con la sal de aquel líquido quemante que había terminado por extinguirse, privando al dolor, al supremo dolor, de ese recurso bienhechor que calma y agota, que lava y redime y que es palabra no escrita en el lenguaje humano: el llanto. Bajó los párpados con vergüenza, con ese pudor penoso que se empeña inútilmente en esconder la debilidad, apartó las pupilas fingiendo clavarlas frías, inmóviles, como dos dardos relucientes en el punto más lejano del horizonte. Frunció el ceño y las comisuras de los labios se dilataron en un gesto indescriptible donde se mezclaban la rebeldía, la amargura, la resignación, mientras los dedos se encogieron como tocados por una descarga eléctrica.

El fino instinto que nos hermana a los hombres en el dolor, me hizo comprender al instante la ingenua indiscreción de mi pregunta, sólo disculpable por mi larga ausencia. Una voz que desconocía en él, como surgida de la profundidad cavernosa del alma donde hace tiempo murieron las palabras y ya no vibran los sonidos, una voz que poseía aún la masculina pretensión de parecer segura a fuerza de ser dominada, pero que tenía más de queja aguda, de grito desgarrado, de lacerante ondulación, acertó a responderme:

— Murió! —Y en esa sola palabra adiviné la tragedia de mi amigo.

— ¡Perdóname! —Balbuceé apenado— no sabía..

Intentó comprender mi turbación, dulcificó el semblante y me tocó un brazo con la mano.

—Ven —me dijo— he callado tanto... ¿A quién si no a ti podría decírselo?

Cerró la puerta de su botica con una calma penosa, encerrando los olores de cien esencias, me hizo una seña para seguirle a la trastienda, me ofreció asiento, mientras con una voz diferente, en que asomaban cadencias dulces, ternuras insospechadas en aquella alma sencilla de provinciano, con una voz que yo no estaba habituado a escucharle, como las voces inidentificables de esos médiums poseídos de espíritus venidos al conjuro del llamado, emigrados de quién sabe cuál siglo, o de qué país, o de qué galaxia, exclamó lentamente:

-En el pasado de cualquier hombre siempre hay un nombre de mujer que nunca muere en los labios, un rostro de muchacha que se obstina en no irse jamás de la memoria, es como un fantasma que decide habitar en nosotros, o más bien, nosotros nos proponemos darle abrigo eternamente. .. es, cómo te diría yo, como un cadáver que no osamos sepultar y que cargamos, aferrándonos a lo último que pueda darle un soplo mínimo de vida: el recuerdo.

FUGA ROMÁNTICA

Era como el desfallecimiento radiante de una estrella, vaciado en el molde terso y exquisito de un pétalo de rosa.

— ¡El rostro!, aquel rostro era casi puros ojos... insaciables, curiosos, ingenuos, risueños, amables, indulgentes, generosos. En el café oro de sus pupilas bullía el brillo de un ansia imperecedera de vida, una luminosidad cautivante y magnética que atraía suavemente hacia aquellos lagos quietos y dulces, donde se asomaba siempre la juguetona irradiación de una sonrisa.

Eran francos y nobles. Cuando te miraban parecían contagiarse con su divina pureza. Las pestañas largas y ondulantes eran soberbio enrejado de oro. Los párpados, el velo que guarda celoso los sueños. Y las cejas el arco fino y delicado que ensalzara el hechizo subyugante de tanta belleza.

Su mirada expresaba esa benevolencia de las almas que saben mucho, que comprenden tanto ¡Y que disculpan todo!

Cuando hablaba, siempre fijaba aquellos astros de ámbar, prodigándolos con desenfado y dejando traslucir un interés hacia su interlocutor que le halagaba y satisfacía.

¡Oh, cuánto significaba ya, recibir una de aquellas miradas! Era, como regocijarse en un remanso, cuya agradable sensación durara todo el día... como inundarse de una luz que bañara el alma, como nutrirse de una alegría inagotable, del candido optimismo que agradece a Dios a toda hora la merced de haber nacido, aunque hubiese sido sólo por deleitarse, con la dicha inmensa de haber sido mirado por aquellos ojos, como sumergirse en un mar de promesas, donde imperara como un luminoso sol de trópico, el disco rojo e imponente del amor.

La nariz era grácil y fina, la boca era la pulpa jugosa de una fruta exuberante y regia, nacida en el huerto paradisiaco del Creador, era el nido donde serpenteaba la cascada frágil y diamantina de su risa juvenil; era la tentación irresistible que llamara a la sublime oración del beso, era como el santuario diáfano donde la sonrisa era la deidad y la dicha se convertía en gesto.

Los cabellos eran castaños, su tono oscuro como el trigo dorado, donde parecían haberse retratado los rayos del sol de verano; los bucles caían como un derroche de miel en la blanca espalda, mientras ricitos traviesos y rebeldes, pedían ser sujetos a besos en una nuca de alabastro.

El cuello de marfil tenía aires de grácil majestad y los hombros blanquísimos poseían ese porte ducal, esa elegancia innata que la destacaba con cruel contraste entre el muchacherío del pueblo.

El cuerpo era como una ondulación candida, donde las formas perfectas emergían del tierno estuche dieciochesco de la niña.

Los piccesitos poseían esa ligereza alada, esa suavidad que se traslada a los pasos y que parece hacer flotar a los cuerpos.

En aquella esbelta creación se antojaba imaginar a un Dios joven, artífice ilusionado y animoso, dinámico y obsesivo, en realizar a semejanza Suya, esa Su obra que es el hombre; y quien se recreaba con el candoroso contento de una divinidad primitiva en moldear aquel alabastro, con Sus manos de escultor consumado y exquisito, cuando aún no habían sido traspasadas por los crueles clavos de la ingratitud y Sus brazos no habían sido sujetos a los maderos de una cruz de olvido.

Era como si El hubiera querido gozar aquella carne, teñir con perfección el color de aquella piel, dibujar los entronques de las venitas azules o las arterias ínfimas, delgadas y brevísimas en aquellos brazos, cincelar la falange de aquellos dedos, encerrar con intuición helénica la brevedad de aquella cintura y tornejar con las manos sublimes, que después supieron pulir los leños en la carpintería de Nazareth, aquellas piernas tibias, suaves, aquellos pechos, destinados a ser elixir de vida y floración de carne, refugios de nácar que pregonaban la armonía de la más sublime de las mujeres.

ADAGIO

Niñez, juventud... ¡Ah! esos años de audacias y cobardías, de triunfos celebrados con medallas de hoja de lata, y fiestas con banderitas tricolores de papel.

— Así la recuerdo —acepté—. No podría ser de otra manera. Yo también crecí con ella., digo, con ustedes. Seguí cuidadosamente los pasos que convierten al polluelo en ave.

—Entonces, la visión fantástica es verdad. Todavía me parece verla, como si apenas hubieran transcurrido unos minutos: limpia, hermosa, dueña y segura de sí misma, pasear su edad, su hermosa edad, por las calzadas del jardín provinciano o por las calles empedradas del pueblo. Recuerdo con nitidez cada detalle de su cara, cada vellito dorado de los brazos, la forma de cada uno de sus dedos, las líneas de sus manos... cada aroma, cada vestido, cada pliegue, cada peinado. Podría describir el vestido que lució en cada fiesta del pueblo, la humedad perfumada de su mano, el gesto más imperceptible, la mirada más rápida, la palabra más corta.

La conocimos juntos ¿Recuerdas? Yo tenía doce años, tú acababas de cumplir once, fue el primer quince de septiembre que pasó aquí. Su familia la trajo de los alrededores y la calle estaba adornada con focos verdes y rojos. . . En la escuela nos hicieron desfilar por la mañana.

— Apenas lo recuerdo —admití—. ¡Los dichosos desfiles de la escuela!

— Eran buenos tiempos, no tomábamos nada en serio.

— Tienes razón, después de un regaño del maestro, o una paliza en casa, nos íbamos a correr por los campos, seguidos de aquel perrazo tuyo... creo que se llamaba Niki, y luego nos metíamos a bañar en el río, o nos escurriamos en los huertos a robarlos la fruta verde. Después entramos en la secundaria, nos tocó por suerte el mismo grupo, y empezaron a surgir los conflictos todos los días, casi por todo: por Dios, por la patria, por los padres, por el amor. Porque no sabes ni quién eres, ni quién te puso, ni adonde vas... y te sientes a la deriva, como un trocito de paja en un vendaval.

— Yo siempre supe lo que quise, pero lo ocultaba, tú mismo, que eras mi amigo íntimo, no lo adivinaste.

— Bueno, me imaginé que siempre te gustó Susana más que a los otros. Ya era una jovencita muy dulce en ese entonces. La escuela de las chicas estaba a un costado de la nuestra, pero teníamos prohibido molestarlas so pena de expulsión.

— Yo era su único amigo. Yo no molestaba nunca... — agregó con tristeza.

— Lo dices de un modo. . . Ahora me entero de tus escapadas misteriosas, de tus silencios obstinados. ¡Estabas enamorado!

— Así como brota la hierba sobre la tierra, así creció desde entonces aquel amor: absorbente, arrollador, sin saber por qué ni para qué nació, como tampoco saben los árboles para qué dan frutos.

— Lo sospeché alguna vez, pero ¿Quién podría tomar en serio una emoción, en una época en que todo te impresiona, pero en la que a la vez, todo está seriamente amenazado de olvidarse? Recuerdo que cambiabas de alegre a taciturno, de brillante a tímido, de entusiasta a indiferente. Yo me decía: ya se le pasará, conocerá a otras muchachas, o a la buena se casa con Susana, pero ¿Para qué buscarse tanto lío desde ahora? ¡Eso sería para el futuro!

— Afortunadamente sólo una vez te hiere el verdadero amor. Y te inmuniza. No vuelves a enamorarte nunca, aunque lo quieras o aunque lo creas.

Me desconcertó aquella vehemencia.

— ¿Quieres decir que para ti fue como una enfermedad sin cura y que no volviste, no has vuelto a enamorarte nunca?

Me miró callado y por su penoso silencio adiviné la respuesta.

— ¿Y ella? ¿Llegó a ser tu novia? ¿Te amó? ¿Por qué no se casó contigo?

Cuando te marchaste, Susana iba a cumplir dieciocho años.

MAZURCA

El paisaje somos nosotros. Se diría que nuestro estado de ánimo pone colores en los parajes y nuestras emociones son el pincel maestro que dibuja los contornos: alegres o risueños, radiantes o desteñidos.

-Cada domingo era un día de fiesta para mí. Nada superaba el ansia sedienta, el gozo impregnado de angustia con que lo aguardaba, seguro de regalar mis ojos con el cuadro subyugante de su belleza, que era premio generoso a los largos días de espera.

Apenas despertaba, me sentía invadido por una radiante sensación de felicidad.

Abría la ventana de mi alcoba, desde donde divisaba las altas copas de los árboles de su pequeño huerto. Con febril obstinación, intentaba adivinar, si aún estaría dormida o habría madrugado y cortaba las rosas empapadas del rocío mañanero, o tal vez, bebía a pequeños sorbos la taza del humeante chocolate, o peinaba sus cabellos castaños, suaves y dóciles.

Mientras llenaba mis pulmones de aire, miraba el sonriente despertar de mi pueblo. El sol desgarraba las nubes y sus rayos parecían beber voraces las gotitas que jugueteaban sobre las hojas mojadas; el campo reverdecía bajo el infinito azul, impenetrable y transparente, mientras las fuentes desprendían entre armoniosas cadencias, el cristal argentado de sus aguas y la caricia refrescante de su brisa.

Todo cantaba, todo sonreía al conjuro de la palabra domingo. Maravatio se transformaba en un panorama de película luminoso y resplandeciente, como el miraje de un poeta.

La fruta de los huertos parecía más madura. Los nenúfares del estanque habían encerado sus hojas y multiplicado sus flores blancas; los árboles, de un verde oscuro, extendían sus ramajes opulentos como alas protectoras, cuya sombra fuera una invitación al refugio, a esa ataraxia plácida, que se enseñoreaba en los sembradíos, en los animales de labor, que libres del pesado fardo del yugo semanal vagaban con su tranquilidad imperturbable y mansa, en pos de su codiciada hierba; y aún el pueblo parecía más limpio y los tejados más rojos y las canteras más pulidas y las modestas paredes cubiertas de cal, más blancas.

El alegre repiqueteo de las campanas que convocaban a misa, me anunciaba jubiloso la hora sublime de contemplarla. ¡Ah!. cómo latía entonces mi corazón ante la proximidad del instante en que la realidad superaba todas mis fantasías. Tarareaba en la ducha, cepillaba mi traje, aseguraba la línea recta del pantalón, lustraba los zapatos; y me despachaba espléndido de aquella loción que a ella le gustaba. Corría a la iglesia a veces con un ligero desayuno que la insistencia materna me obligaba, sorprendida de aquella devoción inusitada.

Llegaba siempre al templo antes que ella. Me paseaba nervioso por el atrio, saludaba a los vecinos, sonreía condescendiente a las beatas enlutadas de las cofradías, me persignaba respetuoso ante las imágenes, con esa timidez supersticiosa que implora el milagro. ¡Ah! nuestra pobre vida, de la que tan orgullosos estamos es sólo una continua súplica. Conforme pasaban los minutos, se exasperaban mis nervios. Veía llegar uno a uno a los feligreses, acomodarse en los bancos lustrosos y encenderse los cirios en el altar cuajado de bronce dorados.

Mis ojos vagaban buscando una figura, en vano me reprochaba aquella intranquilidad irreverente en la morada de Dios, que yo profanaba convirtiéndola en santuario de mi pasión. Mis miradas no podían llenarse con las caras pálidas de los mártires, mis pensamientos no acertaban detenerse en la agonía del Cristo, ni en el dolor enlutado de la Virgen, ni en la grave faz del evangelista, ni en el colorido policromo del vitral de la cúpula, ni en los azules ojos del firmamento que se asomaban en el rosetón parroquial.

¡Cuántas veces sonaron las campanas por tercera vez; y ella aún no llegaba!

Cuántas otras inició con aire fúnebre el viejo órgano, su melopea pesada y profunda, cuántas otras el sacerdote con su casulla de brocado, comenzó sin ella la antigua plegaria, el implacable *Yo me acuso*, mientras los latidos de esa viscera enferma de sensibilidad me estremecían las sienas; y luego, al fin, cuando yo empezaba a imaginarme mil cosas, ¡Ella! . . . ella surgida de un rincón, como por arte de un encantamiento oriental, ella, presurosa, ligera, con su velo blanco, su inseparable sonrisa y su libro y rosario entre las manecitas; y después del breve saludo, mientras yo simulaba un recogimiento que a veces intentaba ser sincero, quedábamos ahí: uno al lado del otro, ambos leyendo en su libro, pasando los dedos en el mismo rosario de cuentas blancas y brillantes; y cuando el sacerdote rememoraba las eternas parábolas de Jesús, me parecía que las decía a nosotros; y que el Dios de amor, hablaba y enseñaba para sus seguidores, para los que amaban y sufrían, para quienes esperaban y eran capaces de sentir una infinitesimal partícula del inmenso amor, del insuperable amor del Rabí de Galilea; y a la hora de la consagración, en que cobra vida el viejo rito esenio, yo me arrodillaba al lado de ella, como si buscase que Él, al descender a las especies, nos hallara juntos, nos bendijera unidos y nos preservara siempre así, sumisos a Su voz, obedientes a Su ley, amantes en Su amor, pero juntos... ¡Inseparablemente juntos! Reconfortado en el misterio de esa hostia, deslumbrado por el reflejo de ese cáliz, aniquilado por la vibración de esa palabra, con ella a mi lado, renacía en mí, multiplicado hasta el delirio, el juramento de ser bueno, de ser puro y ser sencillo, como Él quería, pero ser de ella y para ella, ¡Como quería yo! Y cuando el ministro declaraba: *La paz sea con vosotros* y advertía: *Dense las manos en señal de paz* yo tomaba su mano, que poseía blancuras de paloma, y al mirar sus ojos tranquilos y risueños, olvidaba el miedo, el espantoso miedo de perderla.

ANDANTE

Aquellos días desfilaban veloces. Eran la juventud que se escapaba, como un puñado de arena que intentáramos aprisionar en una mano y se nos escurriera entre los dedos.

— ¿Y después de misa? — pregunté, mientras sus confianzas sugestionaban mi pluma.

— La acompañaba gozoso a su casa. De vez en cuando solíamos dar un paseo por la mañana o nos perdíamos entre la concurrencia, o la dábamos por jugar a la pelota o irnos a nadar; otras, preferíamos la lisonjera intimidad de un banco del jardín

Morelos o de La Alameda y ella me contaba las peripecias de la semana y yo le hablaba del libro que estaba leyendo. Entonces, transcurrían tan rápido las horas, que en un abrir y cerrar de ojos ya era mediodía.

— Comprendo, y tú hubieras deseado alargar los minutos ¿Verdad? y quedarte todo el domingo con Susana. ..

— Doña Leonor, su madre, que me quería mucho, siempre insistía en convidarme al almuerzo dominical y yo deseoso de permanecer cerca de su hija, no me hacía mucho del rogar y con gran comedimiento me ofrecía a hacer los encargos, mientras Susana cortaba rosas para ponerlas en el florero azul del comedor.

Otras veces, vencido por los reproches de mi madre, iba a comer a casa. Solía ponerme taciturno consultando el reloj a cada rato, o hablaba de Susana entusiasmado, como si apenas hubiera acabado de conocerla. Comía poco y de prisa, y mi madre se exasperaba y me reñía, yo procuraba calmar su enojo mimándola un poco y al final siempre conseguía abandonar la mesa antes de los postres y volver donde Susana.

La hallaba esperándome: risueña, dulce, irresistible. Todavía me parece contemplarla una tarde, sentada en el sofá de bejuco amarillo del recibidor de su casa, ornado con plantas de sombra y grandes macetones de Guadalajara.

Llevaba un lindo vestido hecho para rimar con el esplendor del arco iris.

Era, como de un color que sobresaliera entre todos los demás colores, como una nube vaporosa y sutil hecha de encajes y armiños, como un haz de pétalos que moldeando aquel cuerpo se adherieran felices a las formas discretas y elegantes, que yo presentía a fuerza de devorarlas con los ojos y de adorarlas con fanática devoción.

Me quedé inmóvil, hechizado ante aquel derroche de belleza, ciego ante aquella divina luz hecha para iluminar todas las luces, absorto por aquella voz musical que encerraba todas las armonías más sublimes que hubiesen mecido la tierra. ¡Qué hermosa estás hoy! —Murmuré en el colmo del asombro: ella se sonrió para replicarme entre medio disgustada y contenta: — ¿Nada más hoy? — y yo no supe ya que responderle. Mi atrevimiento me había hecho enrojecer y ella se divertía a costa de mi cobardía. Al final doña Leonor vino a sacarme de apuros: Susana me adelantó su delicada mano y partimos hacia nuestro cuartel general: la nevería del pueblo. Allí, los piropos y las demostraciones de admiración no se hicieron esperar, mientras yo, vanidoso y satisfecho, paseaba una mirada desdeñosa entre los inquietos concurrentes.

— ¡Me lo imagino!

— Pero no todo era siempre tan fácil, a veces la veía sólo hasta muy tarde. Doña Leonor se la llevaba al rancho de sus tíos.

— ¡Y tú te pasarías ese domingo encanijado! ¿No es así?

— Sí. Cierro los ojos y el recuerdo de esas horas de torturante inquietud, acuden a mi mente como las olas de un mar encrespado lamiendo la playa. Pero todo se disipaba en un momento, yo me iba a espiar su llegada, y el verla, aunque fuera para conversar solamente un rato pequeño, era el broche dorado que cerraba felizmente mi domingo. ¡Anochecer cerca de ella!

— ¿Anochecer? —murmuré como un eco— ¿Cómo era el anochecer a su lado?

— Como la visión mágica de un sueño fantástico. El horizonte iba oscureciéndose, tiñendo las lomas de un tono negro azulado; las primeras sombras de la noche iban diluyendo las formas, esfumando los verdes brillantes del campo, mientras en un rincón del valle los rayos del sol expirante, hundido en su cuna aterciopelada de gasas, jugueteaban todavía, poniendo entre cielo y montañas esa gama versátil de colores que van desde el anaranjado al azul turquí, pasando por el rosa y el amarillo. El agua de las fuentes adquiría matices violáceos, alternando su monótono estribillo con el canto apagado de los grillos, mientras en sus contornos, los lirios y los alcatraces emergían soberbios su inmaculada blancura nívea y triste.

La plenitud magnífica apenas se interrumpía por el aleteo de las aves, o por ese gorjear arrullador que proviene del improvisado nido, donde la pluma es cobija, y a la indefensa inocencia protege el aliento de Dios.

¡Cuántas veces el hipnotismo de esa hora nos envolvió juntos!

¡Cuántas otras esos crepúsculos tornasoles nos sorprendieron bajo el acogedor ramaje de un árbol, o entre los tallos cómplices de los rosales!

¡Cuántas más, se desgranaron las perlas transparentes de su risa, entre el murmullo armonioso del riachuelo o bajo la bóveda refrescante, y generosa de los portales engalanados, donde la reunión pueblerina exhibía su contento dominguero y todos disfrutaban el placer de la tertulia y el helado, el café y los refrescos de jamaica, de horchata o de tamarindo, invadían las mesas de la nevería!

¡Ah!, el encanto de esas horas inolvidables, saliendo de la función de cine o llegando ella a la cita, a nuestra cita, con una deliciosa risa que hacía temblar los globos misteriosos, apresados en la seda perfumada de su blusa, disculpándose con un gracioso mohín, por haber llegado un poco tarde.

Cómo no recordar esos domingos en que me abandonaba su mano en los jardines apacibles, en que me tomaba con su brazo de marfil y oro por las calles silentes del terruño

¡Cómo no amar esas tardes, cargadas de aromas, rociadas por el frescor de la lluvia reciente, que dejaba el pueblo como lavado; y al campo, como si fueran nuevas las plantas y se hubiesen reteñido los pétalos y erguido las corolas; y la mazorca del maíz madura fuera sonrisa, y la fruta tentador almíbar... y los patos indiferentes flotando en los Hervideros o en el Agua Bendita, con sus cuellos blancos, semejaran interrogaciones de alabastro, mientras en el agua transparente y límpida, se delataba el coral membranoso de sus patas!

Hora en que los arbustos del parque iluminaban su habitual melancolía y la plaza se aromatizaba con el olor de los buñuelos, de los muéganos bañados en miel y de las corundas calientes; en que el perfume de las muchachas engalanadas para la serenata, era un derroche de juventud, mezclado con otro derroche de provinciana coquetería; y el kiosko se transformaba en filigrana dorada, como una enorme caja de música que vibrara efusiva al aliento del metal triunfante de la banda municipal.

¡Oh atardeceres encantados de esa edad tristemente alegre y dulcemente lánguida!

Noches de serenata en que el jardín era panal de oro y la miel se atesoraba en las bocas, en las risas, en las promesas.

Y entre esa efervescencia, como el diamante portentoso arrancado a la frente, de una deidad asiática ¡Susana! . . .
¡Susana paseando su belleza fantástica y retadora, implacable y maravillosa, cándidamente magistral

CRESCENDO

¡Oh!, el profundo desaliento de conocerse demasiado a sí mismo.

—Transcurrieron dos años, de los que buena parte los pasé estudiando preparatoria en Acámbaro. Los amenos domingos de otrora se terminaban a las siete de la noche, hora de emprender el viaje en la última corrida y tornar a mi pensión estudiantil.

Con inmensa pena me apartaba de Susana, prometiendo escribirle a la mitad de la semana o llamarle por teléfono, mientras llegaba el sábado en que volveríamos a reunirnos.

Es una muchacha extraordinaria —me repetía— y para una mujer así. Es preciso un amor heroico, capaz de ser capaz de ser vivido por alguien que posea la grandeza de luchar y merecerlo, de sentirlo y disfrutarlo en toda su arrebatadora plenitud.

Y yo sólo era un pobre estudiante huérfano, hijo de la viuda de un boticario.

Templar mi carácter hasta convertir el metal inútil en acero inquebrantable, me llevó muchas horas, muchos desvelos, muchas renunciaciones. ¡Luché contra todo, hasta conmigo mismo y con quienes me rodeaban!

-Eres un necio protestaban mis compañeros a quienes no escapaban mis accesos de melancolía.

-Podrías ser un magnífico estudiante, sino te carcomiera el seso esa obstinación tenaz

—me aseguró una vez el profesor de anatomía— *¿Es una mujer, verdad? Si sigues así, no podrás con la carrera ¡Olvidala! ¡Renuncia a ella! cuando seas médico te sobrará tiempo para pensar en mujeres.*

-Ni siquiera es tu novia! —insistía mi madre— Si no puedes pasarte sin Susana, háblale. Es mucho para ti, pero si te llegara a querer y se decidiera a esperarte, tu tratarías de ser digno de ella, pero por Dios ¡Definanse ya!.. Tienen mucho tiempo de conocerse, la amistad es muy hermosa pero no puede durar toda la vida. ¿De que te sirve ilusionarte ahora con algo que puedes perder mañana? ¡Ten valor! Si te rechaza ya estaría de Dios, seguirán siendo únicamente buenos amigos, pero por lo menos tendrás tranquilidad y seguramente empezarás a buscar a otras chicas.

— ¡Llegará a quererme mamá! —Le respondía yo— ¡Casi te lo puedo asegurar! Pero por ahora, no podemos ser más que eso que tú has dicho: buenos amigos. No es oportuno que yo la presione, podría echarse todo a perder. Intentaré concentrarme más en el estudio. No tengo a malas calificaciones y seguramente seré admitido en la Facultad.

—¿Y porque nunca le dijiste nada? —demandé curioso

'— No sé- Tal vez presentía que iba a causarle una pena. No tenía el más leve indicio de que ella me amara. Yo era su mejor amigo, su confidente, ella me necesitaba; y yo... soñaba con ser un héroe, ¡Uno de esos titanes del verdadero amor! Te juro que los auténticos amantes, no son quienes en el lecho, tras los espasmos de la carne satisfecha, dicen ¡Te amo! Eso es fácil. Los verdaderos amantes son los que no conocen palabras, ni promesas, ni la tibieza de una mano, ni la humedad de un beso, ni una mirada delatora. ¡Son quienes aman en los parajes desteñidos del silencio, en los desiertos agrestes de la soledad, en los pantanos malsanos de la angustia! ¡Los que no tienen mañana que esperar, ni pasado que recordar! Y aún así: quieren, esperan y aman, retan a! olvido funesto y se conforman con esos espejismos brumosos del amor, que son como el castillo fatuo que se quema un 16 de Septiembre y desgrana un alud de colores mágicos, condenados a ser devorados por la oscuridad, y que luego se convierten en algo menos que ceniza. ¡Fueron el parpadeo de la luz que vuelve a la sombra! ¡Fueron como un color brillante, que al extinguirse, hiciera más negra la negrura!

Segunda parte

Añoranza: eres como la fosforescencia lánguida e incandescente de un bello sueño. Eres la nube vaporosa, viajante en el diáfano imperio del espejismo. La luz de un astro magnífico, reflejado en la mustia quietud de un lago estremecido por ondas silenciosas

Eres como un eco traspasado de melancolías aletargadas, como el acorde del órgano destemplado y carcomido en una vieja iglesia abandonada; despertado de su letargia mustia, sacudido por la intrusa vibración magnética, en su seno polvoso de nocturnal recogimiento y cuya voz lastimera, arrancada en el contacto del insepulto fuelle, desprendiera en una crujiente catalepsia de sonido, un vals obsoleto, cuya melodía otrora animosa y dulzona, quedase reducida a un motivo estéril y agotado, anacrónico y fugaz, ¡Pero desesperadamente hermoso!

ANDANTE

¡Oh, cuan increíble es el don que la mujer hace de sí misma!

—Primero fue la tristeza, luego llegó la desesperación. Al principio era vivir esperando, después fue amar sin esperanza. Comencé por saber lo que son los celos y al final él me había enseñado lo que es el odio.

— ¿Él? —exclamé asombrado.

—Siempre existe un él en una historia de amor ¡Y ese no fui yo!

Una chispa de coraje se alojó en sus pupilas, como la llamarada inusitada de una hoguera, que por la mustia quietud de la ceniza, se diría apagada; pero que cobra briosas incandescencias, avivada por una violenta ráfaga de viento. Sus puños se encogieron, en sus labios se asomó la mueca agria que delata las palabras ahogadas, las confesiones que habiéndose ensayado mucho, no se han dicho jamás. Y son como un grito sordo, atragantado, lacerante y ardiente, ¡Como un puñal de silencio!

Comprendí cuan penoso hubiera sido para él mencionar el nombre del rival, a quien la fortuna ungió con la dicha gloriosa del amor. Apenas la intuición me acercaba a la respuesta, cuando le oí decir con voz grave.

—Un día llegó. Nunca averigüé de dónde o a qué vino. Se instaló en una granja, su abuelo le acogió con afecto paternal. Al principio supuse que se trataba de uno de esos despreocupados vacacionistas a quienes los balnearios o las playas han terminado por fastidiar y vienen aquí a distraer el ocio, en una provincia olvidada y escondida, que bien poco puede ofrecerles. Lo vi deambular con risueño semblante por los jardines, por las calles del pueblo, amistoso, jovial, irreprochable en el vestir y con ese alegre desenfado que poseen quienes la vida no les ha negado nada.

Fuerte, musculoso, casi atlético, pronto aprendió a montar con disposiciones de buen jinete. Muy de madrugada salía a recorrer con su abuelo los huertos, los sembrados, el establo; su carácter bromista le ganó pronto la simpatía aún de los más reticentes. A los sencillos muchachos del pueblo, les parecían casi fantásticas sus aventuras. Su automóvil sport, aunque de modelo atrasado, era más veloz que el mejor caballo; su ropa de reciente moda, nunca habría podido hallarse en los modestos aparadores del almacén pueblerino, sus viajes, sus aventuras, pertenecían a un mundo fascinador y distante.

Pronto curó el hastío de su ciudad, pero le sobrevino el aburrimiento de quien ha agotado todas las sensaciones.

Maravatio le resultaba demasiado pequeño. Hubiese optado seguramente por irse, pero una tarde conoció a Susana, ataviada con un vaporoso vestido de primavera. Podría referirte los pormenores de ese encuentro. ¡Tantas veces escuché el mismo relato! Susana se prendó instantáneamente de él.

Tenía ese porte, ese aire dominador y audaz, que delata a quién nunca habrá de someterse, pero que inclina vivamente a cualquier mujer a ser sometida.

Días después una compañía debutaba en el "Morelos" presentando una de esas obras que se consagran en la capital, donde la rima de sus versos y el romántico encanto del argumento, hacen vibrar los corazones de todos los enamorados, e identificamos con los envidiables personajes, que unidos y felices, concluyen la bella historia, en un caluroso dúo de amor.

Nunca vi a Susana más hermosa. En el palco, tranquila y radiante, majestuosa y serena, ella era la auténtica heroína, la musa que sin duda alguna hubiera derramado caudales de inspiración al dramaturgo, la princesa del cuento irreal, cuya sonrisa desanudaba todas las maledicencias y hacía aflorar las ilusiones y revivir las sonrisas.

Llevaba un elegante vestido azul plumbago, regio contraste con la blancura lechosa de su piel más blanca que nunca. Un collar exhibía vergonzoso su hilillo tímido de perlas en el cuello magnífico, los cabellos caprichosamente recogidos, formando bucles, la hacían aparecer mayor, cual si hubiese surgido la mujer, en el lapso milagroso que invierte una joven en maquillarse. Un perfume suave emanaba aquel cuerpo, que de pronto revelaba líneas desconocidas, como si el tacón elevado de la zapatilla y la graciosa caída de la tela, aportaran increíbles armonías, promovieran insospechadas redondeces.

Yo, quien conocía de memoria cada falda de sus dedos, cada arruga de su piel, cada vellito rubio quemado de la nuca, cada surco, el más insignificante de aquella frente purísima de virgen, que se trastocaba en mundana, sin dejar de ser adorablemente ingenua, cada expresión de aquella cara: fuese enojo, tristeza, burla. . . ¡Qué sé yo!, cada coloración de sus manos siempre frías, blancas en verano, ligeramente azulosas en invierno; mas aquella noche excepcionalmente ardientes; estaba maravillado de aquel cambio.

Sus ojos tenían un fulgor nuevo, sus labios un brillo irresistible. En algún momento de la obra, me pareció verla temblar, como un pájaro demasiado pequeño, sorprendido por un intruso en su nido. Mas si estuvo en algunos momentos distante, en otros, una sonrisa furtiva, o una palabra cerca de mi oído me volvían la tranquilidad.

¡Hoy o nunca! —me dije— la obra excitaba mis ansias de expansión y cuando el telón cayó y un aplauso atronador prorrumpió en la sala, al mirarla tan bella, no pude reprimir las ganas de gritarle:

¡Soy feliz!

¡Y yo... —me respondió— tengo tanto miedo de serlo en verdad! Apreté su mano. Bajamos del palco.

¿Por qué tienes miedo Susana? la interrogué.

¿Yo? balbució sorprendida.

Un conocido seguido del extraño, se nos hizo el contradizo. Nos presentó a su acompañante. Vi cómo la miró y cómo ella le devolvió el saludo envuelto en su más bella sonrisa. Hay miradas que se tutean al instante, aunque los labios hablen de usted.

Salimos del teatro comentando la obra. Mi vecino quien intentaba aparentar mucho mundo, declaraba:

¡Toda la obra es muy cursi! Yo me oponía.

— ¡Vamos a discutirlo al café! —me propuso, mientras Susana se dejaba tomar el brazo por el desconocido.

— ¡No ahora! — protesté — he de llevar a la señorita a su casa.

— La llevaré yo. —Dijo con galante desafío mi rival.

-Acepto encantada! —concedió Susana.

Su respuesta me dejó helado, aquello era contrario a su costumbre, pero nada pude hacer por impedirlo.

—Anda, ve y discute tranquilamente con tu amigo! No se pondrán de acuerdo en toda la noche, pero mañana me lo contarás.

Me dio un beso en la mejilla, con el que inútilmente pretendió consolarme. Era la primera vez que lo hacía, pero aquella breve caricia tenía algo de glacial, de impersonal, de mundana, y me dolió más que una bofetada.

Les vi alejarse. Mi compañero satisfecho de su triste misión, se dirigió a mí socarrón y malicioso.

— ¡Estaba loca porque se lo presentaran! Y lo que sea, la muchacha sabe arreglarse. Nuestro visitante también deseaba conocerla. Total, tú de qué te preocupas, no es tu novia, ni tu hermana ¡Es una amiga nada más! La mujer es cobija, amigo, su destino es siempre el mismo: ser perforada por el hombre, es un bonito recipiente, que tarde o temprano un macho debe llenar. Apenas escuché sus últimas palabras, ciego de rabia y desesperación, me alejé rápidamente. ¡Habría sido capaz de asesinarle!

Le oí gritarme:

— ¡Oye tú!, vas muy de prisa ¿Siempre no aceptas el café?

ALLEGRO MOLTO VIVACE

Las camellas se abren por la noche, como brazos niveos, que con fervores místicos, intentarían aprisionar los brazos del amado.

En la paz de los huertos, el arrullo monótono de los grillos, era fondo para el murmullo de las confidencias, interrumpido por el pasional chasquido de los besos. La luna, diluía el misterio de una noche estrellada de junio, fresca y solemne después del aguacero de la tarde. Bajo los pálidos rayos, la voz de él debió susurrar juramentos y promesas, mientras las palabras de Susana, entrecortadas y breves, habrán sido el arpegio nervioso y sutil, como un ligero batir de alas que se alzara al fondo infinito de los cielos.

El cuerpo escultural, suave y flexible, saturado del martirizante calor de las caricias, deliciosas y punzantes, se diría que al aproximarse iba a fundirse en un espasmo demente y apasionado, en que cimbraba temblorosa y vencida, subyugada y despierta su carne intocada y soberbia.

Las manos semejaban cisnes ebúrneos, que procuraban un reposo fresco en el refugio protector de aquel pecho de atleta, mientras por los dedos crispados de ansia, circulaba una desesperación por la posesión de la cabeza ensortijada, por la nuca, por la áspera barba de aquel afortunado encantador de sirenas.

Los ojos, aquellos hermosos ojos se entrecerraban, desaparecían bajo el soberbio velo de los párpados, apagados por el torrente impetuoso del éxtasis y eran como faros sumergidos en la sombra, ante el embate de un mar de voluptuosidades tibias, cuyas olas surcaban inclementes y acompasadas, cada pulgada del mármol viviente de aquella piel suave y sembraran estremecimientos de placeres desconocidos. Así debieron haber sido aquellos encuentros en que al efecto de la atracción convergen todas las sensaciones consumidoras de una mujer, sacudidas por la omnipotente morbidez del elegido.

DIVERTIMENTO

¡Cuando se trata de callar, hay que sellar algo más que los labios!

—De día lo esperaba acodada en el antepecho de su balcón. Me subleva admitir que ella, quien tímida por naturaleza, pero mujer al fin, aguardaba entre inquieta y cohibida, mañanas completas, horas interminables de la tarde, imantada, —creía yo— por un delirio nebuloso vestido de enamoramiento. Así trascurrieron los días y las semanas que disminuían las hojas del calendario.

Me pareció que Susana adelgazaba. Su cuerpo, fue cobrando la suave fragilidad del tallo de un lirio, pero a la vez, rostro se transfiguró, concediéndole una armonía nueva, donde se alojaban los primeros síntomas de la ansiedad.

Nunca es más cautivadora una mujer, que cuando está enamorada.

Se arreglaba como si todos los días fueran días de fiesta. Cambiaba peinado, vestido, maquillaje, se diría que era una Scherezada obstinada en prolongar su idilio, con el arte inocente de la seducción. Su voz se tornó suave, dulce, profunda, adquirió ese timbre musical grave y misterioso, como si hablara continuamente de amor.

— ¿Y tú? Debiste de haber sufrido horriblemente.

—Sufría, sí. Más allá de cuanto pueda hoy recordar, mucho más de lo que supuse podría resistir. Al principio creí volverme loco, el amor es, ¿Cómo pintártelo? el suplicio más refinadamente dulce, la gama de dolor humano más completa, inventado para expiar las miserables alegrías del hombre, el pecado de haber nacido con esa dualidad concupiscente y monstruosa: ¡Alma y sexo!

—Pero debiste haber luchado.

— ¿Contra quién, contra su felicidad? Los primeros meses intenté alejarme gradualmente de ella, *no encuentra nada que amar en mí* —me repetía despreciándome. Con agotador esfuerzo, mordiendo mi angustia, cuidando delatarme hasta con una mirada, disimulando mis largas noches de insomnio y bebiéndome las lágrimas, preparé el examen de admisión para la facultad de medicina. Por las noches estivales en que el cielo se alhajaba de estrellas y la luna parecía un enorme círculo de plata, yo deliraba en mi alcoba de estudiante, ante un libro abierto que no entendía, imaginando aquellos ojos adormecidos por el amor, hasta que mi madre cautelosa y discreta, me llevaba un pozuelo de tizana caliente que me hacía dormir.

A veces, conseguía sumirme en un sueño inquieto, en que miraba a Susana sonreírme dichosa, vestida de novia, con tules vaporosos, flotantes y ligeros, engarzados con los azahares de la pompa nupcial, envuelta en un lecho de nubes... pero detalle extraño nunca se me revelaba la silueta de él. Susana llegaba a desposarse a una iglesia adornada con desconocidas flores blancas. Afuera, llovía mucho. Yo presenciaba el inicio de la ceremonia, tratando en vano de reconocer las naves de San Juan Bautista. Aquel templo parecía pertenecer a una divinidad helénica, tal era el fasto de sus columnas, de sus mármoles

blanquísimos, donde parecía reflejarse una luz diáfana, aperlada, que inundaba el recinto y que no parecía surgir de ninguna lámpara. Yo pensaba: *¡Qué dichosos aquellos que aman sin tener que renunciar a su amor!* Entonces escuchaba la marcha nupcial de Mendelssohn, miraba acercarse al oficiante, vestido de mitra y capa, seguido de sus inevitables monaguillos. Luego, se dirigía a mí para preguntarme: *¿Y usted no dice nada?* Nada —respondí mientras pensaba que a veces el silencio es el lenguaje del verdadero amor. Entonces, el anciano prelado de blanquísima barba, soltaba una carcajada —mostrando su boca roja y la perfección de sus dientes blancos y simétricos— que coreaban, centuplicada por cien ecos, los demás asistentes, cuyos rostros no veía, pero sabía que allí estaban, pues había descubierto que sus cuerpos eran sólo luz, ¡Luz blanca y cegadora! que me obligaba a cerrar los ojos, mientras me llevaba los dedos a los oídos, ensordecidos por el estruendo histérico de las risas! entonces la obscuridad, era el primer escalón a la vigilia. Despertaba, sudoroso y extenuado, volvía al frío seno del silencio, cuando la aurora exhibía por mi ventana, su claridad dudosa, surgida de la opacidad amarillenta de las nubes.

— ¿Nunca supiste qué contenía la famosa tizana?

—No. Jamás me interesó preguntarle la fórmula a mi madre, cuya piadosa discreción recuerdo con cariño; por lo demás, era un remedio con el que nunca se comerció en la farmacia. Muchas ocasiones, sin embargo, sólo me proporcionaba un aturdimiento bochornoso; entonces, su efecto tranquilizador, se volvía opuesto a lo que buscaba. . .

—O tu excitación nerviosa más intensa, impedía que obrara con benevolencia.

—Tal vez eludiendo encerrar mi desesperación en las cuatro paredes de mi alcoba, huía por la ventana, hacia el paraje donde sabía que se encontraban; y me plantaba ahí largas horas, observando aquel trozo de jardín dormido en el lapizlázuli de la noche, imaginando los tonos de luz, el olor de las flores, la dirección del viento en la hora precisa de la cita, cuando el crepúsculo de la tarde, inicio de la penumbra romántica, se volvía el risueño escenario que cobijara a la indócil hada de mis ensueños. Y envidiaba el afelpado de los pastos que sus pies habían hollado, la serenidad altiva del arbusto donde solía recargarse, la inagotable maraña de las enredaderas expansivas, que ocultaban cómplices las caricias audaces, los suspiros ahogados, las palabras prometedoras ¡Y yo pretendía arrancarles su secreto! Luego, volvía a casa con una fatiga pesada que me hacía dormir inmediatamente.

— ¿La seguías viendo a menudo?

— ¡Claro! Yo era su confidente, como ella decía: *su mejor amigo, su hermano*, a mí, antes que a su madre, confiaba todas sus dudas, sus ilusiones, sus proyectos.

A veces se sentía indefensa, engañada, acaso él tendría novia en la capital, y ella sería sólo un pasatiempo para distraer sus ocios, otras, me afirmaba con un escepticismo brutal *que ella era solamente una pueblerina, que no sabría siquiera como retenerle, y que si llegaran a casarse, podría dejarlo en ridículo frente a sus amistades*; entonces yo, con tierna solicitud, tenía que convencerla de lo contrario, aconsejarla con la serenidad que a mí me faltaba; infundirle esperanzas, conseguir que aceptara que verdaderamente hacían una espléndida pareja y que ella se complicaba inútilmente, lo que es tan simple: conocerse, amarse, casarse *¡Casarme!* — repetía — *Si él nunca me ha hablado de matrimonio.*

Ya lo hará —le aseguraba yo— y el destino quiso que así fuera.

-*¡Anoche me pidió que fuera su esposa!* —me declaró un día ebria de felicidad—. Iremos a vivir a la capital. Hablaré con mi familia tan pronto esté dispuesto nuestro hogar. ¡No sabes lo nerviosa que estoy! Tienes boca de profeta. Voy a extrañarte mucho, viviendo tan lejos. ¡Hemos pasado tanto tiempo juntos!

-Ya no me necesitarás, Susana; una mujer casada no debe tener amigos. Además, yo también dejo Maravatío. Mañana parto para Mordía. He sido admitido en la Facultad. Adiós Susana, me alegra verte tan contenta.

-¡Adiós no! —dijo poniendo un beso en mi mejilla— ¡Hasta siempre! .. supongo que vendrás a mi boda y nos seguiremos viendo, aunque sea de vez en cuando.. Y si esto fuera difícil, yo te escribiré seguido y tú me contestarás siempre que tengas tiempo, ¿verdad?

—Así será Susana, si tú quieres.

- Entonces, hasta pronto. Y se alejó apresurada

-

FUGA

Rosa preñada de espinas que llevas entre las yemas. ¡No la dejes caer, oprímela, aunque sangres!

—Habían transcurrido más de dieciocho meses en que dije adiós a Susana en Maravatío. Inventando mil pretextos a mi madre, rehusé volver siquiera por Navidad. Con masoquista obstinación me propuse memorizar anatomía y fisiología, buscando más el olvido y la evasión, que el estudio y el saber. Conseguí superar los exámenes. Me volví hosco, taciturno, amargado. Al principio recibía carta de Susana cada mes. Con entusiasmos de chiquilla me describía las promesas, los proyectos, los planes de boda, o los preparativos de la casa: me refirió cómo antes de marcharse su novio, y a instancias de ella, aceptó una entrevista con la familia, que contagió a todos de satisfacción y confianza. Don Melchor, su tío, no cabía en sí de gozo, Aquel caballero tan distinguido y simpático, que lucía irreprochables maneras, había sido flechado por su Susana, él, quien seguramente había alternado con lindas mujeres.

Para el sencillo corazón de aquellas gentes, formalizar el noviazgo equivalía casi a un honor.

Sólo mi madre —me escribía Susana— parece abatida y pesarosa, se comprende que para ella sería imposible ir a vivir a la capital, no dejaría Maravatío por nada del mundo, pero no opuso ningún reparo, ella sabía que era inútil, me miró con ojos profundos y dijo: ¡Si es tu voluntad, está decidido! Ya soy novia formal. ¡Alégrate! tienes que venir muy pronto..

Poco a poco sus cartas se fueron haciendo más frecuentes, pero dejó de hablarme de él y de los planes de matrimonio. Yo no me hice ilusiones, antes más bien, pude entrever que en esa repentina necesidad de comunicación, se ocultaba implícita una causa grave.

Terminó el curso. Admití que si continuaba estudiando con tesón llegaría a titularme. Me matriculé para el año siguiente, pero la preocupación constante por saber de ella, turbaba mi escasa capacidad de concentración, así que le escribí para decirle que volvería tan pronto como me lo permitieran mis compromisos en la universidad.

No tardó en contestarme, como si sólo un débil pudor de mujer hubiese detenido el alud de sus confidencias.-Si callara, enloquecería, se que a mi madre le indigna todo esto, tú en cambio, me comprendes. Tú eres el único capaz de imaginar mi desolación. Es cierto que evitaba hacerte desgraciado con mis sufrimientos, pero desde que regresó a México, cada vez me escribe menos. Al principio me llamaba dos o tres veces por semana, y los primeros meses siempre tuve siempre una carta que responderle y un ramo de rosas en mi cuarto, que su amigo me hacía llegar en su nombre. Luego, ha sido aplazada dos veces la fecha de la boda y su familia aún no me dirige unas líneas; no pienses, por Dios, que he dejado de quererle, más bien, ahora que se ha vuelto olvidadizo, experimento la inmensa necesidad de su amor, por la tristeza en que me ha sumergido su abandono.

Apreté los puños, mordiéndome con las uñas, me sentía abochornado de impotencia; el solo recuerdo de mi Susana, de aquella criatura querida, a quien la vida maltrataba tan cruelmente, me perseguía días y noches. Intenté tranquilizarla: *No te apene explayarte, aún tus penas son algo tuyo, y yo estoy contento de ser tu confidente, día llegará, ya lo verás, porque no debe estar lejos, en que podrás contarle a tu esposo tus temores de hoy, tus anhelos, tus dudas, y olvidarás estos días difíciles...*

Transcurrieron quince días, al cabo de los cuales, recibí una postal de Susana escrita con letra nerviosa: Tus buenos deseos me han traído suerte. Ha prometido venir para las fiestas de Carnaval. Soy dichosa.

Intenté en vano convencerme de que lodo terminaría por arreglarse, pero mi conciencia, mi amor, y mi deber, me exigían apremiantes estar al lado de quien podía necesitarme. Empaqué mis más necesarias pertenencias y pretextando una urgencia familiar en la facultad, volví a Maravatío.

FANTASÍA

Susana: Amo las letras que engarzan esa palabra, amo la luz que destilan porque han iluminado mi alma, como un rayo de sol que se filtrara en la oscuridad de una caverna. Amo esa bienhechora conjunción de sonidos que es tu nombre, conjuro y sortilegio de armonía.

Amo cuanto he sufrido por ti, porque el dolor redime y eleva. Amo mis lágrimas porque brotaron con las tuyas; y los dos hicimos una vez, muchas veces, lo único que Dios quiso permitirnos juntos: Llorar!

Amo en fin, esta tierra, porque tu pie la ha hollado, amo este aire porque alimentó tus pulmones; y este cielo porque cobijó tus desvelos; y este horizonte porque avivó tus esperanzas

—Llegué un viernes por la noche dando brincos, para eludir los charcos de las calles oscuras, donde se retrataban las nubes huidizas vestidas de plomo. Entregado a mis tristes presentimientos apenas si tuve tiempo de cavilar sobre las explicaciones que justificaran mi imprevista presencia. Pero no hubo necesidad de ello, apenas puse la maleta al pie del mostrador, mi madre disculpándose con los clientes, corrió a besarme loca de alegría. Me abrazó, me acarició, me hizo mil preguntas al mismo tiempo, y luego, ¡Oh intuición maravillosa de las madres, que lo adivinan todo!

-Ve junto a ella, doctor -me dijo dándome una palmadita en la mejilla..

Entré por la puerta trasera de la casa. La vieja criada vino a abrirme y al punto me vi rodeado de sonrisas y apretones de manos. Doña Leonor me besó en la frente con maternal afecto, ¡Has crecido una barbaridad" —afirmó— Estás hecho un hombre, alto y buen mozo. ¡Pero que pálido vienes, que delgaducho, igual que mi Susana! pero ven... deja que te vea, le dará tanto gusto saber que estás aquí La seguí a la sala. Susana estaba de espaldas acompañada de sus primas, llenando cascarones de huevo con agua perfumada y confeti para el *combate* del próximo domingo de Carnaval.

- ¡Mira quién ha venido!" anunció Doña Leonor. Susana pronunció con un grito de alegría el nombre del adorado, giró con ademán de correr hacia la puerta y al mirarme se detuvo desilusionada Sorprendida, arrepentida de su sincera reacción, reponiéndose rápidamente balbució:

: -¡Tú! . . ¡Que lejos estaba de imaginar que vendrías! Y se quedó clavada, desencantada, confusa.

Las piernas me temblaban, ánimo —me dije- y avancé cuatro o cinco pasos hasta ella. No pudo pronunciar palabra alguna y se recargó desconsolada en mi hombro. Pasé mi mano por sus cabellos castaños, en una caricia insexual, candida, en la que volcaba mi ternura huérfana como un gemido silencioso. ¡Hay instantes en que no podemos disimular el desaliento! Retuvo mi mano largamente.

-Decidí a última hora venir a pasar el Carnaval -dije atropellado, arrastrando las palabras que rompían el denso silencio. Recibí tu tarjeta en la que me participabas el viaje de tu novio. Ya veo que están muy animadas – dije dirigiéndome a las demás chicas. y como si al sólo mencionarlo, hubiera roto un hechizo, el cristal de las risas, el alud de preguntas, de bromas inocentes de aquella corte de primas y de amigas se desbordó y cuando sirvieron los bizcochos de manteca y las tazas de chocolate espumoso rondaron la mesa, sólo había caras alegres y bocas enmieladas, que devoraban los buñuelos recién horneados.

SONATA

Y de aquél capullo idílico, donde hubiese podido germinar un romance sublime, he ahí: sólo surgía la desolación

—Inclinado el dulce rostro, veía morir las últimas opacidades del crepúsculo, con la resignación aletargada de un día que se desmaya en el oscuro regazo de la noche. Y en ese desfallecer de la luz, remedo del desvanecimiento pesaroso de un sueño, expiraban crispadas y vencidas las ilusiones, que iban a morir en el nocturnal sudario de los sollozos contenidos, de las angustias demoledoras, de las ansias inconfesadas y devastadoras, de las lágrimas turbias, dolientes, silenciosas, tan solitarias como amargas; e iban a languidecer vencidas ahí, bajo el sostén blanco, a cobijarse en aquella frente joven, ya surcada con el rictus amargo del desengaño, y no obstante, a emerger, ¡Aniquiladora psicopatía de la pasión! a la hora siguiente: ebrias y palpitantes, nutridas de una promesa vaga y embustera, crecidas por la savia aberrante de un destino, vibrantes, como las alas de un ave maléfica alimentada con la carroña de los sueños suicidados.

-El Carnaval aturdió con su bufonesca racha turbulenta, sacudiendo la quietud cotidiana con el cascabel de sus locuelos arlequines, y el desfile de los carros alegóricos invadió con su cartón pintado las calles provincianas y como un remedo de medieval pompa se coronó a una reina ufana y sonriente, entre los aires marciales de la banda municipal.

Pero él, no llegó nunca. En vano aguardó Susana con su vestido nuevo, su peinado de gran moda, sus zapatillas de charol importado. Aguardó todas las corridas y con el corazón palpitante, tembló con todos los silbatos provenientes de la estación del ferrocarril. Una huella triste, se fue alojando en aquella boca donde se hundía para siempre el sol esplendoroso de la sonrisa, como si una fuerza canalla y demoníaca, hubiese exprimido de aquellos labios de princesa, el animoso candor con que lucían y hubiesen quedado exhaustos, marchitos, apagados.

Vencida, doliente, inanimada, reteniendo a duras penas el llanto, la encontré recargada en el viejo arbusto donde solían citarse, mordisqueando un pañuelo ajado y húmedo de lágrimas. Intenté consolarla, levantando su cara por la barbilla, poseído de una desbordante ternura que me aniquilaba, pero volví a ser fuerte, y aunque abrumado, miserablemente derrotado, inconso-lablemente solo, intenté prodigarle el único consuelo que yo ya no poseía: la esperanza.

El volvería. ¿Acaso no le había dado palabra? ¿No refrendaban sus promesas las cartas más recientes? ¿Qué importaba un Carnaval menos, si aquella ausencia la motivaban los arreglos del porvenir? Y ella me creyó. ¡Oh ingenua fe de los enamorados! El ángel piadoso que protege a los sueños secó las lágrimas y puso fatiga en aquellos ojos irritados por el llanto, al menos, esa noche

LIED

Las horas transcurren y se convierten en días. Dios de ausencia, de duda, de tormento.

¡Oh, pobres de quienes en sus vidas, cuentan muchos días de estos!... ¡Deberían serles abonados en la cuenta final!

Llegó nuevamente abril y volví a ocupar mi viejo sitio: el de inseparable amigo de Susana. Juntos leímos, cuando habían pasado semanas, la lacónica excusa de su prometido. Mientras tanto Doña Leonor, alarmada por el nerviosismo de su hija, intentó enviarla con unos lejanos parientes radicados en Sacramento, pero Susana se obstinó en quedarse y la pobre madre desarmada ante el peligro, se aferró a mí, rogándome que la acompañara, mientras aquel mortificante asunto se definía. Acepté, no sin asegurarle que lo había determinado de antemano.

Conmovida me dio las gracias, luego entre tímida e insegura, me insinuó que escribiría al olvidadizo pretendiente, relatándole el lastimoso estado de la muchacha, pero yo me opuse violento y exasperado.

-Usted no debe humillar a su hija así, es él quien no es digno de ella, él quien debe rogar, suplicar -luego recapacitando me disculpé:- Perdone, no tengo derecho de hablar así. ¡Es por Susana! por... su dignidad, ¿Comprende?"

Poniéndome la mano sobre el hombro, me respondió:

- Descuida, no lo haré.

Cerca de Susana, compartía los altibajos de su pasión, olvidando casi la mía. A veces la miraba por la mañana despreocupada, serena, como si sus desilusiones se hubieran esfumado al salir el sol; otras, el despuntar luminoso del día era como una burla a su angustia, que mostraba la indiferencia de la naturaleza ante su dolor, ávido de silencio y de sombras, y que se recrudecía rencoroso ante aquel derroche de la vida. Comía poco, luego fingiendo leer o bordar se sumergía en la venenosa somnolencia de sus ilusiones pasadas, de sus esperanzas muertas, revividas cada mañana y sepultadas cada atardecer, ante la muda quietud del teléfono, el paso distraído del cartero, la frialdad incommovible de las horas, que juntaban días inexorables y grises.

Las ojeras azulosas le, hacían aparecer los ojos más grandes y profundos, fatigados de mirar, desde las cimas del dolor el despedazamiento de sus sueños, cansados de espiar hasta en el más lejano confín del horizonte, la vuelta del amado, sordo a todos los lamentos, engeguceado por todos los egoísmos, endurecido por todos sus triunfos.

Al principio fue rebelde, más tarde, cansada de escalar en un día, en una semana, entre una carta tardía y breve, o la tarjeta del balneario de moda, todos los peldaños de la esperanza, para descender al poro tiempo a los abismos de la desesperación, aumentó - misteriosa reacción del alma femenina— el manso caudal de su ternura; y volvía a abrazar el dolor resignada y sumisa, con esa apremiante solicitud con que toma en sus brazos una madre al hijo pequeño, aunque le haya destrozado las entrañas y añejado su belleza.

Y su dolor era cuanto seguro tenía, pues es lo único que verdaderamente posee el hombre; porque nace de él, vive con él, y muere por él; y mientras más le elude más le halla; y mientras más se empeña en aniquilarlo, más pronto le devora.

RONDO

El hombre. . . esa miedosa criatura en busca de Dios

—Susana no va a las kermess, no acude a bailes, ni le interesa el cine, ni gusta más nadar con sus amigas en *Los hervideros* o en la *Agua Bendita* y aunque siempre tiene en los labios una frase lisonjera para excusarse, esa fingida alegría la evade de todo cuanto pudiera apartarla de su soledad y de sus recuerdos.

Se levanta muy de mañana, y con velo, libro y rosario acude devotamente a misa a La Parroquia, a la Purísima o a San Miguel Arcángel. Los jueves por la tarde, se dirige a la pequeña capilla orillera, trepada sobre el lomerío que domina la modesta barriada. Y en el humilde recinto implora la suprema gracia.

Triste y plomizo, como la esperanza extinguida, es el cielo de julio amenazador y pluvioso. Los altares se han anegado con sus lágrimas, los cirios se han consumido en los candelabros, las flores se han marchitado, los triduos, los novenarios, las procesiones, han invocado el milagro, pero las imágenes continuaron mudas y el destino inexorable.

Los santos: graves, hieráticos, silentes, aderezados con las tiaras arzobispales, armados con los libros de la ley, triunfantes de los terrores de la muerte, gladiadores victoriosos del exorcismo, cubiertos con los harapos de las órdenes o traspasados con los estigmas del martirio, no estaban con ella: ellos, quienes personificaban el dolor místico, que sabían de la presión del silicio, del desmayo de las privaciones, de la doma violenta de la carne, del encierro obscuro de los monasterios, o de los horrores de la arena Diocesiana... ellos, los atletas del sufrimiento, los paladines de ese darse a Dios, al fuego, al potro, no comprendían el dolor nacido de la pasión rebelde, de la carne devoradora, del dolor quemante y exaltado, que es entrega, al ser más voluble, cruel y vanidoso que es el hombre.

Dios miraba de lado, demasiado absorto en cosas más importantes, que en cumplir el enfermizo antojo de una jovencita terca, obstinada en ablandar un corazón de roca.

¿Y ella?... ¿la Virgen? La mujer, que no obstante su divina maternidad, simbolizaba cuanto de dulce y tierno puede albergar un corazón femenino; que había rescatado a las doncellas de la ignominia de la violación a cambio de la gloria del martirio. También siguió allí: muda, impasible, sorda, empeñada en su único dolor del Gólgota, reviviendo a todas horas el sangriento drama de la Redención, sumergida en el infame suplicio que es la contemplación de toda la ingratitud, la cobardía, el egoísmo inmenso de los hombres.

No, ella tampoco quería entender ese lenguaje de pasiones arraigadas a la tierra por quien había padecido tanto aquel hijo suyo, tan diferente a sus demás hermanos.

Ella, quien había ascendido finalmente al cielo, huyendo con la ayuda de la Gracia de este pantanal cenagoso, nada deseaba ya de este planeta miserable, ni aún la súplica, tan vehemente cuando se trataba de obtener algún favor, ni la plegaria, que era sólo un puñado de sonidos engarzando súplicas gimientes, que luego se olvidaban

¡No! ella no quiso socorrer a la mujercita débil, a la carne que clamaba otra carne, en lugar de procurar la salvación de su alma.

No podía contravenir la ley, intercediendo por el amor carnal que se prodiga a un hombre, ella, que significaba el compendio del amor divino con que se adora un hijo.

Y muda miró como se amarillaban las carnes, salían los huesos, caían los cabellos, perdía la sangre de aquella muchachita equivocada que buscaba entrar en el imperio brutal de la pasión despótica, en lugar de aspirar al reino de Dios que prometió su Hijo.

Susana acudió a su confesor, quien escandalizado de la pasión, según él la había sumido en la locura masoquista de sus sentimientos, le reprochó su infidelidad a Dios, a quién se debía amar por sobre todas las seres, aquello equivalía a un sacrilegio, y le reprochó olvidar a Dios, cuyos inescrutables designios eran para su bien haciéndole sentir que Dios la castigaba olvidándose de ella, obstinándose en un camino que no era el que le había sido trazado; Dios la quería para sí y demandaba enojado su indiscutible primer lugar en el corazón de la hija ingrata. Susana cumplió la penitencia y vino a mí desfallecida y llorosa.

¿Y su piedad? — demandó — ¿Y la inmensa piedad de Dios? Entonces traté de explicarle, lo que yo mismo nunca pude entender: el abismo entre la ley divina y la naturaleza humana.

-La piedad de Dios a veces tarda demasiado, pero su dedo es implacable, su voluntad inflexible, ¡Inflexible, implacable, impostergable, bajó el cáliz amargo a Getsemani

CANTATA

Nacimos para cumplir un destino

—Corría el mes de agosto. Aquella tarde nos sorprendió un aguacero que entre relámpagos, truenos y granizo amenazaba inundar Maravatío. Los caminos se anegaron, el torrente espumoso y aterrador se esparció por las calles. Los árboles heridos humillaron sus ramajes, el río otrora manso se tomó amenazador y crujiente, la planta eléctrica averiada sumió en tinieblas a la empobrecida población corroída por un estertor lacerante y agónico que se esparció veloz por la maltrecha comarca.

Cientos de animales se ahogaron y casi todas las siembras se perdieron. A medida que transcurrían las horas y la tormenta no cedía, se fue apoderando aún de los más serenos y valientes el terror Tañeron las campanas de la parroquia y un largo y prolongado silbido proveniente de la caldera de la fábrica vecina advirtió peligro.

Cuatro o cinco techos se cayeron y las paredes de adobe de los jacales, conocieron el infortunio de su miserable debilidad.

Yo estaba atrincherado en el mostrador de la botica, con los ojos fijos en la calle, aguardando impasible el momento de la inundación, en que las olas embravecidas arruinaran mercancía, vitrinas y estantes. Habían sonado las cinco de la tarde y en el cielo gris no había indicio de que aquel diluvio fuera a terminarse, entonces vi pasar a Susana, con los miembros ateridos de frío, el vestido pegado al cuerpo, la respiración jadeante, pálida y ojerosa, mal protegida con un impermeable casi inútil ante la embestida de la lluvia torrencial y una sombrilla que más que cobijar manaba chorros.

Al instante comprendí que se dirigía a la estación del ferrocarril. Era hora del correo. Empujada por aquel nerviosismo patológico y brutal, alojado en su cerebro atormentado, iba a buscar dos veces al día una carta que antes venía muy de tarde en tarde, pero que hacía más de tres meses no llegaba nunca.

La llamé desgañitándome cuatro o cinco veces, verdaderamente desesperado, luego, cubriéndome con una manta corrí tras de ella, tropezando a cada paso. Ciega, imperturbable ella seguía adelante sin volverse, con una ligereza de gacela y yo adiviné al momento que había salido a escondidas de su casa.

— ¡Detente por Dios! — gritaba — ¿No ves que este diluvio arrecia?

Fue inútil. Ella siguió con afán suicida aquella carrera loca y desenfrenada. Intenté concentrar mis fuerzas y avancé con paso firme unos metros, sólo para caer de bruces cuan largo era. Empecé a sangrar de la nariz y de la barba. Una pierna me dolía horriblemente tal si me la hubieran machacado. — Si esto es una fractura — mascullé — buena la he hecho. Me incorporé con un esfuerzo penosísimo, supuse que me escurría sangre de las rodillas, pues sentía correrme un líquido tibio y pegajoso y tenía los pantalones hechos trizas, pero pude para mi tranquilidad dar unos pasos. Maltrecho, ridículo, derrotado proferí dos o tres maldiciones: ¡Que un rayo parta a ese canalla! —Sentencié.— Un rencor reavivado se incrustó en mis entrañas, posesionándose de todas mis células, filtrándose por los poros de mi piel hasta el interior de mis huesos, como si de pronto, la sangre que recorría mis venas se hubiese convertido por una alquimia hechicera en veneno. Por unos momentos me inundó el odio, no sólo por él, por mi suerte, por mí., sino también por ella.

Yo que sabía amar, que tanto me había costado aquel amor y que hube experimentado todos los altibajos de la pasión, me sublevaba ante aquella locura inútil, espantosamente estéril, impía y criminal. ¡Todo por una estúpida carta garrapateada de mentiras! vomité, mordiéndome la lengua hasta dañármela. Estaba convertido en una sopa, cogí la manta empapada y manchada de sangre y seguí a pasos lentos y doloridos bajo la lluvia inclemente hasta la estación del ferrocarril.

Susana estaba acurrucada en un rincón, con los dientes castañeados y los cabellos en desorden; el jefe de estación procuraba convencerla de que se fuera.

— Si llega la corriente del río, antes de hundirse el pueblo, nos ahogaremos aquí. ¿No ve que estos terrenos son más bajos? ¿Además qué tren espera?

— ¡Tiene que pasar! — Protestó Susana con los ojos relampagueantes.

— Mañana o de aquí a veinte días. Cuando se quite este aguacero del diablo. ¡Sólo Dios sabe donde se habrá quedado! Si es que el agua no barrió vías, durmientes y terraplén.

— ¡Me quedo a esperarlo! — insistió — ¡Este es un sitio público, no puede usted echarme!

— Se lo ruego por Dios, señorita... ¡Ni siquiera tenemos comunicación! ¡El telégrafo está mudo! Mire, venga conmigo y desengañese.

Efectivamente el aparato estaba silencioso.

— El telegrafista asustado había corrido a refugiarse en las lomas altas.

— ¡Cobarde! — Protestó Susana con ira incontenible — ¡Buena manera de cuidar lo suyo!

Un ruido sordo gimió en el vientre de la tierra. — ¡Es el río!! —gritó el equipajero. — Ese va a acabar con todo ¡Y tengo la bodega llena! Se adelantó aterrado hacia la puerta.

— ¡Cálmese! —intervine, tomándole por un brazo— ¡Pudo haber sido un rayo cercano!

A la luz de otro relámpago me acerqué a Susana, pero me seguía manando la sangre abundante de la nariz.

— ¡Te has herido! — gritó, aproximando sus manos sobre mi cara., se las aparté furioso.

— ¡Eso no importa! — respondí exasperado- — lo que te interesa es que llegue tu carta. ¡Tu maldita carta que nunca llega! Pero, ya lo escuchaste: el tren no puede avanzar. Y apoyé mis palabras, mientras la sacudía con todas mis fuerzas.

— ¡Despierta por Dios ¿Estás ciega para no ver todo esto? ¡Regresemos a tu casa! ¡Tu madre debe estar buscándote angustiada! ¡Si te ve así!...

—Aquí me quedo —afirmó débilmente—. ¡Hoy tuve un presentimiento, ya no sufriré más! Al fin me explicaré todo. Me escribirá! ¿No comprendes? Interrogó desgranando el llanto.

Quedé mudo.

— ¡Ni siquiera tú me comprendes! —repetió gimiendo— Y su llanto desarmó mi coraje.

— Vamos Susana, vuelve a casa. ¡Te podrás resfriar! Yo volveré aquí. ¡Te lo prometo! Total, si viene duro la crecida sólo les llevaré una ventaja. Aquí esperaré el tren, o noticias al menos, cuando el telégrafo trabaje. Y si hay carta te la llevaré a la hora que sea. Tú estarás al pendiente y yo te tocaré por el balcón ¿De acuerdo?

Presas de un llanto angustioso, me dijo con la cabeza que sí. Le puse mi manta buscando cobijarla bajo el destartalado paraguas.

Un ruido lejano se escuchó a lo lejos, como un silbido ahogado: salimos siguiendo al jefe de estación. Un campesino pasó gritando:

— ¡El río! ¡El río, se está desbordando!.. . ¡Auxilio! ¡Socorro! ... ¡El río se lleva todo!. . . ¡Todo!

Y el infeliz balbuceaba en vano su desesperación ante las puertas cerradas, implorando: ¡Auxilio! ¡Socorro! con los ojos desorbitados.

El jefe de estación se alejó sin despedirse, violento y asustado. Y yo, más precavido, después de la tremenda caída, tomé a Susana por la cintura y emprendimos el camino al poblado a toda prisa.

Al pasar por la botica, Esteban, el ayudante, estaba esperando.

— ¡Pronto! — le dije — Trae alcohol... haz café bien caliente; y entra a la casa por cognac.

Susana sonreía, fingiéndose alegre de la aventura, sin un solo centímetro seco.

— ¡Ahora quieres emborracharme! ¡Quien se debe curar eres tú, mira nomás que cara!

Esteban regresó con el alcohol que le frotó en el cuello y en la cara reprochándole por su imprudencia. Yo estaba en la trastienda llenándome de mercurio las heridas.

De pronto la lluvia fue amainando, con la misma rapidez que se había desencadenado.

Algo repuesto, vacié unas gotas de licor en el pozuelo de café caliente, mal hervido en la lamparilla de gasolina.

— Toma, esto te reanimará — le dije, acercándole a los labios el líquido tinto.

Noté que con esfuerzo sostenía la taza; y apresurándola agregué:

— ¡Te llevo luego! Es preciso que te quites inmediatamente esa ropa mojada.

Deberás secarte y acostarte bien cobijada.

— Tú volverás a la estación, ¿verdad?... ¡Me lo prometiste! además, la lluvia se está pasando. — añadió con los ojos vidriosos.

— ¡Claro! Voy a dejarte a tu casa y regreso a cambiarme.

Bebí el café. Aspiró dos o tres ocasiones el alcohol y anduvimos las cuatro cuadras que nos separaban de su casa.

Doña Leonor la aguardaba en la puerta mortificada y ansiosa.

— ¡Acuéstela luego! — supliqué — Nos hemos dado la empapada de la vida.

No quise quedarme a escuchar regaños y me regresé.

La lluvia se había quitado por completo. Uno que otro relámpago iluminaba de vez en cuando el cielo gris, cargado de electricidad y surcado de nubarrones.

Entré a mi casa por ropa seca y mis botas.

La sangre coagulada ya no manaba, mis piernas comenzaban a calentarse más; y mis pies ateridos de frío empezaron a reaccionar con el masaje y el alcohol.

Tenía los músculos adoloridos, pero el reproche de Susana me punzaba más: *Ni siquiera tú me comprendes*

Su soledad, su angustia, su debilidad, su esperanza resquebrajada, me herían más que todas las magulladuras de mi cuerpo.

En su desesperación me había confiado ilusa: *hoy tuve un presentimiento ¡Ya no sufriré más! Al fin me explicaré todo.*

—Tengo que volver a la estación — me dije, mentalmente — por una carta que no va a llegar. . . ¡Qué no va a llegar!

—me repetí— luego, al recordarla empapada, los castaños cabellos, despeinados, sus lágrimas, su fe pisoteada pero viva, tuve piedad, infinita piedad de ella, de mí, de todos. ¡Ojalá que llegue!... ¡Cristo permite que llegue! ¡Y que el tren pase! ¡Y que deje de llover! ¡Y que ella deje de llorar! . . .

¡Y que Tu piedad venga, porque yo no sé si pueda más!

TREMOLO

¡Hada de desolación! ¿Qué han hecho de ti?

—Una pequeña vela pegada a la mesa de noche por sí misma, consumía su cera tibia y pegajosa, invadiendo con su tenue luz amarillenta, aquél pozo de sombras que envolvían a la enferma, como un espeso follaje de silencio, un muro de angustias, un velo rasgado que hiciera más densa su soledad.

El amado estaba lejos, ¿Dónde? ¿Con quién? ¡Quién sabe! Pero ella estaba sola porque no estaba él; qué importaban las sombras tímidas, que como duendes advenedizos irrumpían de puntillas, cual si se cuchichearan secretos, arropando con generosa ternura el cuerpo sacudido por el látigo acerado del escalofrío o por el ardor inmisericorde de la fiebre.

Para ella, sólo existían unas manos: las del ausente. Sólo podían calmarla unas palabras, aquellas que se habían quedado atoradas, estériles, en una garganta embustera y avara, como un venero sucio y ladino, que hubiese prometido regar un rosal, para luego dejarle consumirse de sed, agonizar de orfandad, morir cien veces en el holocausto fatal de la demanda, de una sola gota de agua de aquel bálsamo podrido y venenoso.

Aquel fue uno de esos amaneceres en que la mugre, los charcos y la lluvia persistente volvían ingrato Maravatío, triste y pobre, como el guiñapo de un mendigo, enmarcado en el cielo gris oscuro de la desesperanza.

Hundida la débil cabeza en la almohada, en la penumbra oprobiosa donde señorea la humana miseria, esperaba, obstinada en la ilusión del milagro, la presencia del desertor para perdonarle, para continuar creyendo en el amor, para marcharse tranquila de la vida, para ganar, — ¡Oh irrisoria victoria de un alucinado moribundo! — la última carrera a la muerte, que aguardaba también: impasible, muda, cobrar implacable su deuda, a aquélla quién había sido derroche de vida, de belleza, de juventud, aquélla que había retado con el dardo triunfal de su sonrisa el fiero cinismo de sus dientes descarnados, que había hecho acudir los rayos del sol al oro cobrizo de sus cabellos, burlando su cráneo fatídico, que había humillado, con la suavidad perfumada de su dermis, apoteosis de la frescura de un pétalo humano, la fealdad carcomida de sus huesos desnudos, como espadas de horror. ¡Y había comenzado a cobrar su deuda!

Hacía mucho que aquél crónico sufrimiento se transparentaba en esa cara enflaquecida y amarillenta, sus pómulos salientes eran la denuncia irreversible contra el cobarde, que había convertido aquellos ojos, plenos de picardía desbordante, de curiosidad por todo cuanto significaba vida, bullicio, belleza, en los trágicos agujeros por donde aquella alma indomable veía escaparse la existencia.

Sólo yo, a quien el sufrimiento había enseñado a encontrar la belleza de lo triste, sabía apreciar en aquellos ojos el mismo reflejo absorbente y fascinador que aún me enloquecía. Su rostro había adquirido en el breve intermedio de aquella noche terrible, esa lívida opacidad de los cadáveres. Su cuerpo, que apenas unas horas antes la había obedecido en la fatal carrera afiebrada y voraz, se declaraba impotente de sostenerla. Y vencida, rota, inanimada, yacía allí con los labios reseco, la respiración entrecortada, los cabellos mojados en el sopor agotante de la fiebre, la sonrisa huida para siempre hacia el ingrato espejismo del ensueño turbador, malévolos e irreal.

El llanto había regado con su escharcha salina mis pupilas: hebetado, cargando el peso de las emociones, del desvelo, escuchaba la hipócrita jerigonza de los médicos, su mustio optimismo, su sonsonete tartamudo de probabilidades que termina siempre en lo inevitable.

El anciano doctor venido de Acámbaro, auscultó con sus manos anémicas a la enferma, confirmando mis horribles sospechas: neumonía. Mis escasos conocimientos de medicina, descubrieron el embrollo falso y mediocre de esos ganapanes de la salud, incapaces de declararse vencidos, aunque perciban el inconfundible síntoma de la muerte.

Aquel viejo maestro intuyó la lucha desigual, y mirándome prescribió lo único que podía alargar aquella vida: tonificar el corazón. Entonces, inundado de piedad, arrastrado por ese vértigo potente hacia el dolor, por esa voluptuosa sensación que inyecta placer al infortunio, con la voz quebrada por los sollozos contenidos, me dirigí a Dona Leonor.

— ¡Es preciso salvarla! ¡Permita usted que vaya a buscarle! Sólo él puede devolverle la vida! ¡Sólo el amor es capaz de hacer vivir!

Y la madre, la augusta madre, digna en el sufrimiento, fuerte en la prueba, me detuvo con fuerza nerviosa para responderme: — ¡Nunca! Y como la mirara sorprendido, agregó: — ¿Para qué? ¡Si el amor está aquí!— Y me tomó afectuosa las manos.

La aguja hipodérmica se enterraba en aquella carne adorada. La descarga hizo reaccionar aquél organismo blando que se extinguía, y los ojos, aquellos divinos ojos tristes, como vitrales desteñidos de alguna capilla ruinosa, azotados por la lluvia, se abrieron un instante, como un arco iris que se asoma en un cielo de tormenta.

NOCTURNO

Esperanza que nada espera.

Río que nace en la cima de las crestas con su

caudal impetuoso, para perderse en el mar devorador.

Palabras que se escriben, para ser borradas. Amante que llega para irse.

¡Dicha que se anhela, que se aguarda mucho, y que llega, para siempre!

¡Y siempre es nunca porque nunca volverá a llegar!

Sobre la colcha de cuadros de colores, el brazo blanco, lívido, yace dócil y paciente, atenazado por el garfio que le destrozó las venas, y que conduce gota a gota el suero que a ratos le reanima.

La mano entreabierta, sumisa, es como una imploración silente, débil y postrera, como el ansia inconclusa de hacer una caricia. ¡Ah, la mujer nació para acariciar, para consolar, para amar! Mas he ahí que aquella dulce muchacha, cuya infinita capacidad de cariño desbordaba la medida de ese don sublime, se moría agotada entre la calentura, los sudores y el delirio, con el inapreciable tesoro de su feminidad desperdiciada.

Tras las persianas y cortinas de la ventana el viento inclemente había rugido todo el día; la lluvia, como una siniestra amenaza que viaja por el ciclo, lanzaba por las rendijas su helado vaho, su sonido sordo y turbador roía el pesado silencio, rasgado por la respiración jadeante, por algún quejido lastimero, o por el grito agudo del delirio con que lo llamaba, sacudida por los espasmos de una fiebre que rebasaba a los cuarenta grados, con los ojos desmesuradamente abiertos, la frente perlada de sudor, la angustia aniquilando aquellos pulmones casi reventados.

En la habitación contigua. Doña Leonor, algunos familiares y mi madre que había acudido presurosa, denunciaban con sus gemidos sobrecogedores el inevitable naufragio. Ya no sobrevolaba en los pálidos labios la palabra milagro, de sobra sabían que su esperanza era un sueño irrealizable.

Esteban regresó de Morelia con un paquete de medicamentos bajo el brazo. Corrí a abrirle la puerta, por donde se filtró el negro azulado de la noche profunda y misteriosa, un coro de sollozos ahogados le recibió, entretanto le arrebatava el codiciado paquete, ¡Pobre iluso! ¿Qué puede la ciencia contra el imperioso decreto del destino?

El médico de Acámbaro intervino, advirtiendo que intentaba cuanto quedaba por hacer.

— Estas inyecciones la calmarán, si conseguimos que reaccione la habremos salvado. - Luego ordenó suministrarle un tanque de oxígeno.

— Comparto su pena —declaró— ¡Es una muchacha tan linda! Vamos a seguir luchando— Y me empujó suavemente fuera de la habitación.

Me hundí en el sillón con el corazón hecho trizas y la mirada extraviada.

Amaneció. La lluvia se había aplacado y la fiebre iba cediendo. Una luz vidriosa se filtró en el aposento, bañando aquel rostro de una belleza irreal.

Yo volví a su lado, atento al menor movimiento, siguiendo el ritmo desacompañado de su respiración. El silencio apenas ahogaba mi ansiedad. Abrió los ojos sosegados y grandes, en cuyo fondo no latía ya el resplandor insano de la pasión delirante, ya no tenían aquél brillo turbador incrustado por un perverso maleficio, la imagen del infiel había huido para siempre de sus pupilas, como si en el transcurso del pesado sueño, primero agitado, luego más sereno hasta volverse quieto, hubieran recuperado la inocencia tranquila de los años ¿dos de la niñez. ¡Aquella candida expresión que yo adoraba tanto!

Su mirada fatigada recorrió la estancia hasta topar conmigo. Se detuvo, como si fuera yo lo que buscaba, sin poder contenerme me arrodillé a su lado con los ojos preñados de lágrimas que luchaban por salir. Me miró con ternura infinita, mientras en aquellos labios rosa pálido, se iniciaba el esbozo de una sonrisa.

— ¡Mi amor! ¡Mi bendito amor!— Exclamé, confesando al fin mis sentimientos.

— ¡Mi amor! ¡Mi verdadero amor!— Respondió ella como un eco; luego afirmando la sonrisa y con un penosísimo esfuerzo susurró: —Y nunca me lo habías dicho! Fue preciso esto —arrastró las palabras— ¡Para saberlo... para saberlo todo!

Sentí subir una ola helada a través de mi columna vertebral, y luego estallar en mi pecho, en mi cerebro, como la expansión de una granada centuplicada, que rebotara en mis sienes.

— ¡Vive por Dios! —Supliqué— ¡Vive por nuestro amor! ¡Vive para estar juntos siempre!... ¡Para no separarnos nunca!

Entonces sin importarle el punzante dolor que recibía, desprendió la aguja de su manecita casi helada y la acercó buscando la mía.

— ¡Nunca! —afirmó con voz clara ¡Porque yo me quedaré hasta siempre contigo!

Doña Leonor, que había acudido presurosa, intentó calmarme con un gesto, previniendo el daño que causaría aquella crisis, en el débil corazón de su hija, pero el doctor movió lentamente la cabeza. Miré horrorizado como avanzaba en aquél momento de lucidez, de aparente mejoría, la implacable voracidad de lo irremediable.

A partir de aquél momento Susana empezó a agonizar. Cuando se iniciaba el estertor, todavía le oí decir: — ¡No me dejes!... ¡Contigo no vendrá!... ¡A tu lado no podrá atreverse! Prométeme que no me dejarás nunca!

— ¡Nunca! —protesté—. Mi corazón será el relicario, que guarde nuestra promesa de amor, ¡Hasta siempre Susana!

— ¡Hasta siempre! —respondió con un hilo de voz.

Su naricita dejó de pronto de llevar el mínimo de aire que necesitaba para respirar, inclinó la cabeza, y como una rosa que se desflora: lánguida y dulce, murió.

RÉQUIEM

No hay llama que no se apague. ¡La luz divina de aquellos ojos se ha extinguido para siempre!

—El café de velorio es frío y amargo; en vano intenta calmar el vacío doloroso que oprime mi estómago roto en mil pedazos. Fuera la noche extiende su manto negruzco y solitario. Ni una sola luz surca la enorme bóveda borrascosa. Ya no brama la tormenta, ni ruge el viento, ni avanzan amenazantes las nubes grises y monstruosas, pero las estrellas no se asoman y la luna yace apagada como un astro muerto próximo a desintegrarse.

A veces las compuertas de mi dolor, de este dolor supremo que no perdona nada, ni mi cerebro, ni mis miembros, ni mi rostro, se abren y escucho: lamentos, gritos desgarradores, gemidos que trastornan mis sentidos embotados... luego, su recuerdo querido, sus últimas palabras, su sonrisa, su imagen adorada, me arrebatan de ese horror, y me vuelven a sumir en mi propio cautiverio de angustia, en el que padeciendo tanto, no quisiera escaparme nunca. Y las lágrimas entibian mis mejillas, y mis labios recogen su sal.

Las figuras enlutadas se van multiplicando. Se acercan tímidas y miedosas hasta el féretro blanco, enmarcado en el pálido resplandor de los cirios.

Unos murmuran, otros rezan, otros miran absortos y estupefactos, sorprendidos de la brusca revelación de la muerte, cuya astucia certera habían olvidado.

Sé que la han vestido de blanco, pero no he tenido valor para verla. Prefiero acariciar con la imaginación sus cabellos de oro viejo, besar con la punta de los labios el alabastro de su frente, dejar ir los ojos tras el vaporoso vuelo de sus vestidos o hacia el pliegue revelador de su cintura.

Y me quedo pensando *¿Qué vestido lucirá mañana cuando la vea?* y bruscamente, expulsado del país del espejismo, me respondo: "¡No habrá mañana, no habrá domingo, no habrán noches de serenata, ni misa en La Parroquia, ni paseos por el Agua Bendita, ni fiesta de carnaval... no habrá más confidencias entre los dos, no lo esperaremos juntos, ya nunca ni leeremos sus cartas, ni incomodaremos al cartero dos o tres veces al día, ¡Porque ya no habremos dos!

De pronto experimenté la soledad en todo su horror opulento.

Nunca, ni cuando estaba prometida, entregada, alucinada, conocí tan íntegra la desolación de continuar solo por los senderos de la vida, con el bagaje gris de mis tristezas, de mis ilusiones fracasadas, de mi amor sin mañana.

Nunca volveré a verla más —me repetí— ¡Nunca!... si se hubiese casado, al menos yo podría mirarla alguna vez, sin que ella lo supiera, y pasar frente a su casa y repetirme: Allí está, es de otro, pero allí está!... puedo verla, tal vez algún día podré hablarle, intentaré hacerme amigo del ladrón, pero ¡Muerta!... ¡Muerta! ¡No la volveré a ver nunca! ¡Nunca!

La palabra rebota en mi cerebro. Pienso que voy a enloquecer. Me llevo febril las manos a la cabeza, como si no quisiera escuchar, ver, vivir. . . una ola de sollozos me lastima el pecho. ¡Ah!, si yo también pudiera morir.

Mi desesperación ha alarmado a mi madre, quien se acerca sin hacer ruido y me acaricia el pelo.

— ¡Desahógate!, ¡Llora todo lo que puedas! ¡Es por lo único que vale la pena llorar!

— ¿Lo sabías? —le pregunto entre mis lágrimas—, y me contesta afirmativamente con la cabeza.

— ¡Lo sabíamos todos; hasta ella misma! lo demás era sólo un capricho de muchacha mimada, para sentirse protegida por ti.

— Madre! —quería protestar por aquella mentira piadosa.

—Tu amor la ha acompañado hasta la muerte, a pesar de todo una muerte feliz, en compensación de lo que no pudo serlo en vida.

-¡Yo, yo la habría hecho dichosa, con todas las fuerzas de mi ser!

- Lo sé! — declaró — ¡Cuántas vidas te harían falta para comprender a una mujer! —luego prosiguió— No siempre quiere Dios darnos todo, pero tú has tenido al fin el premio a tu abnegación. Susana te quería. Susana murió en tus brazos. ¡Anda a mirarla! . . . Aprovecha los últimos momentos que te quedan. Me levanté tambaleante y lloroso.

— ¡No así! —sugirió mi madre— limpiando mis lágrimas con su pañuelo— ¿Tan pronto has olvidado su promesa? Tú lloras, cuando es el primer día de vuestros esponsales, el primer día de una eternidad que estarán juntos. Mírala a ella: hermosa, serena, se diría que sonríe, que es una novia ilusionada camino al altar de la dicha.

Me arreglé lo mejor que pude y me aproximé al blanco ataúd con paso firme.

En el raso acolchado yacía dormida con virginal expresión, aletargada en una paz infinita, transfigurada por la radiante emanación de un diáfano haz de luz que la envolvía en un velo de beatitud. El rostro sereno, quieto, expresaba el deleite de haberse sumergido en un sueño venturoso, en una utópica región donde todo debía ser bello, dulce y noble. Los ojos cerrados, protegidos bajo el cortinaje opulento de las pestañas rizadas, parecía que nunca habían llorado, que nunca se habían abierto incrédulos y asombrados ante la deslealtad y las miserias de la vida. De la boca, mustia, serena, parecía haber huido el más leve rictus de dolor, como si el quejido, la súplica, el lamento, el grito desesperado, nunca se hubieran alojado en aquellos labios, ligeramente pálidos, infinitamente plácidos. El seno, aquel seno suyo, acogedor y erecto, donador de vida y victoria de su carne espléndida quedaba allí: inmovible, regocijándose en su blanda dureza, como si nunca le hubiesen asaltado sollozos, ni le hubieran sacudido suspiros, ni le hubieran perturbado ansias. . . El cuerpo tenía ese muelle abandono, ajeno a los estremecimientos de la fiebre, a los espasmos recientes de la agonía, a los sudores agotantes del atardecer, a los escalofríos nerviosos de la madrugada: y los piecitos, aquellos piecitos suaves y diminutos, obligados a correr, sometidos al esfuerzo de la carrera febricitante y alorada en busca de una quimérica felicidad, parecieron una reliquia santa, que con su elocuente sencillez invitara a la veneración.

Y todo en ella poseía esa fragancia de la inocencia, ese halo nuevo de lo que acaba de nacer. ¡Cuando realmente acababa de morir!

Se diría que la muerte- había respetado hasta el final esa carne soberbia, esa enemiga suya que al fin derrotaba, pero que por una concesión piadosa preservaba del horror de la inmediata desfiguración... y ¡Oh sarcasmo! aquella criatura que murió víctima del sufrimiento, en el holocausto cruel de la pira pasional, consumida por el fuego de la espera, desesperada por la palabra no cumplida, decepcionada por el primer engaño, desmentía con la serena virtud de su rostro divino, todo lo que en su alma se había desmoronado, y su belleza, su incomparable belleza vencedora y triunfal, volvía a surgir en la última hora, en lugar de dominada, dominadora, en lugar de marchita, resplandeciente, en lugar de apesadumbrada, dichosa.

Poco a poco, aquel cuerpo querido me fue transmitiendo su placentera paz. Ya no estaba de rodillas, gimiente y maltrecho. Me levanté absorto en la contemplación de la que tanto amaba, ya no se oían agudos sollozos, ya no herían mis oídos aires lastimeros, el silencio nos había envuelto a todos en su maraña gris, en la red trituradora de la pesada fatiga de la madrugada.

Pero yo seguía velando, aguantándome el cansancio, el frío, el hambre.

No sé cómo amaneció, ni cómo llegó más gente, casi todo el pueblo; ni cómo fueron aumentando gradualmente los murmullos y las voces: alguien dijo: ¡Es la hora. Vamos a cerrar el ataúd! Todos se lanzaron a mirar por última vez a la muerta querida, quién a llorar, quién a decirle no sé cuántas cosas, quién a besar por última vez los cabellos castaños; de pronto, yo sentí el mismo impulso, acercarme por última vez para tomar las manos de la amada.

— ¡Hasta siempre Susana, hasta siempre! — repetí — ¡Para no separarnos nunca!

— *¡Nunca! -respondió- Porque yo me quedaré hasta siempre contigo!* -Respondió—

Me volví absorto buscando el estupor de los demás, pero ellos continuaban llorosos, quejándose y gimiendo. Yo sólo había escuchado su voz, clara, inconfundible, más maravillosa que nunca, más radiante, más sublime.

Y ya no lloré.

Les dejé ir hacia el cementerio y regresé a nuestro hogar sereno, confiado, se diría que casi tranquilo. Bien había dicho mi madre: Era el primer día de nuestros esponsales, y llevaba a mi lado, una novia ilusionada, camino al altar de la dicha.

CONCIERTO

. . y cuando llegue el fin nos reuniremos en la vereda de la nada, que conduce a todo.

—Bien, bien, tu relato es verdaderamente conmovedor, pero dime. ¿Nunca volviste a saber nada de él?

—Sí. Y muy pronto. Él llegó la misma tarde que la sepultamos. Unas horas después, en el tren que viene de México. Se había casado y se le ocurrió Maravatío para pasar su luna de miel. Como alguien le diera la fatal noticia, insistió que no quería saber nada de chismes de pueblo y amenazó a quien dijera algo de sus amoríos con aquella provinciana. ¡Si su esposa llegaba a enterarse podría acarrearle un disgusto! Por fortuna se marcharon a los pocos días, para no volver nunca. El dardo venenoso de la perfidia no logró alcanzar al ave que había emigrado con su aletear ligero, hacia un remanso sin tormentas.

—¿Y tú?

—Tardé aún en reponerme. ¡En encontrarla definitivamente! Al principio, sólo anhelaba acompañarla en el insondable misterio de la muerte, en su silente tranquilidad arropadora del sepulcro, rodar abrazado a su lado, por las galaxias laberínticas de la eternidad.

Recién que murió, en las mañanas entibiecidas iba a regar las flores de su tumba: violetas, azaleas, huele-de noche, claveles; luego empezaron a brotar espontáneas, frágiles florecillas de cálices amarillos. Me paseaba meditativo por las avenidas, contagiándome con esa tristeza mustia de los cipreses, cuyo verde follaje, espeso y melancólico, perfilaba espectros en las noches oscuras. Acariciaba su tumba, ¡En ella yacía también la mejor parte de mí mismo! Pero en el austero camposanto sólo había desolación y abandono, el despojo del humano ropaje, el desecho inerte de la concluido. Planté unas rosas y me empeñé en cuidarlas ron esmero, me obsesionaba la idea de que merced a la alquimia de la tierra, los restos queridos amamantarán aquellas flores magníficas, pero en la quietud desoladora progresaba galopante mi desconsuelo y opté por ir espaciando las visitas, cada vez más decepcionado. ¡Ella no estaba ahí! El poder de la muerte, era omnipotente y efectivo, y su generosa promesa sólo una buena intención incapaz de cumplirse. Luego, una tarde, cuando más abandonado me sentía y regresaba al pueblo abatido a refugiarme en el mostrador de mi botica, me pareció escuchar el trino de su voz: suave, tímido, como el aleteo de un pájaro, como el estremecimiento de las rosas que había plantado, al beso tibio del primer rayo de sol. Aquél eco, brevísimo, encantador, que pronunciaba mi nombre, fue desde entonces mi guía. ¡Susana estaba conmigo! Cumplía cabalmente su promesa. Se encontraba en todas partes: donde paseamos juntos, donde jugamos de niños, donde la consolé en su desesperación y hasta me pareció que sus manos, finas, adorables, me conducían suavemente lejos de aquél recinto donde se acumulaba solamente el desperdicio de los cuerpos. ¡Entonces volví a vivir!

En las tardes expirantes, cuando el sol se oculta en el horizonte, en esa hora indecisa del crepúsculo, cuando se esfuman las fatigas del día, Susana venía a mí. más deslumbradora y radiante que nunca. Al principio, incrédulo y azorado, la sentía revolotear como una mariposa inconstante y locuaz, luego, conforme me fui incorporando en su mundo, aquellas alas fatigadas del vuelo, se ¡Posaban en mi hombro, ¡Y eran brazos que me aprisionaban! ¡Y eran sus manos que con devoción conmovedora acariciaban mis cabellos! ¡Y era su rostro, tierno y dulce, como la cara invisible de Dios, que tan vehemente buscamos, la que me sonreía, y era su voz femenina e irresistible la que me arrullaba!

Ya no me hablaba de él, ya no era yo sólo el cofre de sus confidencias, ya no más el vaso de sus lágrimas, ya no el consuelo a su dolor: los brazos que trataban de salvarla del encrespado mar de sufrimiento que llamamos vida ¡Era el amado, era el elegido, era el esperado, era el recompensado con todos los goces con que el amor puede premiar a sus seguidores! Y su voz renovaba la promesa y su aliento perfumaba aquellas horas íntimas y deliciosas, como las hojas de un naranjo aromatizan el ambiente, y su presencia, su adorable presencia, volvía a renacer en cada flor, en la luz de cada aurora, en la estrella de cada noche, en el encanto de cada crepúsculo. Su juventud volvía a prodigarse en cada lirio que brota, en cada tono esmeralda de los árboles mecidos en el sueño vegetal de la campiña, en cada piedra que la lluvia lava, en cada teja de Maravatío, más roja, como recién pintada, en el precioso cromatismo de las auroras.

— Decididamente veo que aún no te has resignado.

— Si intentara resignarme, protestarían todos mis sentimientos.

— Sin embargo hay momentos en la vida, que por nuestra salud debemos suicidar los sueños ¡Aún los más queridos! desalojar las visiones de la cabeza, extirpar como un cáncer maligno ese indómito masoquismo que nos liga al sufrimiento disfrazado de nostalgia, esa inclemencia lacerante y cruelmente deliciosa, tan devastadora ¡Como la misma muerte!

— ¿Y qué otra cosa puedo yo esperar para mi bien, que la postrer y magnánima aventura de la muerte?

— Escúchame: el hombre no puede, ni debe vivir solo. Precisa una antorcha en la obscuridad, un trozo de madera flotante del que pueda aferrarse y cruzar en medio de un mar levantisco, hacia las playas de su salvación.

— La luz que siento renacer cada día en mí, es suficiente para llegar hasta esa playa, donde me espera todo lo que amo.

— ¿Lo que tú amas? Pero ¡Hombre de Dios, recapacita! Una sola vez acalla las voces de tu corazón y reflexiona: tu amor no ha sido amor, tu vida no fue vida, tu Dios es tan sólo una muchacha pueblerina y tu soltería no es la consagración a un ideal, es sólo la obstinación infantil hacia algo ya muerto, cubierto de cenizas y de sombra. Es el eslabón roto de una cadena a la que voluntariamente tú te sometiste. . . mas he ahí que la cadena nunca fue tuya. ¡Ven! yo te ayudo a liberarte. El letargo de la esclavitud es cruel y tu esclavitud es la más inhumana de las sujeciones. ¡Sígueme! ¡Deja Maravatío! Aún es tiempo, en la capital podrás hacer muchas cosas: ¡Volver a vivir, a ser tú mismo!. . . Pero huye de esta falsedad, renuncia a esta servidumbre sin amo. hecha de ausencias y quimeras.

Me abrazó afectuosamente, sereno, calmado; como invulnerable a la candente exaltación de mis palabras.

— ¡Gracias! Gracias por tu devota amistad, pero no puedo aceptar lo que me ofreces. Yo también anhelo morir bajo este cielo que ha cobijado con nobleza mis desventuras, en la senda arenosa de estos caminos que han conocido mis largos paseos de solitario. Ahora, rumiando una esperanza, otrora llamando un nombre amado, después entregado a mis recuerdos. En ningún sitio podría descansar mejor, que en el lecho de esta tierra generosa, que dio flores para que ornara su pelo y perfumara su juventud.

— ¡Olvidala, olvidala por Dios! ¿Qué no comprendes que no te quiso nunca? ¿Que sólo fue un delirio de moribunda? ¿Que te dio los últimos minutos que ya no le pertenecían? Sólo unas migajas de piedad por toda una vida de entrega. ¡Sólo un afecto mediocre y avaro de amiga por todo tu amor! Has sacrificado a un ideal necio y absurdo —como todos los ideales— tu vida, tu juventud; por favor, hazme caso, no martirices tu vejez. Nunca tuviste nada a cambio. ¡Nunca podrás tener ya nada! Ya acabó la tempestad. ¡Despierta! Vuelve a la realidad, a la vida, es decir, a lo que aún te queda de ella, cóbrale algo de lo mucho que te debe. Pronto va a ser demasiado tarde. No te obstines en ese abismo inacabable. No te acerques a ese espejismo sin esperanza. No te aferres a esos recuerdos, que tienen escondido el veneno de la desolación, en su aroma mustia y candida de flores marchitas. Prepara la mortaja de los sueños vanos. ¡Entierra esa neurosis reminiscente!

Si ella alguna vez te quiso, aunque fuera por unos instantes, por remordimiento, ¡Por lástima!, óyeme bien: yo te juro, que no te querría ver tan desgraciado.

Las mujeres suelen hundirle a uno en la orfandad de amor más cruel, por inconsciencia, no por maldad.

Si tienes misericordia de ti mismo, cede a ella. . . ¡Deja Maravatio!

Vente conmigo ahora.

Si a nuestra amistad debo mis mejores días, mi infancia, mi adolescencia, ¡Te juro que sabré hacer honor a ella!

Si mi abandono cuando más me necesitabas, si mi consejo cuando más falta te hacía, si mi compañía cuando más solo quedaste, me han dejado una deuda ¡Aún es tiempo de saldarla!

La ciudad tiene mil atractivos, mil oportunidades, mil ocios que hacen olvidar, mil placeres que embotan, mil ocupaciones que justifican. Un mundo ancho, enorme, desconocido. Esto es sólo un rincón estatificado, casi muerto, como la antesala de una tumba, como el insomnio malévolo dentro de las entrañas de una caverna asfixiante.

¡En nombre de la razón, huye de aquí! ¡Sana de esta locura! ¡Vuelve a ser sensato!

— Le pides sensatez a un enamorado, cuando todo amor es en sí la mayor insensatez. Le pides ser cuerdo, cuando amar realmente es una locura. Óyeme tú ahora: El verdadero amor nunca se conquista, más bien nos vence. Nunca se realiza, más bien se perpetúa. Nunca triunfa, más bien aniquila. Nunca es presente, ¡Casi siempre es pasado!

Es, ¿cómo te diría yo? ¡Como una hora acurrucada en el jardín del recuerdo!

¡Como una imagen huidiza, esfumada en la acuarela de una tarde!

Vuelve a tu ciudad. Pronto se pasarán estos años.

Los muertos todo lo ven y no podemos engañarlos. Un amor falso la abatió, un viento destruyó la flor magnífica de su juventud, un amor casto, heroico, la habrá de resucitar, para volver a amar eternamente.

VALS BRILLANTE

Hubiera querido ser el paisajista que pusiera con el pincel de mi pluma oro esplendoroso, azul romántico, rosa joven, en el paisaje gris de esta historia de amor, inmensamente triste, pero he ahí: sólo soy un apoquinado espectador, que espera la caída fina! del telón.

. . .

El rocío crepuscular comienza a abrir las flores con estremecimientos lívidos, la tarde se conmueve de fragancias adorables que provee la óptima campiña, en la pradera majestuosa entre tonos verdosos amatista y esmeralda, el sol derrocha sus postreros rayos de luz. Entre contrastes oscuros y claros, el horno anaranjado del horizonte funde montañas y cielo en una amalgama pensada que evoca esa idílica unión de la naturaleza, quien engarza en un río interminable la esencia misma de todas las cosas.

La comarca florecida vuelve a convertirse en el luciente escenario donde sólo tienen cabida lo sublime y lo eterno.

El *Agua Bendita* retrata en el espejo nítido de sus aguas cristalinas, el doliente anhelo de las almas que han sabido esperar puras y no han dudado en prodigarse generosas.

Como pálido esbozo de un sueño, una camelia rota exhibe sus alas de armiño desmembradas e inmóviles a la sombra de un árbol meditante y erguido. Pronto las corolas irán a alimentar el fango donde surgen de los bulbos alargados, los lirios blancos y violetas, los nenúfares, las plantas que ornan el pantano; a volver fecunda la galopante carrera de lo estéril, a batir la muerte, con la muerte misma y a alimentar la vida con sus propios despojos.

Y yo siento pena por esta continuidad dolorosa, por este vencer intrépido a la muerte, ¡Cuántas veces más benigna que la propia vida!

Atravesé el pueblo maquinalmente engolfado en lúgubres pensamientos, un balcón llamó poderosamente mi atención, era el de una casa en ruinas: la casa de Susana, un olor a heliotropos, a abedules, a lilas, como el último vaho campestre al morir la tarde pueblerina inundó mis pulmones, saturándolos de esa esencia voluptuosa de la tierra que ha almacenado muchas lluvias, muchos soles.

Pero la prodigalidad entusiasta del paisaje, la primitiva musicalidad del arroyo, la frescura del follaje que parecía acabado de plantar allí por la mano de Dios, la sedante serenidad del horizonte, no conseguían disipar la indecible tristeza, lavar en mi alma la sin par melancolía, calmar aquella ebullición de rebeldías que galopaban astutas y siniestras, llenándome de amargura, de escepticismo, de desolación. . .

El cuadro de la muchacha muerta, el solterón solitario empedernido en su amargura, el amor malogrado, danzaban en mi cerebro como fantasmas inquietos que se empeñaran en arrebatar me la calma por el resto de mi vida.

Me iba acercando a la estación del ferrocarril, hundiendo los pies en la arena fina y brillante de la tierra que seguramente no volvería a ver.

Lejos, la pequeña ciudad me parecía la ruina desolada de un templo, como la sonrisa de una vieja desdentada. Sus muros carcomidos, sus cúpulas desteñidas, su torre trunca y ennegrecida, aumentaban mi secreto pesar por el amigo que se quedaba allí, en la escena del tercer acto, delante de un decorado roto y magnífico.

Y sentí piedad por su soledad: y sentí impotencia por mi pequeñez.

El se quedaba ahí. Yo marchaba.

El con sus recuerdos. Yo con mi porvenir.

El con sus absurdos. Yo con mi sensatez.

Poco a poco fui reconstruyendo en mi memoria su relato, pero un rostro se me esfumaba, una sonrisa, unos ojos, una figura, se escapaba a mi memoria. No. Habían pasado tantos años que era imposible que recordara a la heroína de esa historia de amor, inverosímil y absurda.

Me acerqué a la ventanilla en demanda del pasaje.

—Todavía tardará el tren unos minutos. —Me advirtieron.

Me volví a alejar del pequeño grupo que esperaba impaciente la llegada del convoy.

—Es el amor —me dije—. Es esa tara de la humanidad, que lo entristece y lo enturbia todo ¡Esa obsesión insana que llevó a Cristo al madero; y que nos conduce a la estupidez y a la desesperación!

Iba aún a lanzar otro anatema, cuando una visión fantasmagórica me detuvo, en esa estrecha faja en que se unen la cordillera azul y la bóveda del cielo, un rostro dulcísimo, una sonrisa de virgen que hubiese arrebatado a Miguel Ángel Buonarroti, resplandecía llenando con su maravillosa presencia la tarde adormecida.

Sentí el sacudimiento electrificante de un escalofrío, en tanto que las lágrimas bienhechoras pugnaban por salir de mis ojos.

Un silbatazo me advirtió la proximidad del tren, pero en el ciclo ya tachonado de luceros, continuaba suspendida aquella imagen: ¡Presencia de lo invisible, redención y promesa!

Me acomodé en las duras tablas del vagón, mientras mis labios musitaban una plegaria: "¡Oh Dios, deja a los muertos morir y a los vivos dales la paz!"

Horas que Huyen

-I-

Juan Carlos estampó su firma en no menos de veinte oficios con aire de cansancio y fastidio. En aquella primera hora de la mañana le ahogaba el tedio de la tarea diaria. Poco a poco, según iban desfilando por su despacho color caoba oscuro los proyectos de ley, las visitas de embajadores y personalidades, los telefonemas urgentes, y las convocatorias impostergables a La Moneda; el nuevo ministro de Relaciones Exteriores, se volvía más dinámico e impaciente, tal si la droga de un trabajo voluminoso le hiciera pasar lo más rápidamente posible las horas y la vida.

Hacía sólo un mes que había regresado de países remotos, de playas lejanas, de paisajes diferentes, para hacerse cargo de la cartera de Relaciones, tarea bastante difícil que implicaba enfrentarse con las exigencias del imperialismo y de los países del primer mundo siempre empeñados en ver a Chile y a la América Latina entera, como colonias sujetas a sus caprichos, intereses y conveniencias.

Desde su austero escritorio, sus ojos cansados por la lectura de los oficios, se dirigieron hacia el cristal de los altos ventanales y se perdieron en el horizonte azul y blanco de la cordillera andina.

— ¡Otra vez Chile! —murmuró para sí.

En el difícil momento de la patria, Juan Carlos, el activo embajador, había sido llamado urgentemente por el presidente de la república para ocupar el ministerio, pese a las objeciones de algunos miembros del senado que alegaban la incompatibilidad del funcionario.

Sus largas estancias por los países del mundo entero, le habían permitido conocer y estudiar ese ser complejo y misterioso que es el hombre de todas las razas y épocas. Su verbo fácil, que se convertía en segundos en un impulsivo y desbordante manantial, sabía defender con la ley en la mano y la elocuencia en los labios el derecho de su patria, más presente cuanto más lejana, y que él añoraba entre los recuerdos de su juventud incógnita y oculta aún a los ojos mismos de sus más tenaces biógrafos y de cuantos admirándole investigaban afanosos los difíciles comienzos de su carrera.

Un ujier quién había llamado levemente a la puerta, atravesó el despacho con pasos sigilosos, apagados en la gruesa alfombra

Un anciano eclesiástico que ha venido muchas veces, insiste en ser recibido Excelencia. —explicó al tiempo que entregaba a su jefe una tarjeta amarillenta. Juan Carlos no respondió, sus ojos seguían clavados en la enorme inmensidad del horizonte. El ujier no habituado a las reacciones de melancolía del ministro, supuso su aquiescencia y permitió el paso al visitante. Se trataba de un anciano de tez descolorida y cabeza coronada con escasos cabellos blancos que le colgaban hasta los oídos, llevaba traje y chaleco negros como correspondía a su jerarquía eclesiástica.

—Buenos días, señor ministro —aventuró tímido, mientras se adelantaba hacia el imponente escritorio.

Aquella voz tantas veces escuchada sacó a Juan Carlos de la extraña fascinación que le ocasionaba la cordillera.

— ¡Padre Javier!..

— Si soy el mismo y todavía vivo por la gracia de Dios, y alargó su mano pequeñita y morena.

Juan Carlos se volvió cortésmente para recibirle y después de saludarlo con amabilidad le señaló un sitio donde sentarse.

—Gracias No quisiera abusar de su bondad y quitarle mucho tiempo...-dijo el recién llegado.

-No hay tal padre Javier, por el contrario me es muy placentero volver a encontrarnos.

La presencia del anciano llenó su corazón de nostalgia, reabriéndole inmisericorde la vieja y obstinada herida que le enfrentaba a su pasado. Entonces el experimentado diplomático, seguro, y capaz, el que a diario enfrentaba una lucha desventajosa y titánica, el acostumbrado a vencer, el que intuía el secreto de los enemigos y la debilidad de los más fuertes, el gigante ovacionado en los foros internacionales, cuyas proezas se comentaban en la prensa de los cinco continentes; volvía a ser simplemente un hombre, ese pobre ser dizque superior a las demás especies: indefenso, asustadizo, empujado ante cada tormenta y sediento de vida ante cada esperanza, aferrado a su idea de vivir, como el minero al afán de extraer de la tierra su tesoro subterráneo.

—Se conserva usted el mismo. —agregó lisonjero el viejo.

Juan Carlos intentó sonreír pero sólo apareció una mueca desdibujada en su boca, aquel trato paternal y cariñoso de *hijo mío* aumentó su mal oculto desconcierto.

-Me ve usted con benevolencia padre...

— Apenas ha cambiado desde aquellos años — insistió reiterativo el sacerdote.

— Aquellos años. . . —musitó como un eco que llegaba a lo más profundo de su ser.

¡Ah!, las tormentas del joven gemían desde el abismo del pasado, de aquel pasado tenaz que trituraba todos sus esfuerzos por eludirlo: su trabajo en tierras extrañas, sus incontables estancias por países lejanos, y hasta sus largas vigiliadas leyendo los libros de Alberto Gama o Jorge Edwards, hasta cuyo venero llegaba su espíritu sediento de patria, de paz y de amor; nada había logrado disipar la nostalgia, ninguna cura cicatrizar la herida, ningún vino emborrachar los recuerdos; ni siquiera las noches luminosas en que las candelillas de algún prestigioso escenario europeo se encendían para dar vida a los dramas de Shakespeare, las comedias de Moliere o a los deslumbradores ballets de Tchaikowski o de Leo Delibes, ejecutados con las maravillosas coreografías de Rudolf Nureyev, protagonizados por la incomparable Margot Fontaine y mucho menos aún el champagñe helado o los deliciosos buffets que propiciaban el flirt novedoso, el encuentro fortuito anticipo de amoríos que morían antes de nacer porque nunca habían empezado. Ningún triunfo logró aligerar su corazón ni sustraerle de la disimulada tristeza que jamás opacaba la sonrisa amable del diplomático a quién la alta sociedad de quince países del mundo distinguía prodigándole los honores de un estadista, el cadáver de su juventud no se dejaba enterrar, y con él, pegado, el de un amor imposible que él ya no sabía si fue un sueño o si realmente lo había vivido, pero que aún le quemaba con la dulce impiedad del primer día. ¡Aquel amor!, que era como una ansia dolorosa, germinada en la gestación de mil ensueños ebrios de fantasía y cálidos de juventud, aquel amor, que aún llevaba sobre sí como el suave fardo que le había condenado a una recalcitrante soltería, a un perpetuo ayuno de cariño, a una soledad que no disipaba el hecho de vivir rodeado de la gente.

De sobra sabía que a los hombres no nos permitido elegir la vida, pero al menos, era necesario saber llevarla con dignidad y él había procurado el retiro inviolable, había enterrado el secreto de su juventud destrozada, había eludido intentar enfrentarse con el fantasma tan deseado, tan querido y tan temido que iluminara aquellos días maravillosos..

Se había contentado, desde que retornó a Santiago, con mirar hacia la cordillera, con clavar los ojos en el horizonte distante, hurgando con ansiedad un punto lejano que no encontraba, una hora que había huido y que aquel anciano de pronto, volvía a presentarle nítida y deslumbrante como la hoja aguda de una daga venerada, que volviera a regocijarse en su carne herida.

Y mientras Juan Carlos se perdía en el laberinto de sus pensamientos, el visitante exponía el motivo de su visita.

—.. .su influencia, señor ministro, será determinante. No nos ha sido posible saldar la hipoteca del colegio, atravesamos tiempos difíciles, hijo mío, la iglesia vuelve a ser la de antes, la que Cristo ha querido siempre: pobre y despojada de todos los bienes terrenales, pero al menos desearíamos rescatar una parte del edificio, la capilla, que usted conoce; y que no sea derrumbada para edificar un condominio o un centro comercial. El Gobierno puede todo. ¡Hasta impedir esa atrocidad!

Juan Carlos miraba las manos del anciano azulosas y finas, hechas para bendiciones inacabables, destinadas desde siempre a la siembra evangélica entre en las almas, a incubar la semilla de la fe, en el estéril surco del egoísmo y la indiferencia; y sintió pesar, mucho pesar, y perdido entre el marasmo vertiginoso de sus pensamientos apenas si pudo comprender la petición

del anciano: ¡Salvar el colegio! aunque sólo fuera una pequeña parte del inmueble medio perdido en una hipoteca, detener mediante el poder gubernamental, la trituradora que intentaba derribar como un autómatas voraz, lo último que a él le quedaba: sus recuerdos. Fue entonces cuando su cerebro aleccionado para captar con rapidez hasta el más mínimo detalle, reaccionó con su acostumbrada eficiencia.

—Cuenta con ello padre. El colegio no se derribará aunque yo mismo tuviera que rescatar la hipoteca.

El sacerdote quedó mudo de asombro, evidentemente no esperaba tal firmeza en la resolución de Juan Carlos y balbució atónito:

—Ha hablado usted como un buen hijo del colegio, le confieso que no esperaba tanto, aunque después de todo usted fue uno de los maestros más distinguidos y brillantes y Dios ha permitido que yo viva para disfrutar la satisfacción y tener la dicha de admirar sus triunfos. Aunque sacerdote, la vanidad también me ciega y me enorgullece que un profesor nuestro haya logrado destacar en le mundo entero...

La vida es sólo un sueño fugaz que pasa rápido, como el rollo de una película que se proyecta en el blanco lienzo de una pantalla. Juan Carlos se levantó del sillón ministerial decidido a enfrentarse a ese fantasma blanco de una vez para siempre.

—Bien padre, le prometo que hoy mismo me ocuparé de este negocio, daré instrucciones inmediatas a mis asesores jurídicos y detendremos los embates de la piqueta, mientras se negocia lo concerniente a la hipoteca; mientras tanto, me agradaría hacer un recorrido por el edificio, ver sus condiciones y es más, si es posible ¡Continuar la enseñanza!

—Vaya cuando guste, y aunque nos han obligado a desocupar, allí sigue José, el viejo conserje, empeñándose en cuidar lo que ya no es nuestro, pero a quién seguramente le dará una grata alegría volver a verle.

—¿Cree usted que me recuerde?

—¡Claro! Seguramente le recuerda. Nunca le hemos olvidado, hijo mío, hemos seguido con ansiedad sus pasos, su nombre, siempre ha estado presente en nuestras oraciones.

Dejó un paquetito pequeño y cuidadosamente envuelto sobre el escritorio, se levantó con lentitud y mientras se dirigía hasta la puerta agregó:

—¡Dios le ayude hijo mío, él sabrá bendecir su generosidad, concediéndole la paz!

Juan Carlos se quedó paralizado. Pese a su elocuencia en los foros internacionales, no supo despedirse del anciano sacerdote. Las palabras de afecto quedaron atoradas en la garganta, como otrora cuando enmudeció la oración de amor que le habría salvado.

-2-

Fue una hermosa mañana de primavera. Juan Carlos llegó con unos minutos de retraso a su primera clase de Literatura. Con la prisa, apenas se había percatado del bellissimo paisaje que le rodeaba: aquella profusión de colores vivos, de flores abiertas, de árboles en verde plenitud, de inquietas mariposas, de pájaros nerviosos y gráciles, de aroma de campo y de montaña, no conseguían distraerle de sus serias preocupaciones.

El no era maestro de carrera, es cierto que se había doctorado sobresaliente en filosofía y letras, pero jamás imaginó que la urgente necesidad de subsistir lo llevaría a solicitar una plaza de maestro en el colegio de las madres del Sagrado Corazón, distante más de veinte kilómetros de Santiago.

Sor Asunción le recibió seca y adusta en el austero despacho que ostentaba el nombre de *dirección*; tras los gruesos espejuelos de sus lentes le observó con fijeza.

—Le esperábamos un poco antes, maestro. -Dijo mirando con manifiesto desagrado el viejo reloj de pared. Juan Carlos vaciló ante aquel rostro enérgico, donde las crisis de la carne aplacada habían surcado profundas arrugas.

—Se hace largo las primeras veces el camino desde Santiago. . . —terció la voz magnánima de Sor María del Rosario.

—He de rogarles que me disculpen —acertó a decir— no tengo auto, pero procuraré en lo sucesivo llegar con la suficiente anticipación, se los prometo.

Sor María del Rosario sonrió ampliamente. Era el vivo contraste de Sor Asunción, la superiora. En el marco del hábito blanco su terso cutis lucía la juventud que aún le quedaba y sus ojos grandes y vivos acentuaban una sonrisa cordial y bondadosa, que aparecía frecuente en los labios delgados.

Sor Asunción se acomodó en el respaldo del amplio sillón y agregó con ademán autoritario:

—No dudo que usted sabrá considerar que esto es un colegio católico y nuestra principal preocupación es influir en la formación moral de las educandas. Usted es un joven inteligente... —y miró el expediente que tenía abierto sobre su escritorio—. El padre Javier, nuestro director espiritual, nos lo ha recomendado con particular empeño. Procure pues alternar su clase con la lectura de libros piadosos. Me parece prudente sugerirle que evite alusiones hacia autores atrevidos o herejes, de quienes nada tienen que aprender las jóvenes cristianas.

Juan Carlos intuyó el alcance de la orden, musitó débilmente un *si* claudicante y conformista. El era ante todo un enamorado del arte, de las letras, de esos extraños ensambles de las palabras que han dado en llamar barroquismo. ¿Qué le importaba que el autor fuera católico o hugonote, si era un verdadero artista y sabía llegar al alma humana para ahondarla y describirla?

Sor Asunción dio por concluida la entrevista.

—Bien, no le detengo más. Sor María del Rosario le llevará a presentar con sus alumnas. Impartirá tres horas de clase por la mañana a los grupos de segundo y tercer grado.. Almorzamos a la una. Y por la tarde de tres a cinco atenderá los grupos de primero.

Le alargó un papel con las indicaciones exactas.

—A las seis rezamos el rosario, espero que no tendrá inconveniente en quedarse alguna vez a acompañarnos.

Sor María del Rosario intervino amable:

—Le gustará mucho nuestra capilla, es pequeña pero adornada con mucho cariño, por alumnas y hermanas: durante mayo el mes de la Virgen. . .

Juan Carlos se despidió brevemente de Sor Asunción y siguió a Sor María del Rosario quien se desvivía por mostrarle los detalles de la escuela. Atravesaron el jardín y continuaron por un largo corredor de mosaico rojo; al final de éste se detuvieron frente a un salón donde la algazara de cincuenta voces juveniles, se acrecentaba con risas, golpes de pupitres y proyectiles que se lanzaban las alumnas entre grititos agudos y exclamaciones. Poco caso hicieron de la monja complaciente, algunas se levantaron perezosas acostumbradas a la obligada cortesía, otras continuaron charlando o riendo con desenfado y apenas se enteraron del silencioso acompañante que seguía dócilmente a la *Sorbuena* como llamaban a Sor María del Rosario.

— ¡Niñas! — dijo en voz alta la religiosa —. ¡Mis niñas queridas! ¿Van a guardar silencio? ¡Por favor, háganme caso!..
¡Si continúan haciendo tal barullo va a escucharlo la directora!

Ante esta sola palabra todas fueron enmudeciendo, se levantaron respetuosas y Juan Carlos pudo observar cincuenta rostros diferentes.

—Les vengo a presentar a su nuevo profesor de Literatura. Un coro de voces opinó en voz alta, mientras cien ojos se clavaban en la figura delgaducha de Juan Carlos, metido en su único traje, de color indeciso entre pardo y negro. La camisa blanca acentuaba su palidez, los cabellos oscuros le daban cierto aire bohemio, que afirmaba la corbata ancha y lustrosa a fuerza de plancharse.

El tímido debutante se quedó al lado del estrado, turbado y nervioso, sin atreverse a dar la cara a su femenino auditorio, que reía, gritaba y conversaba como si fuera la hora del descanso.

¡Niñas! -insistió otra vez la religiosa --¡Guarden silencio!-- ¿Es que de inmediato vamos a dejar la mala impresión a su maestro de ser desordenadas?

— ¡Es muy joven! — declaró Violeta.

— ¿Y es soltero? — preguntó en voz alta Solange.

— ¿Irá a ser muy exigente? — interrogó Maritza.

— ¡Señoritas! — levantó la voz Sor María del Rosario — ¡Voy a reportarlas ahora mismo con Sor Asunción!

Nuevamente se impuso el silencio.

—El señor Arias es licenciado en Filosofía y Letras. Se graduó con las más altas calificaciones, es escritor y poeta.

— ¡Ali, escribe poesía! — palmoteó Lorena soltando una carcajada — ¡Debe ser muy divertido!

— ¡Qué hermoso! — opinó una voz suave — ¡Es un poeta!

Sor María del Rosario salió del salón dejando a Juan Carlos quien había pasado del miedo al estupor y de la inseguridad a la fascinación. Quedó unos instantes mudo y perplejo, frente a aquel puñado de adolescentes. Recorrió uno a uno los rostros, buscando con ansiosa mirada a la dueña de aquella voz dulcísima, exquisitamente seductora. Poco a poco la curiosidad fue reemplazando a su timidez, el sudor de las manos se fue evaporando y su corazón recobró el acostumbrado ritmo.

No obstante, una idea estremecía todo su ser, alguien le había dicho que ser poeta era hermoso y aquella frase inocente, pronunciada por un impulso juvenil, compensaba todas sus amarguras, su insatisfacción alimentada por la indiferencia sistemática o el sarcasmo hiriente. Cuántas veces habían despreciado sus versos y aún le habían reprochado que no producían dinero, que no eran cosas útiles, sólo divagaciones, fantasía, ¡Desahogos que a nadie interesaban! Su misma carrera, en la que él se había esforzado tanto, le dejaba sólo el triste dividendo de la frustración; no había porvenir, ni oportunidad para los literatos ni para los poetas, eran cosas para ociosos o para adinerados, no para jóvenes que deben asegurarse el tener con qué vivir: y con el derrotismo por horizonte había continuado el camino de su vida, hasta aquella mañana en que el destino le había deparado la más imborrable de las sorpresas.

— Yo me llamo Juan Carlos — dijo tímidamente a manera de presentación.

— Yo Solange.

- Yo Hortensia.

— Yo Araceli.

Juan Carlos sintió vibrar ese nombre en su interior como una onda magnética, como un fluido que inundara todo su ser, sus nervios, su sangre, su cerebro y lo poseyera, demoleedor e insaciable.

Araceli era la dueña de aquella voz magnífica. Contempló de lleno a sus discípulas y comprobó que aquellas amables palabras no podían pertenecer a otra boca.

Araceli tiene el cabello y los ojos negros, la tez blanca; el rostro casi ovalado, ostenta las místicas perfecciones de una virgen de Rafaello o de Sandro Boticelli.

Cuando sonríe, la sonrisa es como un soplo de luz que derrama una gracia fresca y esplendorosa.

¡Cuan difícil es no mirarla! ¡Cuan imposible no adorar aquel rostro angelical, dulcísimo! ¡Cuánta armonía hay entre ese rostro y esa voz suave, ligeramente ronca, pero fresca, como una caricia, como el murmullo plácido de un agua generosa!

Su voz, es como un beso casto a los oídos. Como una escala donde las notas graves, tiernas y melancólicas, conjuntan con su timbre diamantino la sublime melodía de las palabras.

¡Cómo huir de la droga esclavizante que arrastra hacia esos ojos! ¡Cómo no perderse entre las acerinas insondables y enigmáticas de aquellas pupilas!... ¡Cómo resistir a la potente tentación de hundirse en el negro océano de los cabellos, que son como una invitación irrefrenable a la caricia!

Araceli tiene el cabello y los ojos negros. El cuello, que descubre el alabastrino perfil de una línea clásica, es delicado como el tallo de una flor espléndida. Sus senos pequeños, cual pájaros asustadizos, se refugian bajo el escote de la blusa blanca, altivos y soberbios.

Araceli tiene el cabello y los ojos negros. . .

Hay en su caminar algo de música, de ritmo suave, de sutil ondulación: en el balanceo de sus caderas la magia de un arrullo, en la aristocracia de sus manos un dejo de reina; y en el pie pequeño y delicado, el soplo de la fragilidad de un pájaro cuando se posa sobre una ramita débil.

Araceli tiene el cabello y los ojos negros. . .

Se repitió mentalmente Juan Carlos. Su alma de poeta, su espíritu de artista, soñador y volátil, había despertado; la cuerda sutil de su honda sensibilidad hacia la belleza, trinando con la alegre persistencia de una campanita de plata.

Y así, hipnotizado bajo el poderoso influjo de ese torrente devastador, portentoso, que emanaba de la dicha sin nombre de contemplarla, impartió su primera clase.

No viene al caso recordar acerca de que, o sobre quién: baste decir que el insignificante muchacho mal vestido, con un raído traje negro, cautivó al momento con su verbo fácil y elocuente a su indisciplinado auditorio.

¡Y el ave del amor batió sus alas, sumiéndole en el lago de una desconocida felicidad!

-4-

Al mediodía el verano arroja su vaho cálido, que amortigua con indulgencia el vientecillo que proviene de la fresca cordillera, coronada con su perenne penacho blanco.

En el pueblo, distante un kilómetro del colegio, las alumnas externas se sientan alrededor de las mesas de una sencilla nevería

Cargadas de libros y cuadernos, y con los dedos manchados de tinta, comentan entre bromas los acontecimientos que las entusiasman: las fiestas, el cine, los pololos. El helado de vainilla y los refrescos dan nuevos impulsos a la conversación.

Aquella tarde la complacencia bonachona de Sor María del Rosario, o algún pequeño soborno ofrecido en secreto a José el portero, permitía a las internas compartir la animada charla. Arabella, con grandes aspavientos de profunda conocedora y seguramente la más aficionada al cine, refería atropelladamente una película a sus compañeras enclaustradas, quienes salían de tarde en tarde con sus familiares y muy rara vez asistían a un espectáculo: Lorena, la pelirroja, corregía de vez en cuando los detalles confusos u omitidos.

Juan Carlos, quien volvía de clases, detuvo sus pasos frente al grupo.

— Buenas tardes señoritas - saludó comedido — ¿Hace mucho calor, verdad?

— ¡Vaya! el nuevo maestro! -Respondió alegremente Solange.

— Seguramente aceptará acompañarnos a beber un refresco —propuso Violeta.

Juan Carlos buscó con ansiedad un rostro.

— Araceli no tardará —aseguró Raquel maliciosa.

— Por lo visto hay asamblea de todo el grupo —dijo Juan Carlos, tratando de ignorar a su observadora discípula.

— Siéntate aquí — invitó Lorena con una encantadora sonrisa —. Tendrás que acostumbrarte a que te hablemos de *tú* cuando estemos fuera de clase.

— Por mí, encantado — concedió el aludido.

— Aquí no tiene autoridad Sor Asunción, a no ser que alguien le vaya con el chisme... —agregó mirando de reojo a Angélica.

Juan Carlos bebía a pequeños sorbos un refresco de frutas, mientras en una de las mesas vecinas un grupo festejaba entre espontáneas carcajadas a Solange que le había dado por representar una grotesca imitación de Sor Asunción

— ¡Señoritas!. . . ¡Esos no son libros adecuados para una muchacha católica!

Las alumnas prorrumpieron en exclamaciones cuando la muchacha se puso unos viejos anteojos remedando la mirada medio estrabica de la directora.

Las alumnas se fueron olvidando poco a poco de su joven maestro. Juan Carlos a su vez se encerró en sus pensamientos, que parecían converger al fondo de su vaso.

Apenas se enteró de que la animosa charla se había tornado más seria: del grupo que tanto reía y escandalizaba, sólo quedaba un murmullo. Solange se acercó cautelosa, susurrándole cerca del oído:

— Le veo preocupado. ¿Está triste?

— ¿Tú no me tuteas? —le preguntó Juan Carlos.

— ¡Yo no soy Araceli!

— ¿Araceli? ¡Que ocurrencia! ¿Y por qué solamente ella? Todas las demás compañeras han decidido tutearme, fuera del colegio naturalmente. Yo prefiero ese trato, sin formalismos. . .

— Araceli es una aristócrata; su padre tiene fondos y van a Europa como ir a la esquina, viven en una residencia de cuento de hadas por el barrio alto; y creo que tienen otra mansión más en Valparaíso, tal vez este año cuando ella salga de vacaciones viajará a París o a Londres. Seguramente que me escribirá.

— ¿Por qué me dices eso? —interrogó Juan Carlos.

— Porque es mi amiga y la conozco mejor que usted. Es muy buena chica, a pesar de pertenecer a una familia de ricos.

Juan Carlos no aventuró ningún comentario, se concretó a mirar fijamente a su confidente quien le sonrió con simpatía; ella para romper el silencio embarazoso indagó:

— ¿Y usted escribe mucho?

— A veces, es casi doloroso hacerlo —respondió como apenado de reconocerlo.

— ¿Qué es doloroso maestro? —interpeló la voz esperada.

Sintió de pronto la tibia presión de aquella manecita: suave, frágil, impregnada de ese sudor perfumado de adolescente, que va a alojarse entre los pliegues de un pañuelo ajado y descolorido.

— ¡Hola Araceli! — Saludó el mentor con entusiasmo— ¿Querrá usted refrescarse, verdad?

— Aquí todos se hablan de tú —aclaró sentándose la recién llegada— acepto, si me invitas.

Juan Carlos se sintió feliz de tener a su lado, por vez primera, a aquella divina mujercita, que oscilaba candorosamente entre la crisálida y la mariposa.

Respiró dichoso el aliento de aquella boca, conmoviéndose hasta desfallecer por el ansia insondable de besar aquellos labios de virgen prohibida, cuanto más imposible, más deseada.

Solange, con refinada discreción, se acomodó con el resto de sus compañeras, intentando distraerlas con su charla. Juan Carlos agradeció esa pequeña complicidad, sorprendiéndose de que intuyera, lo que él presumía, eran sus ocultos sentimientos.---
-Es la primera vez que imparto clase y francamente nunca sospeché que pudiera parecerme tan interesante- explicaba con visible esfuerzo, como temiendo no hallar las palabras adecuadas.

-Araceli le escuchaba embelesada, ansiosa de saber como era la vida del mentor.; y él encantado se explayaba contand como le había nacido esa pasión por contar historias de vidas ajenas y escribir versos.

¡Ah!, el amor es un azúcar que todo lo endulza. Es una flor que todo lo perfuma.

¡Una luz que todo lo ilumina! Hablaron casi una hora.

Las alumnas fueron desfilando, mientras la conversación que al principio pugnaba por improvisarse, ahora fluía fácil, generosa, como las aguas de una catarata transparente donde las palabras fueran gotas de cristal.

Solange se volvió hacia su amiga advirtiéndole:

— ¿Nos vamos? Creo que está por terminar la siesta de Sor Asunción.

Juan Carlos las vio alejarse, apretó el puño de su mano, como si quisiera atesorar dentro la ventura inmensa del sólo roce de aquellos dedos, el perfume de una piel tersa.

Llevaba en su memoria cada palabra cada gesto, cada reacción, cada movimiento, incluso el más delicado e imperceptible, de aquella a quien amaba ya con todas las fuerzas de su juventud, de su alma, de su pensamiento.

Miró con devoción fetichista el vaso en que ella había bebido unos minutos antes. En aquel objeto inanimado, frágil, intrascendente, fabricado en serie para un uso cotidiano, ella, la dilecta, había posado sus labios; y Juan Carlos tuvo envidia, o más bien conoció la envidia hacia esa materia inerte que no se estremecía al contacto de aquella boca, ni podía agradecer el don de semejante felicidad.

Se levantó de la mesa, pagó el modesto consumo y abandonó la nevería. Mientras caminaba, le pareció que todo alrededor: el cielo, el sol. la tarde policroma, el pueblecillo risueño, aquella profusión de primavera esmeralda y voluptuosa, derrochaban mil mágicos encantamientos para dar marco a su primera hora de amor.

-5-

En las primeras horas intermedias entre clase y clase. Juan Carlos va a refugiarse en un paradisiaco rincón del huerto, situado detrás del edificio.

Es casi como un mundo aparte, descuidado y silvestre, con sus enormes árboles nunca recortados y su eterna alfombra de hojas jamás barridas. *El retiro* como le han bautizado, ofrece un abierto contraste con el jardín simétrico, donde cada planta arranca un elogio al jardinero.

Por *El retiro* pasa un pequeño arroyo, sus árboles frutales, verdadero edén para las pequeñas alumnas de básica, quienes han saboreado con las delicias de la fruta verde, los cólicos que casi siempre se rematan con las cucharadas de un purgante bienhechor, tras del cual Sor Asunción agrega un larguísimo sermón sazonado con los hechos y palabras de la vida de algún santo; y finalmente una buena dosis de rezos romo castigo, por incurrir en los dobles y horribles pecados de la desobediencia y de la gula.

Pero Juan Carlos mira desdeñosamente los tentadores frutos. Busca la sombra del árbol más frondoso y allí cada día, antes de entrar a las aulas, cuenta los latidos de su corazón, mira impaciente el reloj que le parece que no camina, midiendo por anticipado el gozo de volver a verla.

A veces le pregunta algo distraídamente, eludiendo mirarla, con la mirada vacilante, puesta en el jardín, en la ventana o en la imagen del Sagrado Corazón que preside la clase, pero realmente fija en ella. Otras, la contempla desde su asiento mientras habla de Lope de Vega, de Balzac, de Gabriel D'Anunzio o de Sthendal.

Una vez ha pedido a la discípula preferida que lea unos versos de Gabriela Mistral, luego, cuando ella ha concluido el poema, él se ha quedado unos instantes mudo, luchando por hablar, esforzándose por ocultar su turbación a la mirada escrutadora de Solange, al final ha solicitado a las alumnas que escriban un relato sobre algo que las haya impresionado particularmente, un buen pretexto para dejar de hablar y no delatarse con una voz insegura.

La composición de cada alumna es la mejor muestra de su carácter. Blanca habla de un desfile de modas, al que seguramente no ha asistido, Arabella cuenta anécdotas sobre un famoso actor de cine, Angélica se declara incapaz hasta de redactar una carta, Araceli habla con palabras sencillas de una muchacha muy joven, huérfana de madre y que tiene a su cuidado cuatro hermanos más pequeños a quienes debe enseñar, vestir, educar y cuidar, ocupada en representar el papel de la madre ausente. Un día, el padre, que es un buen hombre, cansado de evocar a la esposa muerta, intenta casarse, pero su futura le exige como condición vivir separados de sus hijos, con quienes no desea tener problemas, pues los considera mal educados por haber vivido siempre *a la buena de Dios*. Al principio, el padre está indeciso, pero como quiere a su prometida, termina cediendo a sus exigencias, entonces los chicos son repartidos en los internados, y sólo uno será recibido por su abuela materna.

Juan Carlos celebra interiormente el resultado de esa primera experiencia literaria, pero teme declarar ante toda la clase que la mejor calificación corresponde a Araceli.

Las alumnas leen sus trabajos en voz alta. Solange adivina como siempre el deseo de su profesor y propicia el desenlace:

— Yo pienso que la mejor nota debe corresponder a Araceli. —Declara.

— En efecto —agrega triunfal Juan Carlos—. Es el relato más humano, más expresivo. Eso es lo que cuenta al final en Literatura. Las palabras son sólo un ropaje vistoso y aunque sean bellas y externen correctamente las ideas, son huecas si no guardan sentimientos nobles y sinceros. Nuestros sentimientos —afirma Juan Carlos— son nuestro verdadero valor. ¿Qué importa que seamos pobres o ricos, sabios o ignorantes, creyentes o ateos, si no somos capaces de sentir, de ofrecer amor, y de apreciarlo y agradecerlo plenamente cuando lo recibimos?

Araceli le mira profundamente. En sus ojos negros vibra una irradiación extraña cuando pregunta:

— ¿Aunque ese amor obligue a un sacrificio muy grande?

— Si tenemos capacidad de amar mucho, podremos sufrir mucho. . . —responde Juan Carlos.

— Pues bien —afirma Araceli— ¡Yo soy la joven del relato!

Juan Carlos ya no tiene valor para ponderar los méritos literarios de su alumna, la campana viene a salvarlos a todos.

Angélica protesta:

— Dice el primer mandamiento que debemos amar a Dios sobre todas las personas y las cosas.

Nadie le hace caso. Las alumnas salen del salón de clase atropelladamente y riendo.

Juan Carlos le contesta casi a gritos:

—Una vez Dios se valió de un hombre llamado Jesús para conseguir que le amásemos. Dios está en cada uno de nosotros, y amando a una de sus criaturas, que son Su obra, también le amamos a Él.

-6-

En *El retiro* Juan Carlos vuelve a leer el relato de Araceli. No percibe cuando unos pies suaves trituran como una caricia las hojas muertas, una figura esbelta, delicada, no muy elevada pero muy femenina, aparece resplandeciente en el verde escenario de las arboledas. Juan Carlos tiene aún en sus manos el triste relato de la bien amada. Se miran. Al verse sorprendido pensando en ella, triste por la suerte de aquella joven que él había imaginado feliz, entre el lujo y los caprichos colmados, sólo acierta a exclamar:

— ¡Lo siento! No sabía que fueras tú.

Ella sonríe, mirándole con una ternura infinita, que acentúa el majestuoso esplendor de su belleza.

Y ambos se toman de las manos.

-7-

Llueve. Gruesas gotas de lluvia golpean insistentes los cristales emplomados del comedor. En la mesa del centro Sor Asunción, Sor María del Rosario y las demás monjas y maestros presiden el almuerzo: carbonada, cazuela de ave y queso.

Juan Carlos ha quedado silencioso, paulatinamente se ha dejado inundar por una tristeza lánguida y dulzona, camarada insustituible de todos los amores imposibles.

Su corazón, propicio a las emociones de la juventud, se abrió al misterio irrevelado de ese envenenamiento cautivador, doloroso y absorbente, germen de todos los estremecimientos, hacedor de todas las angustias, que han dado en llamar amor.

Hace días ha notado esquivas, casi cortantes, a su Araceli, apenas si le responde lo indispensable a la hora de clase.

Juan Carlos rememora, con el pesar que se anhela las cosas idas, aquellos días de primavera, cuando él se perdía entre la elocuencia de su cátedra y poco a poco, al ir supliendo los tecnicismos con la pasión del artista, la retórica con el lirismo genial que bullía en él, Araceli se iba rindiendo al efluvio devorador de su palabra y le seguía con los ojos como hechizada, absorta en la magnética prisión de su idealismo.

Después, Juan Carlos había esperado en vano la felicidad de volver a verla en la nevería, en el acogedor rincón del huerto, en los corredores; Araceli se ocultaba de sus miradas y cuando se encontraban casualmente, pasaba cerca de él sin hablarle y acaso sin mirarlo.

Juan Carlos desolado devoraba libros sin entenderlos, buscando ahogar en el opio de la lectura sus temores; entonces comenzaba a intuir, con un sentimiento no exento de temor, que estaba condenado a vivir pensando en ella, amándola sin tregua ni fin, sin esperanza que alimentar y sin mañana por qué vivir, Entre tan grises pensamientos su espíritu de hombre libre se sublevaba, el punzante alfiler de la cordura lanzaba inclemente sus primeros picotazos, sobre un alma inquieta habituada a las insospechadas alturas de la fantasía.

Él, incapaz de sujetarse ni siquiera a los más simples convencionalismos de la religión, de aquella fe heredada por sus padres, y aún respetada por sus maestros laicos de la universidad, quedaba al capricho, a la merced de una jovencita, quizá más voluntariosa que cruel, pero a la que no tenía ningún derecho, ni por lo menos el de esperar que algún día fuera plenamente correspondida su amistad.

Sospechó que tal vez Araceli atravesaba por uno de esos períodos difíciles de la adolescencia, en que el abandono o la indiferencia son la nota predominante y como se hubiera percatado que Araceli estaba silenciosa imaginó que podía estar enferma, o tal vez y lo admitió casi con horror, la muchacha empezaba a enfadarse con su clase, con su trato y no se atrevía a demostrarle abiertamente que decidía evitar el progreso de aquella amistad inocente, pero que el mismo Juan Carlos consideraba peligrosa.

Le embargó el espanto de sólo suponer el que Sor Asunción se llegara a enterar de aquella predilección obsesiva que le atormentaba.

Una vez en el comedor, sin poderlo evitar, desvió la mirada hacia la joven, que se llevaba a la boca trocitos muy pequeños de legumbre. A su lado el semblante bondadoso de Sor María del Socorro le tranquilizó, siempre le sonreía y hasta la creyó capaz de haberle advertido si anduviera cerca de un peligro serio... ¡Pero era una monja! Además ¿En que colegio respetable puede verse al menos con magnanimidad que un maestro se enamore de una alumna? Juan Carlos palideció ante la idea. Estaba irremisiblemente perdido en un espejismo en el que no debió haber caído nunca, sintió que la vergüenza le invadía hasta la misma raíz de los cabellos.

En la hora de los postres se permitía la conversación en voz alta de las alumnas. Sor Asunción se había retirado a sus habituales menesteres de monja, bifurcados en rezos, lectura del Antiguo y Nuevo Testamento, o tal vez en cualquiera de esos libros del más romántico de los místicos, San Juan de la Cruz, o de *La imitación de Cristo* de Tomás de Kemis..

Juan Carlos entristecido por tan lúgubres pensamientos no había probado nada.

Un grupo de internas seguidas de Solange abandonaban la mesa, la perspicaz jovencita al encontrarse cara a cara con su maestro objetó:

-Hoy no ha comido usted nada, como siga por ese camino va a empeorar.

Y como se percatara que Araceli permanecía silenciosa y en apariencia indiferente, la llamó obligándola a volverse

-Araceli ¿Qué hacías a tus hermanos cuando se negaban a comer?

Araceli no respondió volvió ligeramente la cabeza y descubrió la comida intacta de aquel muchacho melancólico, obstinado en esconderle los ojos, y como si en un instante hubiera intentado disculpar su mutismo, como si en un repentino impulso hubiese roto el dique caudaloso de su ternura, y se hubiese percatado del dominio que ejercían sus palabras en el ánimo del joven, a quién adivinaba intensamente desventurado, le susurró al oído con su voz cautivadora, subyugante y dulce, aunque un poquito ronca:

-Come por favor. ¡Yo te lo ruego!

Araceli abandonó el comedor en compañía de su amiga inseparable.

Juan Carlos no dijo una palabra, pero empezó a consumir su comida fría.

-8-

En su cumpleaños Sor Asunción con auténtico espíritu franciscano, ha solicitado a las alumnas abstenerse de ofrecerle cualquier regalo, que no podría aceptar de ninguna manera, pero en cambio, las ha exhortado a escuchar misa con devoción elevando a Dios sus oraciones quién *sólo es una pobre pecadora*, concepto que avala casi todo el alumnado, incluyendo a la alegre Solange que ha estado muy de acuerdo.

A la misa, que se ha celebrado por la noche, después del acostumbrado rosario, ha seguido una reunión informal, en que la amable insistencia de *Sorbuena*, reiterando que las niñas han pedido de todo corazón por su superiora, ha quebrantado la terquedad de Sor Asunción, quién ha accedido finalmente, entre exclamaciones de júbilo de las muchachas pregonando deseos de que viva muchos años, anhelo reiterado por las monjas; de compartir una enorme torta, adornada nada menos que con cincuenta y nueve velitas.

Recargado sobre una columna del corredor, adornado por dos macetones, Juan Carlos come una porción de la torta del festejado aniversario. Araceli, a unos pasos de él, reparte raciones a sus compañeras más pequeñas, que se han llenado las mejillas de la empalagosa pasta. La joven las reprende con dulzura, advirtiéndoles que deben tener más cuidado, y Juan Carlos sonríe ante aquel cuadro familiar que su imaginación trasforma convirtiendo a su linda alumna en una tierna madre inclinada sobre sus hijos pequeños.

Solange aparentemente atareada en llenar las tazas de aromático chocolate, halla tiempo para preguntar al maestro con bonachona malicia:

-¿Qué le pareció nuestra obra maestra de repostería? – Y sin darle tiempo a responderle agrega- salió exquisita ¿Verdad? Araceli y las demás muchachas me ayudaron... pero yo las dirigí: un poco más de esto, o de lo otro, hay que batir bien la masa, y las pasas, y las nueces... Sor Asunción ha comido ya dos porciones y ahora se desquita de sus famosos ayunos con la tercera. Usted también deseará otra más ¿No es así?

-Comeré otra rebanada –acepta el maestro alegremente.

-Por lo visto le agradan mucho los pasteles al señor goloso... -comenta Araceli.

-Y mucho más cuando hay algo tuyo en ellos –responde galante Juan Carlos recibiendo una nueva porción con verdadero placer- todo cuanto haces tú me gusta.

Araceli se puso seria mientras una ola de rubor coloreaba sus mejillas; Juan Carlos supuso que había ido demasiado lejos, y se sintió repentinamente desarmado, pero Solange intervino en su ayuda.

— ¿Por qué no se van a platicar a otro lado? —sugirió con despreocupada afectación.
 El joven le dirigió una mirada suplicante.
 —Yo. . . yo quisiera darle algo mío, que he traído para usted.
 Araceli dudó.
 - ¿Y no puede ser aquí?
 - Si pudiera hablarle a solas. . . —insistió esperanzado.
 — ¿Y si se entera Sor Asunción? —interrogó asustada Araceli.
 — ¿Y yo para qué estoy? —preguntó Solange— y además ¿Quién se va a ocupar de ustedes?... ¡Dentro de poco vamos a conseguir que bailen hasta las monjas!
 — Bien, nos veremos en *El retiro* —concedió Araceli— dentro de un cuarto de hora. Y se escurrió entre las chiquitinas, que reclamaban insaciables más trozos de torta.
 Un coro de muchachas, desafinadas unas y a destiempo otras, entonaron una canción en homenaje de la festejada. Sor María del Rosario intentó al principio concertarlas, moviendo con exageración los brazos, pero cuando su compás consiguió unir las voces la melodía había terminado. Las muchachas prefirieron burlarse de su pésima ejecución, pero al rato, cuando las alumnas del tercero comenzaron a entonar una vieja canción sentimental y triste, las voces se fueron acoplando milagrosamente, poniendo en la tarde el halo fresco de la dorada juventud.

-9-

Unos pies pequeños rozaron la calzada de piedras brillantes a la luz de la luna y el agua del arroyo que parecía traer el eco del coro y las risas lejanas, calló, incrustando su débil murmullo en el azulado paisaje de la noche.
 — ¡Araceli! —exclamó Juan Carlos ebrio de dicha—. No pensé, en serio, que vinieras ¡Qué alegría estar unos instantes juntos!
 — Y precisamente aquí ¿verdad? en *El retiro*. . . donde suelo venir a estudiar.
 — Yo también busco este rincón, pero no podría aprender nada. ¡Es demasiado bello! Prefiero ponerme a soñar. . .
 — ¡Qué grato!
 — Más bien, a pensar en los sueños. Eso nadie puede quitártelo, nadie puede prohibirlo.
 - ¿Y qué ves en esos sueños?
 — Te miro a ti, largamente. Es como si de pronto yo pudiera detener el tiempo donde estás tú.
 — ¡Juan Carlos! —replicó Araceli— Mejor no sueñes —y luego, con un débil intento de refugiarse en él, agregó— ¡Yo tengo tanto miedo de soñar!...
 — Es lo único que nos pertenece. Mira —y le alargó un libro— aquí he escrito mis sueños, este será mi primer libro de versos, los que me han salido mejor, creo yo, quisiera dártelos, se trata de algo. . . muy personal.
 — ¡Es demasiado pronto! —objetó Araceli.
 — ¿Pronto? ¿Por qué?
 — Quién sabe si volveremos a vernos. El curso va a terminar. Yo pienso que uno debe dar algo tan. . . tan personal, como tú has dicho, después de mucho tiempo de ser fiel a lo que quieres.
 — Entonces, ¿Tú no me darías nada ahora?
 —No es eso, pero preferiría estar segura de que tus sentimientos serán perennes.
 — ¿Entonces mis versos? ¿Aceptarás mis versos?
 — ¡Oh sí! ¿Por qué no habría de quererlos? Y te lo agradezco mucho, te prometo que voy a venir aquí a leerlos muchas veces.
 — Gracias Araceli, yo también vendré aquí muchas veces.
 — Entonces, sólo hay que decimos hasta pronto. —Y le ofreció su mano pequeña—. Ahora tengo que dejarte, pueden notar que no estamos allá y tengo miedo de Angélica.
 Juan Carlos, sin dejar de estrecharle la mano, quiso atraerla hacia sí, pero ella se resistió. Con pesar infinito le soltó la mano y susurró apenado:
 — ¡Perdóname!
 Entonces ella se volvió y tomándole la cabeza, puso un beso en su frente: corto, fugaz, pero inmensamente apasionado: v se alejó corriendo entre los árboles como una gacela asustada de su audacia.

-10-

Es sábado por la mañana. Desde temprana hora un desacostumbrado ajeteo, una excitación que se traduce en un ir y venir, en maletas que se cierran, en ropa que se cepilla y zapatos que se lustran; denota que es día de salida.
 Las alumnas internas pasarán el fin de semana en la casa paterna para retornar hasta el domingo por la noche. Algunas han desayunado de prisa, y han escuchado misa sin devoción —una misa que no vale— al decir de Sor Asunción, ocupadas en peinarse, en platicarse unas a otras el paseo proyectado, la cena con los padres o la sesión de cine en compañía del muchacho guapo. Han sonado las diez.
 Juan Carlos a quien horroriza cada día más la idea de dejar transcurrir sábado y domingo sin mirar por lo menos a Araceli, encuentra un buen pretexto para presentarse en el colegio: preparar los cuestionarios de los exámenes semestrales. Desde que Araceli le dio aquel furtivo beso en la frente, no cabe de gozo; la idea de que no le es absolutamente indiferente a la

muchacha, bulle en su cerebro trastornándole. Ahora, pese a su carácter introvertido, se ha tornado más amable, más comedido y aunque continúa vistiendo su ropa sencilla, usa corbatas de colores vivos. Todo en él revela optimismo, alegría de vivir, encuentra en cada alumna dotes geniales para la literatura y no deja de proclamar en cada clase que la vida es hermosa y nunca debe uno abatirse.

¡Qué lejos han quedado sus crisis de aguda melancolía!

Por su parte Araceli no ha mencionado para nada el libro de versos. A veces Juan Carlos la encuentra seria, fría, encerrada en un mutismo que lo inquieta momentáneamente, pero poco a poco, la delicadeza de aquel aprendiz de poeta la conmueve y vuelve a aparecer en su rostro aquella sonrisa que hace estallar de gozo el inquieto corazón del enamorado.

Esa mañana, Juan Carlos cargado de libros y cuadernos se topó con ella en los corredores.

-¡Hola! Buenos días. ¿Qué viento te trae hoy por aquí? —Pregunta la joven.

—Ya lo ves, la escuela cada día me gusta más... mientras tú vas a divertirme, yo en cambio debo trabajar —declara en tono de amable reproche a su discípula, quién luce ataviada con un vestido dominguero que la hace aparentar mayor.

Sor María del Rosario viene en busca de Araceli. —Acaba de telefonar tu papá. Un negocio muy importante le impide venir por ti, como te lo había prometido. Araceli palidece.

—No importa. Saldré otro día —responde— pero en sus palabras hay un profundo dejo de amargura.

Juan Carlos, quien se hubiese contentado con mirarla unos minutos, advierte la ocasión de pasar la mañana cerca de la joven y le pregunta:

—¿Querría usted ayudarme a preparar mis exámenes?

Sor María del Rosario interviene ingenua:

— En serio, puede usted confiar en ella. No revelará a sus compañeras las respuestas correctas del cuestionario.

La monja se marcha y Juan Carlos echa mano de todo su valor para murmurarle al oído:

— No sabes cómo lo siento. Comprendo que te mueres por estar un día con los tuyos. Yo también sé lo que es eso.

— ¿Usted? —interroga incrédula la muchacha—. Al menos puede entrar y salir de aquí cuando quiera.

— Pero yo sólo encuentro en este sitio la felicidad, porque aquí estás tú, en cambio cuando llegan el sábado y el domingo, aunque sólo son dos días. . .

— ¿Qué haces entonces? —pregunta conmovida Araceli.

— Trabajo, leo, me aferró a pensar en algo, de modo que el tener la mente ocupada sea una tabla de salvación. A veces, camino, atravieso Santiago, como si buscara que las horas huyeran y pronto volviera a ser lunes y entonces pueda volver a verte. Araceli le escuchaba con la cabeza baja. Abismada en la profunda decepción que la inconstancia de su padre le causa, apenas oye las palabras de Juan Carlos que lucha en vano por consolarla:

— A veces uno quiere creer que la vida es bella ¡Y hasta logra hacerse el propósito de verla así! Pero cuando miras sufrir a quien quieres, eso es superior a tus fuerzas —Replica ella.

Sor María del Rosario vuelve a aparecer.

— Araceli, decididamente tienes suerte. Un joven muy amable ha venido a preguntar por ti, de parte de tus tíos...

El rostro triste y compungido de la chica, se iluminó con la más ancha sonrisa.

— Gracias Sor María del Rosario, sabía que no me olvidarían. ¡Voy corriendo por mis cosas! La monja ofreció comedida:

— Si desea, yo la ayudaré a preparar sus exámenes, maestro. — Y se marchó.

Juan Carlos se quedó unos instantes mudo, oscilando entre la tristeza de perder la ansiada compañía de la muchacha y sus deseos de no ser egoísta y alegrarse de que al fin se divertiera.

Araceli le sacó de sus cavilaciones:

— Ya lo ves, la vida no es tan mala. La pasaré bien. Claro que no podré ayudarte, lo siento en verdad. . . Ve al huerto donde nos vimos la última vez, es más acogedor que la biblioteca.

Juan Carlos ensayó algo que se parecía a una sonrisa.

— ¡Adiós! Que te diviertas mucho.

La vio ir por su maleta y salir apresurada.

Una idea funesta cruzó por su mente atormentándole como un hierro al rojo vivo.

— ¿Quién era ese joven? — El fantasma gris de los celos, paseó su horror lacerante por la selva embrollada de sus pensamientos; luego la aguja helada y aguda de la razón se revolvió en sus entrañas con saña inaudita: — ¿Quién era él? ¿Qué podía realmente esperar? Sintió desplomarse en un momento toda su ansia de vivir, como un espejo que cae y que se estrella y en el que se hubieran reflejado los anhelos y los sueños.

Un día, Araceli se marcharía del colegio, tendría novio, se casaría. . . y él. . . ¡Nunca volverá a verla!

Hundido en su desesperación muda y calcinante, se encaminó hacia el cobijo bienhechor de *El retiro*, cuando ya las lágrimas le quemaban las mejillas.

Es domingo, Sor Asunción se ha retirado unos días a unos ejercicios misteriosos y Sor María del Rosario ha asumido provisionalmente las funciones de directora.

¿Por qué no dejar un día el comedor, oscuro y frío, con su formalismo, sus mosaicos negros y blancos desgastados y brillantes, sus mesas largas, su olor a puchero grasoso y su vajilla despostillada?

Un día, por lo menos, comer bajo los árboles, sin tener que formarse y rezar de pie, antes del primer sorbo de sopa. Las alumnas mayores convencen a *Sorbuena* sin dificultades.

Desde temprano, y a pesar de que ya comenzó a sentirse un poco de frío, las chicas van y vienen ayudadas por las dos cocineras, improvisando cestas con pan caliente, queso, empanadas de pino, otras, las más pudientes, van hasta la tienda vecina en busca de la provisión que no hay en la despensa: jamón, paletas y dulces.

Unas chicas consiguen prestada una guitarra y entre exclamaciones y risas todas se disponen a disfrutar un día de campo.

Sorbuena les recomienda no separarse del grupo y se emprende la marcha no sin antes prometer las excursionistas ser obedientes y formales.

El Cajón del Maipo, no es tan distante cuando las piernas son jóvenes y vigorosas. La mañana es fresca y alegre. El sol tímido calienta el paraje elegido: un claro entre un pequeño bosque de pinos.

Las alumnas dejan las cestas sobre el césped y en grupos juegan con pelotas, corren, gritan, mientras *Sorbuena* ayudada por Araceli y Solange se empeñan en preparar el almuerzo campestre.

Las de segundo encienden fuego, otras buscan agua en un arroyuelo cercano y algunas más se encargan de preparar café, tres o cuatro niñas tienden los manteles y otras van por pequeños trozos de leña.

Juan Carlos no puede faltar. Aloja en su semblante una huella sombría, pero sabe que Araceli ha concurrido al que promete ser un delicioso paseo y llega jadeante y sudoroso. Seguramente al no encontrar a sus alumnas en el colegio, ha decidido buscarlas por su cuenta y ha debido tomar camino

— ¡Hurra por el maestro!...— propone Solange al verle llegar.

— ¡Hurra!...— responden en coro cien voces alegremente. —Pensamos que ya no vendría —le dice *Sorbuena* a modo de saludo.

— Disculpe el retardo madre. Aquí me tiene, si en algo puedo ayudar.

Araceli se vuelve y con desenvuelta picardía le dice:

— Hay que conseguir agua y leña, prender fuego y hacer café, asar carne, cocer huevos y servir las raciones, de otro modo unas comerán todo y otras no alcanzarán nada.. .

Juan Carlos contempla complacido las mejillas sonrosadas de Araceli.

— Te sienta el campo Araceli. . . -le dice.

Y hay en su voz tanta dulzura que la muchacha se pone aún más encarnada. El joven se queda ahí cerca de ella, silencioso, absorto, contemplándola fascinado, como en un trance místico, en que la presencia de la amada le colma tanto de ventura que ya no desea hablar, ¡Sólo mirarla! ¡Sólo estar cerca a su lado!, respirando el aire frío de las cumbres andinas que ella también respira y anhelando, secretamente, ser ese aire que absorbe su naricita de princesa y penetra en sus pulmones y alimenta ese cuerpecito frágil semejante a una frágil estatua de porcelana.

Araceli está reclinada colocando en un platito fruta, queso y una apetitosa tajada de carne, no olvida poner también un trozo de pan crujiente y una servilleta blanca y almidonada. Ha arreglado todo con tanta gracia que el frugal almuerzo aparenta ser un banquete; luego, con una franca sonrisa se lo ofrece a Juan Carlos y lejos de los oídos de la monja y de sus compañeras, con su voz un poquito ronca y melodiosa, le susurra: — ¡Para ti!

Juan Carlos toma el plato y por segunda vez vuelve a entreabrir las puertas de un edén desconocido: más bello, más humano, que esos paraísos desabridos de que hablan delirantes las religiones afanosas de prometer para el futuro, lo que la realidad niega en el presente.

En aquella hora olvida que le ha tendido el plato una señorita de la aristocracia, que él es sólo un pobre maestro, un aspirante a escritor prematuramente frustrado, humilde, inútil, incapaz siquiera de insinuar cabalmente lo que su corazón siente por ella, pero dotado de una sensibilidad desbordante, de una imaginación fértil que trastrueca la realidad por los sueños y alimenta de fantasías su vida gris, y entonces, con los ojos del alma que no precisan de los objetos para verlos, la imagina en su casa —es decir, en la casa que todos ambicionamos un día poseer— y que él quisiera poder ofrecerle, donde ella le alcanzara cada día el alimento indispensable para vivir ¡Para vivir por y para ella! Y entonces se imagina al caer el día, llegar al hogar y compartir la cena chilena con la dulce compañera: el oloroso churrasco, el caldo de machas o del bife a lo pobre, aderezando el almuerzo con besos, caricias, risas y murmullos, buscando estrecharla a cada momento, repitiéndole que la ama más que a su propia vida y que idolatra cada cadencia de su voz, cada arpegio de su risa... y luego brindar por su dicha y beber el vino con ella ¡Ese vino de Chile hecho de sol, viña y aire frío! y acariciar su cabello una eternidad de horas, de horas que no huirán porque se habrán quedado quietas, inmóviles, incandescentes en el sortilegio de lo nació para no irse.. Luego, Juan Carlos se figura el invierno, cubriendo los Andes de nieve lechosa y mientras que cae el blanquísimo confeti del ciclo, acurrucarse los dos, junto al calor de un buen fuego, él escribiéndole versos de amor, cada vez más apasionados, hasta agotar los adjetivos, en un constante homenaje salido de su corazón; ella tejiendo una bufanda de estambre para enrollarla en el cuello de su esposo, y ambos amándose, queriéndose más cada día, mirando pasar los años en espera de ir a disfrutar juntos la prometida eternidad de amor.

Acaso una noche él se quedará finalmente dormido sobre sus papeles, y otro día, cuando ella vaya a despertarle, él querrá leerle cada estrofa y recitarle con ademán grandilocuente el único final posible en sus poemas, el triunfo del amor.

— ¿Quiere más café maestro? — pregunta Solange — ¡Hágame caso por favor!

Juan Carlos no le contesta inmediatamente, pero en sus ojos húmedos relampaguea un lamento que conlleva algo de reproche.

¡Oh Dios! ¿Por qué permites que el hombre sueñe, si tiene que despertarse?

-12-

Juan Carlos se sentó a una señal imperativa de Sor Asunción; la monja alzó su faz encorvada a un culto maravilloso y terrible, que ostentaba la vigorosa caducidad de dos mil años.

-Usted apreciará la gravedad de los hechos ¡Nosotros no podemos tolerar que con el pretexto de la que según usted, es buena literatura, a las alumnas de les envenene con un libro atrevido y desvergonzado como es la *Ana Karenina*, de ese señor Tolstoi el cual por lo visto era muy aficionado a contar depravadas historias de adulterios.

-Es un autor cristiano madre en cuya obra abundan mensajes humanos de elevada moral...

-Tan cristiano que fue excomulgado por el Santo Sínodo... su novela *La Sonata a Kreutzer*...

—Es una defensa contra los peligros del matrimonio... ¿Y que decir de Resurrección y de sus obras con gran contenido religioso: *Mis confesiones y Los Evangelios*?

-No es el caso hacer un análisis de los disparates del ruso, este es un colegio católico y le advertí a usted claramente que se abstuviera de desviaciones...

-Madre, yo soy el primero en lamentarlo. Le aseguro a usted que será la última vez.

— Con ello puede usted contar.

Juan Carlos comprendió que su fin estaba próximo, y asumió una actitud digna que mal disimulaba su apremiante necesidad de aquel empleo miserable.

La monja levantó la voz.

—Cuando usted solicitó el puesto aceptó nuestras condiciones.

Juan Carlos engulle su enojo, tiene miedo de ser despedido inmediatamente y no volver a ver jamás a Araceli. En ese momento, le apremia la necesidad de explicarse, de disculparse, de pedir perdón.

—Le he llamado para exigir su renuncia y no negará usted que me asiste toda la razón.

Mañana, junto con la desgracia incomparable de no volver a verla, la miseria absoluta, el empeño de las cosas de valor, la visita obligada a los pocos parientes que aún le recibían, las explicaciones a los amigos, que daban más consejos que ayuda y sabían decir cien palabras sarcásticas por una bondadosa; luego, volvería a reiniciar ese peregrinaje de una oficina a otra, buscando un artículo que publicar en las revistas que nadie compra o deambulando en las antesalas de los jefes de redacción que están siempre muy ocupados para las plumas desconocidas, o peor aún, llenando solicitudes que nunca contestan los bancos, los almacenes, los despachos de los contables.

Juan Carlos vislumbró una salida exitosa: mostrarse humilde.

— Quién lo discute madre Usted siempre tiene la razón pero confío que no me negará el único derecho que aún me asiste: cumplir con mi responsabilidad hasta el final. Una vez que concluya el curso y entregue a usted los resultados de los exámenes, daré a usted las gracias y...

— ¿Tan pronto nos deja usted?— dijo el padre Javier entrando.

— ¡Bienvenido padre!— Saludó con una forzada sonrisa Sor Asunción, al par que besaba oficiosa la mano que el sacerdote le dejaba distraídamente.

— ¡Padre Javier! ¿Cómo está usted?— dijo levantándose Juan Carlos.

— Llegando a visitarles hijo mío. Pronto serán los exámenes y es costumbre que en las últimas semanas venga a rezar el rosario con ustedes y a decir algunas recomendaciones a nuestras muchachas, sobre todo a las que terminan y nos van a dejar definitivamente.

— Informé a su reverencia sobre el desagradable asunto del maestro: le explicaba que no es posible admitir. . .

— Madre superiora, ¿A qué recordar tan penoso incidente?

— Acepto la renuncia padre Javier, sólo que considero mi obligación terminar el curso por el bien de las alumnas. Una vez pasado el examen. . .

— Ya veremos hijo, ya veremos Para entonces ya todo se habrá olvidado. Usted es un joven que promete mucho, pero no debe desesperarse. ¡Tenga fe en Dios! Nunca le vemos en el rosario. ¿Se quedará usted hoy., verdad? ¡Eso le tranquilizará mucho! Vuelva a sus clases, y si el colegio no dispusiera de los fondos suficientes para ayudarlo en su situación, yo personalmente me encargaré de que usted mejore.

Juan Carlos estrechó con gratitud la mano del padre Javier, a él le debía no salir vergonzosamente del colegio ¡Y la suerte de volver a ver una vez tan siquiera a su Araceli!

El ambiente está perfumado de incienso en la capilla silenciosa. La última de las luces de la tarde revela tonos violáceos o naranjas, a través del cedazo luminoso de los vitrales con pretensiones góticas.

Las campanas han desgranado por tres ocasiones su alegre tintineo. Las lámparas, que acaban de ser encendidas, prestan suntuosidad al modesto altar sobre habrá de exponerse la inviolada custodia de oro adornada con piedras preciosas, que guarda el Divino Misterio.

El padre Javier oficia con capa dorada y aún en la sencillez de la ceremonia, se advierte el culto pomposo y solemne.

Juan Carlos llega con anticipación, tímido e inseguro.

Todavía no empieza el rosario.

Las alumnas pulcras y bien peinadas, aguardan silenciosas y reverentes y las hermanas, han adornado con enormes ramos de flores blancas el altar de la Virgen.

La alfombra roja, las luces encendidas, el latón lustroso, decepcionan un poco al joven maestro, que en aquellos momentos difíciles, hubiera preferido, un templo austero con sus paredes desnudas, y la sencilla lámpara votiva que chisporrotea, iluminando con su luz mezquina la estación de un Vía-crucis maltratado.

El mentor aparta los ojos, esa religión de dolor y de sangre, de renunciación y soledad, lejos de consolarle le aterra. Luego, tras de la breve reflexión, sus ojos buscan a Araceli, intentando hallarla entre el grupo de sus compañeras.

Las monjas y el sacerdote mientras tanto, musitan oraciones con los brazos extendidos, poseídos de un fervor místico.

Araceli temerosa de ser reprendida por su tardanza, entra de puntitas y se sitúa entre el grupo de niñas, a corta distancia de Juan Carlos.

El sacerdote concluye los rezos preliminares y se dispone a exponer el Santísimo. Sor María del Rosario inicia en el órgano una melodía dulzona que corean las alumnas a media voz.

En aquel instante en que el sacerdote toma la custodia con el paño de seda y la coloca a la adoración en el altar dorado,

Juan Carlos cree llegado el momento de un milagro. Se arrodilla reverente, al igual que los demás y se deja llevar por la magia del canto litúrgico, del que parecen desprenderse nubes olorosas de incienso, pero las imágenes quedan mudas y fijas, no habla ningún santo, ni sonríe ninguna virgen.

Con voz gangosa el padre Javier comienza el rezo, pero Juan Carlos ya no tiene ojos ni oídos más que para la pequeña figura que está cercana; en aquella noche, su cara pálida como un mármol viviente, se ha teñido de un tono muy tenue, como si mil pétalos de rosas hubieran sido machacados para dar rubor a sus mejillas. Sus manos pequeñas que ostentan la frágil delicadeza, la etérea blancura del marfil cincelado por hadas, brotan de los puños impecables del uniforme blanco, con la pueril simplicidad inocente del plumaje de una paloma y no obstante, con la grácil realeza de una infanta; manos hechas para besarlas ¡Para adorarlas! ¿Cómo no rendirse a su encanto, a su suavidad? ¿Cómo sustraerse al ansia avasalladora de ser tocado, acariciado, así fuera una sola vez por la punta de aquellos dedos?

El aprendiz de poeta la mira, con una abstracción sin límite, ella se vuelve curiosa, por la fuerza de la mirada que intuye sobre su persona, entonces él aparta tristemente los ojos, con la intención de continuarla adorando con los otros ojos del alma, entonces Araceli sintió pena por su maestro, tan desvalido, tan necesitado de una sola palabra suya, y se acerca para preguntarle por lo bajo:

— ¿Usted no reza?

Juan Carlos sufrió el aguijón de aquel usted distante y supuso que la discípula preferida lo pronunciaba como un reproche, él le había hablado de sus versos, de sus inquietudes, le había delatado su amor.

— ¡Es que no se rezar!— Se disculpa, tal si hubiese querido gritar: ¡Yo sólo sé amar y te amo a ti! ¡Yo sólo sé creer y creo en ti! ¡Yo sólo sé esperar y espero por ti! ¡Tú eres mi Dios! ¡Tú eres mi paraíso!... ¡Tú eres mi salvación!

La muchacha se siente conmovida por aquella confesión muda, en la que hablaron los ojos más elocuentes que los labios, proclamando con la espontánea sinceridad de quien ha sabido despojarse hasta de la más leve partícula de orgullo, el caudal de ternura, de un amor que rebasaba la mediocridad de lo humano; entonces, sacó un rosario de una cajita de plata, cuya tapa ostentaba una "A" primorosamente dibujada.

Juan Carlos la miró con angustia.

— Ven, recemos juntos —le invitó, acercándose a su lado— ¡Yo te enseñaré!

Y le dio el rosario que había en la cajita.

— Es un regalo de mi madre —aclaró Araceli— Nunca lo presto a nadie, pues es lo más querido para mí, cuando rezo con él, me parece que ella vuelve a estar conmigo.

Juan Carlos tomó el rosario y dejó caminar sus dedos por las cuentas relucientes, donde tantas veces los dedos adorados habían pasado.

El padre Javier reza el segundo misterio.

La custodia envía sus rayos fulgurantes y dorados, como un halo magnético bienhechor y misericordioso.

Era la hora de los milagros; y él apenas se había enterado

Es época de exámenes. Las alumnas están nerviosas pues se juegan un año más en el internado, y la vida monótona con reloj, clases y rezos les aburre.

Juan Carlos ya no es el mismo de antes, desde el ingrato incidente con la directora ha perdido autoridad con las alumnas.

No han pasado desapercibidos: los susurros, las risitas intencionadas o las miradas maliciosas.

Cuando llegaba al salón de clases, unas pocas alumnas se levantaban de sus asientos, y cada vez se volvía más difícil controlar a cada grupo o hacerlas callar, cuando dictaba. Angélica, la más rebelde se dedicaba a peinar sus trenzas o a limarse las uñas.

El examen es sencillo. Comentar la obra de Cervantes, hacer un resumen biográfico de San Agustín, además desarrollar un trabajo de redacción.

Mientras escriben las muchachas, Juan Carlos mira el calendario con angustia. Sabe que muy pronto se mudará Araceli del colegio y él aún no se ha atrevido a declararle la magnitud de su amor. Su silencio lleva miedo, delicadeza, pudor y ternura, hace tiempo que el vértigo del deseo cerró sus fauces de serpiente venenosa.

Contempla a hurtadillas el trazo exquisito de aquel cuerpo de virgen intocada con veneración sublime:

— Terminen por favor. — apremia en tono de ruego— Sor Asunción puede venir de un momento a otro... si todo es tan fácil. . . les pedí que estudiaran.

Angélica esboza una expresión burlona en su cara de india araucana. La hoja de su examen está en blanco, ¿Qué sabe ella de Cervantes? En el reverso del cuestionario ha dibujado algo que le causa anticipada gracia y lo hace circular con desfachatez a un grupo que ríe sin disimulo.

Juan Carlos pide orden y silencio, mira el papel pasar de banco en banco, y adivina por la forma como le miran, que es alusivo a él.

-¡Es demasiado! —protesta— ¡Señorita Angélica! ¿Qué ha pintado en ese papel?

Angélica no responde.

— Su examen está en blanco, no ha estudiado, no sabe usted nada, sería inútil dejarle un día entero para resolverlo.

El papel ha llegado hasta el pupitre de Solange.

— Señorita Solange ¿Quiere entregarme eso?

Solange se pone encarnada, sumamente nerviosa, se decide por lo que su fino olfato de mujer, sabe que es la única solución, pasarlo a Araceli. La muchacha lo mira desconcertada y se levanta furiosa del pupitre

— ¡Señorita Solange, le pedí entregármelo a mí!— Exige Juan Carlos.

Demasiado tarde. Araceli avanzó como una leona y haciendo el papel trizas, arroja los pedazos al rostro de Angélica.

— ¡Perra!... ¡Cien veces perra!— le grita con toda la fuerza de sus pulmones.

Va a lanzarse sobre ella, pero Solange y Arabella la detienen.

— Señorita Araceli, por favor— suplica Juan Carlos.

Araceli sometida a la impotencia por sus amigas intenta explicarse:

— ¡No tienen derecho a ofenderle maestro! ¡No tienen derecho!

Juan Carlos comprende que ella ha preferido destruir el panfleto ofensivo, para ahorrarle una escena desagradable. En ese instante aparece Sor Asunción.

— ¿Qué escándalo es este?... Supuse que no estaba usted maestro. ¿A qué hora van a terminar? Recoja usted los exámenes como estén.

Las alumnas se levantan y van dejando una a una, su examen sobre el escritorio del maestro.

Todo ha terminado.

¡Y pudo haber empezado tanto!

-15-

Es fin de cursos. Sor María del Rosario abrió el piano viejo y carcomido por la polilla, que mostró teclas descascaradas, como los dientes incompletos y amarillentos de una septuagenaria. La sala entera se llenó con sus gemidos cansados, melancólicos, desafinados.

Las alumnas de primero entonan un coro, otras, ensayan una pantomima, algunas un baile inocente.

Los padres, los familiares, los amigos invitados aplauden a rabiar a sus hijas, a sus sobrinas, a las que han dejado de ver largos meses y quienes ahora seguramente se preparan para retornar a sus hogares: algunas más señoritas, más juiciosas y según sus padres muy preparadas.

A un lado del improvisado escenario, al que se le han agregado aditamentos de un teatro: candilejas, telón, decorados de papel, el padre Javier, Sor Asunción, las monjas y los maestros presiden el a c t o . . . ¡El último acto!

Juan Carlos, hundido en la aguda crisis de su sensibilidad, mira tristemente al Arlequín que declama unos versos con voz ronca y suave, los ojos brillantes, las mejillas teñidas de rubí, los cascabeles en el traje multicolor.

La adivina feliz y radiante, dichosa de emprender aquella despedida que la llevará con los suyos a una quinta lejana y confortable o tal vez a un viaje por Europa pletórico de sorpresas, donde el torbellino incansable de las fiestas se alternará con visitas a ciudades magníficas, con teatros, con champagne helado y caballeros rubios.

Debe estar alegre —piensa— contenta de alejarse de obligaciones, de profesores idiotas ¡Dichosa por abandonar este colegio! ¡De dejarnos!. . . ¡De dejarme! si alguna vez yo conté un algo para ella.

Continúa meditando con amargura: Pronto va a entrar en un mundo fantástico de lujo, de despreocupación, de alegría, el mundo maravilloso de una jovencita en plena juventud. . . ¡La crisálida, al fin se volverá mariposa!

Sus nervios se crisparon ante la angustia, como un barco de vela pequeño e insignificante ante la tempestad.

Miró aquellos ojos irresistibles con la desesperación calenturienta de quien sabe que no volverá a mirarlos jamás.

Hubiera querido guardar cada detalle, el más minúsculo, el más breve en el almacén de una memoria que no tenía.

Anhelaba beber por vez última la luz de aquella sonrisa para calmar una sed eterna, para recordarla todos los años que habría de vivir sin ella y para ella.

En aquella hora tan desolada y amarga, sintió el agudo escalofrío de la soledad entumirle el más leve deseo de vivir.

Titubeó en levantarse y correr hacia ella y mendigar una palabra, un gesto, el más insignificante, pero la razón se impuso: el amor no se implora.

Además ¿Con qué derecho podría turbar el agua tranquila de una juventud noble e inocente? ¿Qué futuro, que no fuera adormecerse en el opio dudoso de los sueños, podría esperar un profesor oscuro y pobre con una muchacha aristócrata?

Se quedó clavado en su sillón: mudo, vencido; escuchó con horror en el laberinto de aquel preámbulo de locura la única voz sensata que emergía de su pensamiento: ¡Huir! ¡Huir!

Las alumnas entonaron el himno al colegio. Era el adiós definitivo. ¡Siempre el adiós!

El pobre piano semi-devorado por los años y el descuido, contagiado con la frescura de aquellas voces, se acopló dócil al tono de las aprendices de soprano, que aligeradas con el impulsivo entusiasmo de la despedida, entonaron con emoción la última estrofa que arrancó vivas y aplausos.

El padre Javier y las monjas se levantaron. El sacerdote visiblemente emocionado, elevó una plegaria de acción de gracias y les dirigió la última recomendación:

— Permita Dios que lo que han aprendido sea para su bien, que la vida les depre felicidad y que lleguen a convertirse en unas buenas madres de familia cristiana.

La hora había llegado. Juan Carlos tenso, sudoroso, la aguardaba con pavor.

Una ráfaga de tristeza se acentuó por su destino, y lamentó haber conocido a aquella criatura que inconcientemente había triturado su vida, sumiéndole como un maníaco en absurdas fantasías, pero el pensamiento huyó rápido de su mente, y volvió a adorar con redoblada intensidad a la pequeña debutante de *La comedia dell arte* quién seguramente estaría quitándose el rouge de las mejillas o el traje de Arlequín, con la prisa de marcharse para siempre.

Se despreció a sí mismo, por haber nacido tan infeliz, tan rebelde y tan castigado por esa fuerza desconocida que todos los días llamamos Dios, porque no sabemos cómo definirlo, pero que es tan ciego y tan indiferente.

Las alumnas iban desfilando para despedirse de sus maestros, una a una, entre bromas, risas, buenos deseos y apretones de manos.

— ¡Gracias maestro!

— ¡Hasta el año próximo!

— ¡Ojalá y nos volvamos a encontrar más adelante!

— Lo vamos a extrañar mucho.

— Le prometo leer las obras que me recomendó.

Entre esas voces, una, infinitamente dulce, un poquito ronca, también coreaba el estribillo de la despedida

Con el rostro sereno, impassible, sereno, Araceli tenía una candida palidez de azucena. Saludó a Juan Carlos con una leve inclinación de cabeza, apenas le dio la mano, y él debió aceptar que su indiferencia llevaba algo de glacial.

Lejos quedaban las palabras susurradas, la entrevista del huerto en que él le entregaba con su libro de versos su primera confesión titubeante y melancólica, el día de campo en el Cajón del Maipú, el rezo en la capilla...

Ante la perspectiva de retornar con su padre, pololear con el primo, charlar y pasear con sus amigas, Araceli —supuso Juan Carlos— se volvía dura, y hasta insensible. La miró con fijeza, poniendo en sus ojos un reproche amargo.

Quién apenas unos minutos antes, sentía ansias de besar aquella boca adorada, de aproximarse reverente ante aquella diosa amada y temida, respondió a su vez con un *adiós* frío, como convenía a las circunstancias, sin pesar, y sin lágrimas.

¡Oh!, ¡que tristes son los adioses que no pueden ser adioses tristes!

Juan Carlos no pudo más. Angustiado, transido de ese dolor que va más lejos de las lágrimas, abandonó el salón de actos buscando con desesperación la soledad.

Quiso gritar, pero su garganta sólo alcanzó a emitir un sonido sordo, quiso ver dónde se hallaba, pero sus ojos apenas distinguían un vago desfile de formas incoloras, tal si se encontrara en medio de un mundo irreal. Atravesó los corredores como un autómatas. Dos alumnas cargadas de maletas, objetos y libros, se toparon con él y le dirigieron alegremente unas palabras de despedida

Pronto se halló en el jardín. La tarde era fría; el invierno prematuro desnudó los árboles del ropaje esmeralda de su follaje dejando las ramas endebles y temblorosas, como brazos múltiples que invocaran misericordia.

Eran las siete de la noche. El cielo lucía una opresión nebulosa de tristeza indecible, como un ciclorama gris, que cobijara la cordillera, el valle, la ciudad misma, cuyas luces amarillentas hacían guiños desde la lejanía.

El desventurado joven se sintió desfallecer. Sus piernas temblaban incontrolables. Deambulando sin rumbo fue a dar al salón de clases, donde había conocido la ilusión de la dicha, pero que en esa hora trágica lucía desolado, sombrío, silencioso.

Llegó hasta el escritorio plantado sobre el estrado, para imaginar una última vez desde allí, el rostro querido que ya no volvería nunca a contemplar. Hundido en el abismo fatal de su infortunio, clavó los codos sobre la madera dura y dejó caer la cabeza calenturienta entre las manos crispadas. Los sollozos brotaron de su pecho, aliviándole de aquella angustiada opresión;

luego, las lágrimas rodaron quemantes por sus mejillas como un bautismo de fuego. Miró hacia las paredes desnudas, y sobre una de ellas sus ojos descubrieron la imagen del Sagrado Corazón que parecía mirarle con una compasión infinita.

— ¡Piedad! — Exclamó— ¡Piedad!

Su grito tenía algo de estertor de muerte, de agonizante, como si un manantial de desolación infinita se hubiese querido condensar en aquel sonido, entonces, sus manos titubeantes, tropezaron con un sobre, donde los rasgos inconfundibles de una caligrafía conocida, delataban la mano que había trazado su nombre.

"... apenas me asomo al amor y es sólo para saber que es siempre triste. Hoy presiento que nunca volveré a enamorarme. ¿No imaginaste que yo también sufría? ¡Sufría por algo que no me pertenece pero que es mío, completamente mío, tal si hubiera nacido conmigo y fuera mi cabello, o una de mis manos! ¡Así te he querido cada día, así te seguiré amando aún cuando se que no volveré a verte nunca!

Del amor lo más hermoso es el recuerdo. .

Tal vez debiera consolarnos pensar que aunque el destino avaro no quiso regalarnos ni una sola hora de felicidad, nuestro amor podrá vivir aún sobre el tiempo y la distancia, porque siempre habré de recordarte, siempre. Confío que tú también harás lo mismo y no te parecerá todo esto una tontería de chiquilla, porque a pesar de mis pocos años, ya soy una mujer Esa promesa es lo único que no es posible darnos Allí donde estés mis pensamientos irán contigo.

Araceli

Tomó aquella carta con el estremecimiento de quien toma una hostia.

Mientras los últimos rayos de luz se iban ocultando tras los bastidores de un horizonte inalcanzable, un hombre enconado emprendía el camino para Santiago.

EPILOGO

La flor marchita y disecada de otros años, revivía al rocío y al calor de un sol nuevo. El beso amargo de quien sólo puede aferrarse al ¡jasado, pues ya no espera nada del porvenir, contiene la savia prodigiosa que destruye el moho y hace resurgir palacios de las ruinas.

Juan Carlos, quien hace algunos años, al cruzar aquel umbral, se había divorciado para siempre de la verdadera paz. él, cuya alma fuerte detenía el ácido corrosivo del olvido, volvía a repasar con tinta de lágrimas, las páginas de aquel bello poema, hijo de su juventud.

Desde un rincón de la conciencia, muchas veces la ausencia alimenta el recuerdo de los seres que realmente hemos amado.

Aquellos ladrillos rojos escondían el secreto inconfesado de mil angustias, la ternura en insondables estremecimientos de silencio, el amor sacrificado una vez más en el holocausto de los convencionalismos, y de una sociedad donde lo sincero no tiene cabida.

— ¡El señor ministro nos honra t a n t o ! . . . — Dice José, el viejo conserje, con ademán obsequioso.

Juan Carlos parece no escucharle. Mira con envidia el recinto donde paseó su camisa deshilachada y sus zapatos rotos.

— ¿Todavía se acuerda de aquellos años?-pregunta el anciano.

— ¡Todavía, José!

Aún anida en su pecho aquel amor predestinado al fracaso, que conoció su único momento de dicha sobre un pedazo de tierra hoy abandonada, todavía llena sus ojos la ingenua confesión de amor de la bienamada, que así entregaba cuanto le era posible dar y todo cuanto le era permitido esperar.

Aquellas horas resbaladizas, guardadas entre esos muros, se volvían a tornar presentes, para traerle a la veneración el rostro fiel de su Araceli, con una nitidez precisa, donde cada detalle tenía vida: la sonrisa, la mirada, la luz prodigiosa que emanaba de la discípula escogida

Las horas huidizas se detenían para estrujar su corazón, enfermo de nostalgia y de recuerdos.

Miró aquel edificio con la devota reverencia de una urna inviolada, como un estuche que contuviera: su juventud, sus sueños; como un mundo ideal, fantástico, que no había conocido en ningún confín de la tierra, y que estaba allí, aguardándole sólo a él.

Allí estaba: añoso, mudo, pero vivo, aquel árbol del huerto bajo cuya sombra la vio refugiarse una tarde. Allí estaban las mismas flores, acariciándole por la amada ausente con su perfume, la pequeña capilla con su cupulín de azulejos floreados donde rezaron juntos, la calma infiltrada en las sombras cómplices de los recuerdos.

Se acercó a la fuente abandonada donde las aguas inmóviles y sucias yacían estancadas con esa mustia somnolencia de las cosas dormidas.

Imagino la dicha de ir a vivir allí, donde había bebido entre fiebre y desesperación el amargo cáliz del supremo amor; donde había conocido a aquella adolescente excepcional, flor extraña, que abría sus primeros pétalos a la aurora de la vida.

Contempló la felicidad insospechada de ir a morir allí, bajo el estremecimiento de unos pasos menudos que no se extinguían, de una voz dulce y ligeramente ronca que no callaría nunca, de un sueño hermoso impregnado de amor y de pureza que no se desvanecería jamás.

— ¡Araceli!— murmuró, y su voz tuvo eco en los árboles, en las hojas, en el viento, en los muros.

Volvió a sentir la idéntica opresión que tantas veces le conmovió en aquellas horas de la tarde, tibias, perfumadas, cuando iba a impartir su clase y él cifraba tanto entusiasmo, que las cosas muertas que decían los libros tomaban vida por momentos.

No, esas horas de las que un día dudó si pertenecían al pasado o a la imaginación, las había vivido. No leyó una historia en un libro olvidado. Existieron realmente; si él pudiera palpar las cicatrices del alma nunca habría confundido lo ficticio con la realidad.

El sabía que aún vivía. Los amantes poseen una intuición extraña, una clarividencia luminosa. En algún lugar de su patria o del mundo, en un palacio o en una choza, con un marido, tal vez con hijos, pero ella vivía. ¿Se acordaría todavía de él?

Sacó de su cartera la carta amarillenta un millón de veces leída:

¡Allí donde estés mis pensamientos irán contigo!

¡Ah! — sentenció — el poder sobrehumano del espíritu, lo único que realmente Dios ha concedido al hombre, para elevarle sobre los demás seres de su creación.

José salió a despedirle a la calle.

Juan Carlos sintió el aire fresco sobre su rostro. El chofer abrió la puerta de la lujosa limousina. Juan Carlos se miró en el espejo. Su cabeza peinaba canas y a su cara la surcaban las arrugas.

— ¡No, no podría recordarme! —se dijo con amargura— ¡Han pasado tantos años!...

—Caminaré un poco... —advirtió al chofer, bajando del vehículo— el hombre se apresuró a seguirle en el auto.

De pronto, en el segundo iluminado de un relámpago, recordó las frases del anciano sacerdote, apenas pronunciadas esa mañana:

“Nunca podríamos olvidarles hijo mío, hemos seguido con ansiedad sus pasos, su nombre siempre ha estado presente en nuestras oraciones...”

Quiso ahondar en aquellas palabras y al introducir la mano al bolsillo, tocó el paquetito pequeño cuidadosamente envuelto, que con ademán descuidado había dejado el padre Javier sobre su escritorio

Era una preciosa cajita de plata, que contenía un rosario y cuya tapa ostentaba una "A" primorosamente dibujada.